

Mazzanti y Flores

CIEN LECTURAS

5.^o grado



ILUSTRÓ:
V. SALATINO

ALBERTO MOLY, Editor



00056360



CIEN LECTURAS

34.349

JOSÉ MAZZANTI * I. MARIO FLORES

Cien Lecturas

Aprobado por el Consejo Nacional de Educación

Exp. 14.339 - C - 942

Para 5.^o grado

18.^a EDICIÓN

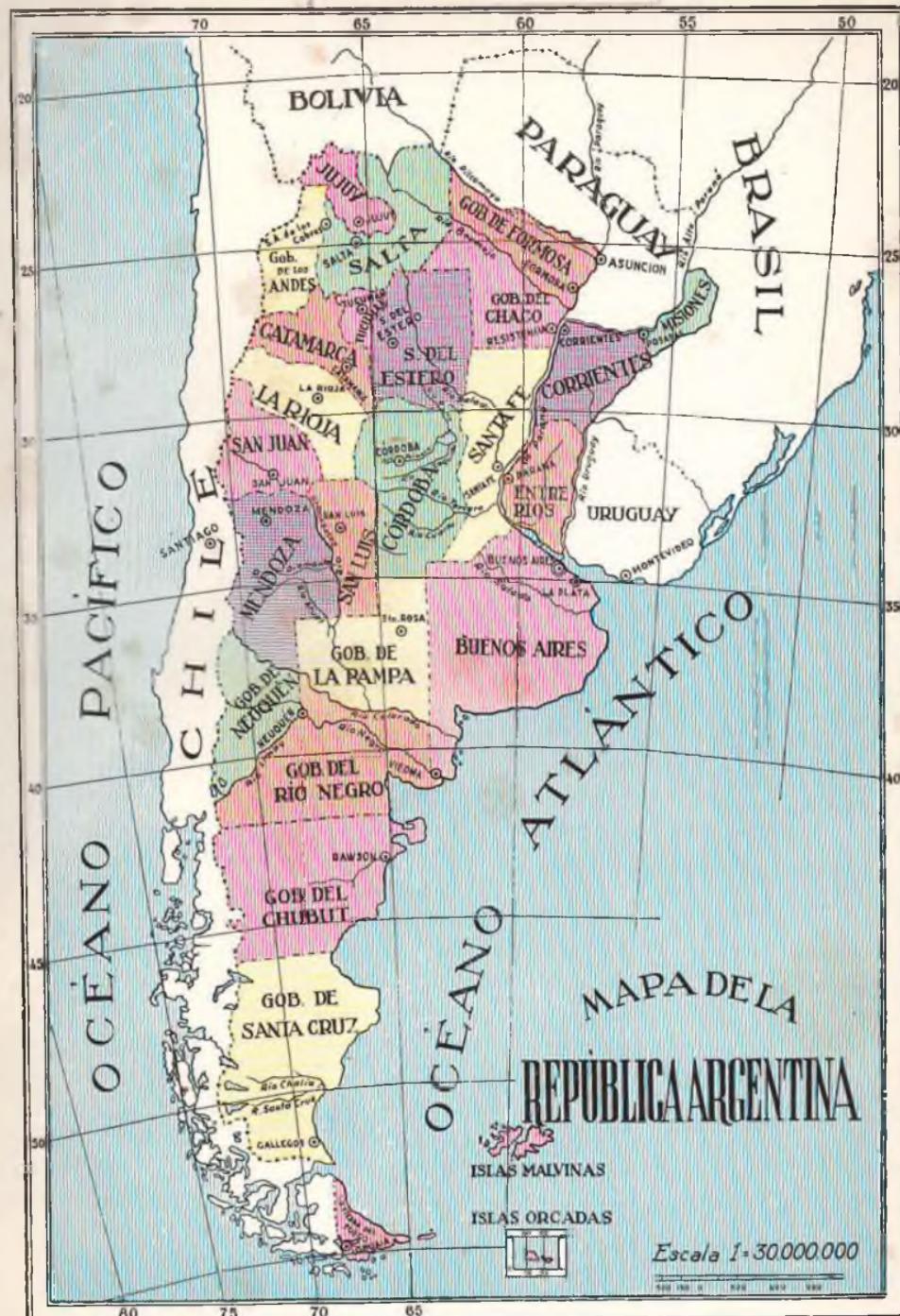


BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ALBERTO MOLY
EDITOR

Callao, 575 — Buenos Aires

Queda hecho el depósito que
ordena la ley 11.723.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	<u>Página</u>
1.—Invocación a la Patria	13
2.—Oración a la bandera	15
3.—El libro y su lectura	17
4.—San Martín	20
5.—Honradez cívica	23
6.—Una visión andina	26
7.—Los ríos	28
8.—Dónde y cómo se escribió el Himno Nacional. — Himno Nacional Argentino	30-31
9.—La conversación	34
10.—A un joven ocioso	36
11.—Tú eres hijo de un país agrario	38
12.—Medios de locomoción	40
13.—Las manchas	42
14.—Las montañas	45
15.—La música nativa	47
16.—La verdadera ciencia de la vida	49
17.—Sarmiento	52
18.—Las virtudes de mi madre	55
19.—Las flores	59
20.—La familia	60
21.—Franklin	63
22.—El ahorro	66
23.—Elogio de los libros	68
24.—El arroyo	70

25.—Moreno	72
26.—La libertad	75
27.—La higuera	77
28.—La cabra del señor Seguín	79
29.—Las aves	83
30.—Biografía de un gran río	85
31.—Catón el Mayor	88
32.—Signos de puntuación	91
33.—Noche de luna	93
34.—Alberdi	95
35.—La educación	98
36.—San Martín y el paso de los Andes	100
37.—La moneda	102
38.—Galileo	105
39.—Canciones de mi casa	107
40.—La astronomía y el aspecto del universo	108
41.—Los inmigrantes	110
42.—La visión del puerto de Buenos Aires	112
43.—Hogar	114
44.—Epicteto	115
45.—Máximas de Epicteto	117
46.—Origen del nombre argentino	120
47.—Dominio público y privado	123
48.—Manuelita Rosas	125
49.—Respeto a las mujeres	128
50.—El país donde no se moría	130
51.—Despedida a un amigo	132
52.—El templo de Ellora en la India	134
53.—El mar	137
54.—Agustín Alvarez	140
55.—Elogio del ciudadano	142
56.—La caza del elefante	144
57.—La independencia	147
58.—Pericles	148
59.—Mármol	150

	<u>Página</u>
60.—Mi madre	152
61.—La felicidad.....	153
62.—El comercio	155
63.—La mitología griega	157
64.—Beethoven	160
65.—Las bellas artes	163
66.—Noche de perros	165
67.—Hacia las cumbres	170
68.—Afianzar la justicia	172
69.—Ameghino	174
70.—Una anécdota	177
71.—Libertad de imprenta	179
72.—El trigo	181
73.—Rabindranath Tagore	183
74.—La cigarra	185
75.—Los árboles	188
76.—La costurera	190
77.—La propiedad privada	192
78.—Almafuerte	194
79.—El día de la raza	196
80.—Carta de mi padre	198
81.—La pantorrilla del comandante	200
82.—Napoleón Bonaparte	203
83.—Máximas morales	206
84.—El perro	208
85.—La gratitud	210
86.—El árabe y su caballo	212
87.—La imprudencia	215
88.—Cervantes	218
89.—Consejos que dió don Quijote a Sancho Panza	221
90.—La vida de las abejas	224
91.—El caballo	226
92.—La maternidad	229
93.—El trato a las mujeres	232
94.—Saber callar	234

	<u>Página</u>
95.—Buscando un juez	236
96.—Nuestra Constitución	241
97.—Las libertades civiles ante la Constitución	245
98.—Marco Aurelio	247
99.—De la sabiduría	249
100.—El ferrocarril	251



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INSTRUCCIONES PARA EL MEJOR USO Y APROVECHAMIENTO DE ESTE LIBRO

El presente texto está confeccionado expresamente para servir de lectura a los alumnos del quinto grado. La mayor parte de las lecciones que contiene han sido escritas a designio y la porción compilada de otros autores, ha sido cuidadosamente seleccionada para evitar la trivialidad sin caer en lo ininteligible para los niños.

Nuestro criterio es que la lectura, en los grados superiores, además de la función particular que le atañe, debe ser un auxiliar constante de las materias que son objeto de la enseñanza diaria, de tal suerte que un trozo leído venga a acrecer y a afianzar las nociones inculcadas por el maestro, según el horario, en un determinado día de clase. De esta manera, sin perder su carácter específico, la lectura concurre a consolidar y ensanchar los conocimientos. Así, el maestro que hubiere enseñado, por ejemplo, la hidrografía de un país o de una región, a la siguiente hora hará leer la lección titulada "Los ríos". Dicha lectura, que desde luego no es un capítulo de geografía, agregará nuevas ideas a las que el niño acaba de recibir; pero ideas encaradas bajo otros aspectos, ya sea por lo pintorescas, ya sea por la generalización que ellas encierran. Es evidente que la enseñanza logrará de este modo su máximo de provecho.

Las leves dificultades lexicográficas que deliberadamente intercalamos, tienen por objeto enriquecer el vocabulario. Se

notará que algunas lecturas son más bien sugestivas, en función de narraciones truncadas, a fin de que el niño se interese por conocer mayores detalles sobre un hombre o sobre un hecho, y nazca en él el afán de instruirse; es decir, de leer.

No hay razón para que el maestro haga leer por riguroso orden de compaginación, según es costumbre; al contrario, cada día deberá indicar para el siguiente, la lección adecuada a la enseñanza que se proponga impartir. Con ese objeto las lecturas están enumeradas. Inútil parece agregar que el maestro debe conocer previamente el contenido del libro.

Cabe recordar que hasta el presente los niños de nuestras escuelas no han podido utilizar el libro de lectura del modo que indicamos, pues los textos en boga son colecciones de escritos literarios que superan la capacidad de los educandos, lo que les quita todo interés y eficacia.

Por nuestra parte, fundados en una larga experiencia profesional, hemos compendiado en artículos breves aquellas nociones que a nuestro juicio los niños del quinto grado no deben ignorar, y que corresponde a la lectura proveerlas.

LOS AUTORES.

(De la 1^a edición, aparecida en 1925).

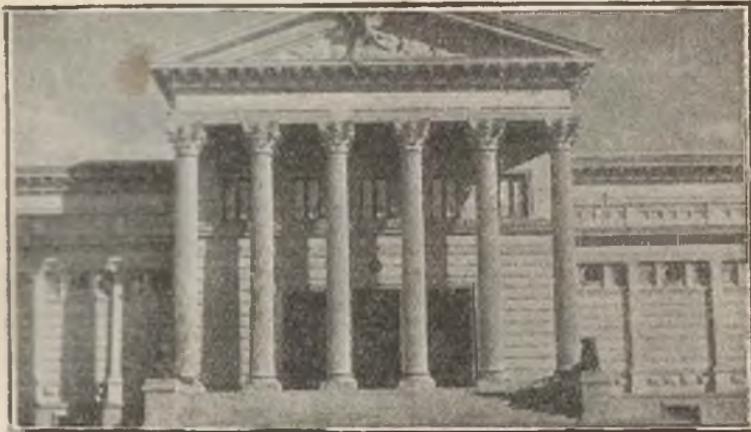
PRÓLOGO DE LA 18.^a EDICIÓN

CIEN LECTURAS inició hace quince años un nuevo concepto sobre la finalidad inmediata de la lectura escolar. Los continuadores adoptaron esta norma y luego, exagerando el propósito de acuerdo con las actuales tendencias didácticas, cayeron en el error de convertir los textos de lectura en pequeñas enciclopedias que responden a los asuntos del programa vigente.

Dos o tres años de experiencia han bastado para evidenciar en el criterio de los buenos educadores, que el texto de lectura no puede ser un tratado de las materias que corresponden al programa y cuya enseñanza debe estar a cargo del maestro, o regirse por libros destinados especialmente a ese fin. La reacción es notoria y así parece justificarse la vuelta a los libros que actúan como auxiliares de la educación general, sin perder de vista sus objetivos específicos: la cultura literaria y la compenetración del lector con los autores.

Nuestro pensamiento en cuanto al papel y al fin de la lectura no ha variado, como podrá estimarse en el prólogo de la primera edición. Más aún: la didáctica novísima está

confirmado aquella nuestra doctrina de hace quince años. Esta comprobación es satisfactoria para nuestro espíritu, en cuanto revela que nuestra preocupación por la escuela en este aspecto de la educación de los niños, no ha sido del todo infecunda. Y es lo menos que un maestro puede esperar.



1

INVOCACION A LA PATRIA

(De Leopoldo Herrera).

Ayer, el sacrificio; hoy, el trabajo; mañana, la gloria.

Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden, los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

¡Inspíranos, oh madre, la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las

virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia, por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana, ¡oh Patria inmortal de los argentinos!

Leopoldo Herrera. — Maestro y periodista argentino. Perteneció a ese núcleo de grandes educadores egresados de la Escuela Normal de Paraná. Falleció en 1938; consagrado al periodismo, le sorprendió la muerte siendo redactor de "La Prensa".

ORACION A LA BANDERA

(De Nicolás Avellaneda).

Esta bandera es la bandera de la Nación; y pueblos compuestos de millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente a su paso, hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy, y en su futura y portentosa grandeza.

¡Vamos ahora a cobijarnos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar bajo su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos, que le fueron prometidos por Belgrano al desplegarla victoriosa sobre su cuna!



(De Joaquín V. González).

Bandera celeste y blanca, símbolo de la unión y de la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre

las generaciones pasadas, presentes y futuras. ¡Juremos defenderla hasta morir, antes que verla humillada! ¡Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar de la tierra donde ellos la condujeran; que a su sombra la Nación Argentina acreciente por siglos y siglos su grandeza, y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia!

Joaquín V. González. — Literato, jurisconsulto y estadista argentino. Nació en La Rioja en 1863 y falleció en 1923. Sus obras más notables son "Mis Montañas" y "La Tradición Nacional". La casa solariega donde habitó durante muchos años, llamada Samay Huasi (Casa de descanso), ha sido declarada lugar histórico nacional.



La verdadera cultura de una persona, su amor por el libro — dice Eugenio D'Ors — se puede valorar por la manera como trata a sus libros. Un libro es un objeto delicado, un amigo ideal a quien no quisiéramos causar daño. El que estropea un libro demuestra incultura; en cambio, el que verdaderamente ama los libros ve en cada página un pétalo de flor que puede ajarse, y por eso lo honja con cuidado y cariño.

Esa página guarda la sabiduría o la belleza y nos trae de lejanos lugares y a veces de lejanos tiempos, el pensamiento de otros hombres, las inspiraciones de otras almas que vivieron y sufrieron por nobles ideales de humanidad y de progreso.

3

EL LIBRO Y SU LECTURA

(De Nicolás Avellaneda).

Cuando oigo decir de un hombre que tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él. Leer es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos.

Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior. Leer es sobre todo asociarse a la existencia de sus semejantes.

hacer acto de unión y fraternidad con los hombres. El que lee, aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal y puede decirse que nada humano le es indiferente. La lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos.

Los egoístas no practican por lo general la lectura, porque pasan absortos en la árida contemplación de sus intereses personales; no sienten la necesidad de salirse de sí mismos y estrecharse con los demás. Las personas indolentes no leen, pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?

La naturaleza es pródiga en sorprendentes escenas, en maravillosos espectáculos, que el hombre sedentario apenas conoce y que los viajeros contemplan con extática admiración. Los placeres sociales encantan al hombre, pero no siempre vienen a su encuentro, ni dependen de su voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar.

La lectura es poderosa para curar los dolores del alma, y Montesquieu ha escrito en sus "Pensamientos" que jamás tuvo un pesar que no lo olvidara después de una hora de lectura.

El libro es enseñanza y ejemplo; es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipan; sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan el camino a través de las sombras del espíritu o de las dificultades de la vida.

El joven oscuro puede subir hasta el renombre imperecedero, conducido, como Franklin, por la lectura solitaria.

El libro da a cada uno el testimonio de su vida íntima; es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y cerca del corazón. Así la lectura del libro que nos ayudó a

pensar, a querer, a soñar en los días felices, en el conjunto de sus bellas visiones, desvanecidas por siempre en el pasado.

Cuando puedo substraerme a lo que me rodea y releo mis antiguos libros, parece que se renueva mi ser. Vuelvo a ser joven. Lo que pasó está presente, y creo por un momento que puedo envolverme de nuevo en la suave corriente de los sueños desvanecidos, cuando repitiendo con acento enternecido el verso de Lamartine o de Virgilio, los llamo y los nombro con las voces de mi antiguo cariño.

Enseñemos a leer y leamos. El alfabeto que deletrea el niño es el vínculo viviente de la tradición del espíritu humano, pues le da la clave del libro que lo asocia a la vida universal. Leamos para ser mejores, cultivando los nobles sentimientos, ilustrando la ignorancia y corrigiendo nuestros errores antes de que vayan en perjuicio nuestro a los otros, a convertirse en nuevos actos.

(Fragmento).

Nicolás Avellaneda. — Nació en Tucumán en 1837 y murió en 1885.

Fué Presidente de la República, gran orador, notable escritor y estadista.



La vida de este argentino insigne ha sido narrada por numerosos historiadores y publicistas, a tal punto que la bibliografía sanmartiniana es ya copiosa en nuestro país y en América. La "Historia de San Martín", del general Mitre, es historia americana, sin duda; pero el objetivo principal consistió en destacar las acciones militares y ciudadanas del Gran Capitán de los Andes. "El Santo de la Espada", de Ricardo Rojas, es una biografía del *hombre*, en la que destaca con vivísima luz las cualidades de ese gran espí

ritu, cuya bondad, prudencia, tolerancia, ecuanimidad, igualaron y en parte superaron a las más nobles virtudes de otros próceres de la humanidad. Sobradas razones tenemos para venerarle como padre de la Patria.

S A N M A R T I N

Es San Martín la más alta y preclara figura histórica de la Patria. Nadie la sirvió con más abnegación ni la ilustró con más noble ejemplo de virtudes cívicas y privadas. "Fué grande como guerrero, fué grande como político y más grande aun como hombre de bien", ha dicho un escritor.

Sin más aspiración que la libertad de América, contrájose a esa causa con todas sus energías y su constancia; y

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BANDERA DE NUESTRA PATRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

cuando la independencia fué alcanzada por los esfuerzos del guerrero y los ideales del ciudadano, supo retirarse de la vida pública sin aceptar los honores con que los pueblos agradecidos quisieron premiar sus extraordinarias acciones. Esta conducta, de la que son capaces únicamente los hombres superiores, bastaría para asegurarle un sitio destacado entre los grandes espíritus que han honrado a la humanidad. El nombre del general San Martín es por eso uno de aquellos que los padres deben enseñar a sus hijos como ejemplo de austeridad, entre los más esclarecidos de la historia humana.

Generoso en todas las circunstancias, San Martín jamás ejercitó la venganza, ni aun contra sus más empecinados enemigos, y fué tolerante con los errores ajenos, aunque era inflexible en el cumplimiento del deber, como soldado y como ciudadano. Herido a veces por la ingratitud de sus contemporáneos, ninguna pasión mezquina movió su ánimo, y sus labios jamás se abrieron para murmurar una queja o una protesta, pues vivió absorbido exclusivamente por la idea capital que le había llevado a sacrificar su tranquilidad, corriendo innumerables fatigas lejos de su hogar y de su familia, con aquella abnegación y aquel desvelo que los héroes ponen en la realización de sus obras. Sabido es, por otra parte, que nunca gustó recordar sus hazañas, y fué tal su desdén por toda clase de vanidades, que en su testamento dispuso que no se le hicieran honores fúnebres; quería bajar a la tumba sencillamente, según había vivido. Cuéntase a este propósito, que en una fiesta realizada en su homenaje por la sociedad de Lima, sólo valiéndose de una estratagema consiguió uno de sus amigos atraerle al balcón, para recibir el aplauso de la muchedumbre que reclamaba su presencia.

Consciente de su misión militar, dijo en ocasión memorable que la presencia de un guerrero afortunado es peligrosa para la organización de los pueblos, y fué movido por esta convicción, que renunció al gobierno de Chile, primero, y luego al del Perú, países que acababan de proclamar su independencia con el esfuerzo del Ejército Libertador mandado por San Martín: rasgo de generosa hidalguía que los tiranos o los ambiciosos no concebirían y que ha servido para acrecer el renombre del prócer inmortal.

Alejado de la patria, vivió largos años en la soledad y en la pobreza. No obstante, su fama de militar experto y su amor por la causa de la libertad habían trascendido hasta el viejo mundo, por lo que mereció el insigne honor de ser llamado por el pueblo belga, para que se pusiese al frente de sus ejércitos, en la guerra que para conquistar la independencia emprendía contra Holanda, en 1838. De más está decir que San Martín declinó aquel ofrecimiento, porque su calidad de huésped agradecido a la hospitalidad europea le impedía intervenir en cuestiones ajenas a su patria.

En Boulogne-sur-Mer, (Francia), donde murió, una estatua ecuestre perpetúa la memoria del más austero de los ciudadanos de América.



HONRADEZ CIVICA

(Carta del Gral. San Martín).

Grand Bourg, a 7 leguas de París, 30 de octubre de 1839.

*Al Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la
Confederación Argentina.*

"Por la honorable nota de 18 de julio del presente año se sirve V. S. comunicarme el decreto del Excmo. señor Capitán General de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, de mi nombramiento como ministro plenipotenciario cerca del gobierno de la república del Perú; esta prueba de alta confianza con que me honra S. E. ha excitado

mi más vivo reconocimiento, y no correspondería a ello si no manifestase a V. S. las razones que me impiden aceptar tan honrosa misión.

"Si sólo mirase mi interés personal, nada podría lisonjearme tanto como el honroso cargo a que se me destina: un clima que no dudo es el que más conviene al estado de mi salud; la satisfacción de volver a ver un país de cuyos habitantes he recibido pruebas inequívocas de desinteresado afecto, pudiendo mi presencia en él facilitar en mucha parte el cobro de los crecidos atrasos que se me adeudan por la pensión que me señaló el Congreso del Perú y que sólo las conmociones políticas, casi no interrumpidas en aquel país, no han permitido realizar: he aquí, señor Ministro, las ventajas afectivas que me resultarían aceptando la misión con que se me honra; pero faltaría a mi deber si no manifestase igualmente que, enrolado en la carrera militar desde la edad de doce años, ni mi educación, ni mi instrucción las creo propias para desempeñar con acierto un encargo de cuyo buen éxito puede depender la paz de nuestro suelo.

"Si una buena voluntad, un vivo deseo de acierto y una lealtad la más pura fuesen sólo necesarias para el desempeño de tan honrosa misión, he aquí todo lo que yo pudiera ofrecer para servir a la República; pero S. E. el señor gobernador conocerá, como yo, que estos buenos deseos no son suficientes. Hay más, y este es el punto principal en que, con sentimiento, fundo mi renuncia. Al confiarne S. E. tan alta misión, tal vez ignoraba o no tuvo presente que después de mi regreso de Lima, el primer Congreso del Perú me nombró generalísimo de sus ejércitos, señalándome al mismo alta misión, tal vez ignoraba o no tuvo presente que después circunstancia no puede menos que resentir mi delicadeza, pensando que tendría que representar los intereses de nuestra

República ante un Estado a quien soy deudor de favores tan generosos, y que no todos me supondrían con la moralidad necesaria para desempeñarla con lealtad y honor. Hay que añadir que no hubo un solo empleo en todo el territorio del Perú que ocupó el Ejército Libertador en el tiempo de mi mando, que no fuese quitado a los españoles, reemplazándolos por hijos del país. Esta circunstancia debe haberme hecho una masa de hombres reconocidos, lo que se comprueba sabiendo que, no obstante mi conocida oposición a todo mando, no ha habido crisis en aquel Estado sin que muchos hombres influyentes de todos los partidos me hubiesen escrito para ponerme a la cabeza de aquella República. Con estos antecedentes, ¿cuál y qué crítica no debería ser mi posición en Lima? ¿Cuántos no tratarían de hacerme un instrumento ajeno a mi misión y en contrariedad con mis principios?

"En vano yo opondría a este proceder una conducta firme e irreprochable; me sucedería lo que a mí llegada a Mendoza en el año 23, que los enemigos de la administración de Buenos Aires, en aquella época, me presentaban como el principal agente de la oposición, a pesar de la distancia que me separaba de la capital, y de mi conducta, la más imparcial.

"He aquí, señor Ministro, las fundadas razones en que por primera vez y con sentimiento mío, me veo obligado a no prestar mis servicios a la República, y que espero se servirá V. S. elevarlas a conocimiento de S. E., protestándole al mismo tiempo mi más vivo y sincero reconocimiento a la alta confianza que me ha dispensado.

"Dios guarde a V. S. muchos años."

José de San Martín.

UNA VISION ANDINA

Heme aquí en el Cerro de la Gloria, junto a la estatua ecuestre de nuestro Gran Capitán. Allí, abajo, la ciudad de Mendoza con sus acequias, y un poco más allá los campos cultivados de viñedos y frutales. En medio de ellos serpentea el río Mendoza, que baja del Tupungato y desparrama sus aguas por los valles, para producir riquezas.

Enfrente se alza imponente la cordillera; la falda es verde o pardusca y la cima blanca, cubierta de nieves eternas. Revolotean los cóndores, semejando en la lejanía de los cielos puntos negros entre las nubes argentadas.

Miremos hacia el norte, hacia donde se yerguen el Aconcagua y el Mercedario. Siempre la inmensa cadena de los Andes, y en su mitad, aquellos dos gigantescos atalayas del vacío.

A los pies del Mercedario sabemos que está San Juan, la cuna de Sarmiento, provincia que rivaliza con Mendoza en la elaboración de los exquisitos vinos cordilleranos. También en San Juan crecen las viñas, y hacia principios de marzo sus valles se animan con la alegría de las pintorescas y jubilosas fiestas de la vendimia.

A veces sopla el zonda cálido y molesto; pero las noches, cuando baja de lo alto la brisa de la montaña, son serenas y frescas.

Más al norte, duerme tranquila La Rioja. Tras las sierras de Velazco y Famatina surge la luna para iluminar los corra-

les de pircas y los antiguos pucará. Famoso es Chilecito por sus minas de oro y plata; famosa es Nonogasta, por sus frutas desecadas; famosas son las quebradas por las tropillas de guanacos que las recorren, bajo la mirada del cóndor andino, de cuello blanco, vigilante de la montaña.

Más al norte aún, la vieja Catamarca, de ciudades y costumbres aldeanas, cuna de hombres fuertes y sufridos, que saben olvidar sus penurias en la música melancólica de sus zambas y zamacuecas.

Hemos recorrido ligeramente las cuatro provincias recostadas en las faldas de los Andes, sin perder de vista la cordillera nevada, que infunde grandeza de espíritu a sus moradores, quienes, lejos del litoral y de los grandes ríos naveables, engrandecen a la patria con su trabajo, como lo hacemos al mismo tiempo los hijos de la llanura. Esa es la unidad de la Nación; todos somos argentinos y todos al unísono, ya sea en el valle de las montañas, o en las selvas del norte, o en las praderas del litoral, trabajamos por el progreso y el engrandecimiento de la patria, en todas las actividades que el hombre puede realizar: en el cultivo de los campos, en el laboreo de las minas, en la cría de los ganados, en las industrias fabriles y en el comercio.



Un río es un espectáculo viviente del paisaje. Corren sus aguas incesantemente y podemos preguntarnos: ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? Vienen de lejos, tal vez de una montaña, de una sierra o de una colina; atraviesan desiertos, selvas y llanuras, retratan en su espejo los árboles de la orilla, las ciudades y los puertos; oyen cantar a los pescadores y navegantes, y al fin, después de tanto correr, se pierden en los arenales o se entregan al océano.

El río tiene vida, porque está lleno de vidas y alimenta la vida en sus riberas. Nada más interesante que la *historia* de un río, cuyo modelo encontramos en “El Nilo”, de Emil Ludwig.

L O S R I O S

Los ríos son “caminos que andan”, ha dicho un gran pensador, refiriéndose a las facilidades de las comunicaciones entre los pueblos por medio de la navegación fluvial; además, porque son caudales de agua en continua corriente.

Las ciudades situadas en las orillas de los ríos son más prósperas que las mediterráneas, pues el transporte es más económico, más cómodo y más fácil que el terrestre. La historia nos enseña que las ciudades y pueblos que alcanzaron mayor grandeza, estaban situados en las riberas de los ríos. Así, la antigua prosperidad de Egipto, y aun su riqueza actual, débense al Nilo. Sus inundaciones anuales fertilizan el suelo árido de ese país, y gracias a ellas puede cultivarse el trigo. En las márgenes del Nilo crecieron las ciudades populosas de Menfis, Cairo, Alejandría y Tebas.

En la Mesopotamia Asiática, formada por el Eufrates y el Tigris, florecieron Nínive, Babilonia, Bagdad y Basora, ciudades todas que las crónicas antiguas nos muestran llenas

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ESCUDO NACIONAL

Este escudo de armas es la reproducción del sello que usó
la Asamblea General Constituyente de 1813.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

de maravillas, y que despertaron con su opulencia la codicia de los conquistadores, quienes a fuerza de devastarlas las han trocado en ruinas memorables.

En la India existe el río Ganges, sagrado para los habitantes de aquella región. A lo largo de sus costas se alzan importantes ciudades, como Patna y Benarés, célebres por las muselinas que sus habitantes tejen y tiñen primorosamente. En los territorios bañados por el gran Misisipí y sus afluentes, se desarrollan las principales riquezas de Estados Unidos. En Europa, en las riberas del Rin y del Danubio florecen importantísimos centros de población. En la República Argentina se encuentra el caudaloso Paraná, nombre que en guaraní significa "río como mar". Baña las provincias llamadas del litoral y es la principal vía de navegación interior. En sus riberas van desenvolviéndose ciudades que llegarán a ser populosos centros industriales y comerciales. Hállanse en ese caso Rosario, Santa Fe, Diamante, Paraná, Goya, Corrientes y Posadas.

Nacen los ríos en las sierras y mesetas, y siguiendo el declive del suelo, van a desembocar en otros ríos, en los lagos y lagunas o en el mar.

Los trayectos que recorren y las cuencas que abarcan se distinguen por la fecundidad de la tierra, lo que como consecuencia favorece la agricultura, uno de cuyos elementos primordiales es el agua.

Los ríos que bajan de las montañas nevadas aumentan el caudal de sus aguas durante el verano, a causa del deshielo. El lecho de algunos cambia de dirección constantemente, y en nuestro país, el Salado del Norte se va desviando cada vez más de su antiguo curso.

Los ríos tienen además la ventaja de poder ser utilizados como fuerza motriz; la corriente es una energía poderosa y económica; se la llama fuerza hidráulica.

DONDE Y COMO SE ESCRIBIO EL HIMNO NACIONAL

(Por Lucio V. López).

En la calle Perú, cerca de la antigua morada de los Vireyes, existía una casa de aspecto casi insignificante y casi ruinoso, señalada con el número 533. Una recia puerta y el característico techo de tejas morunas, delataban su origen colonial.

En la segunda habitación de la entrada de dicha casa, y sobre una mesa de caoba comprada por la familia López a un oficial inglés en 1807, fué escrito el Himno Nacional, en la noche del 8 de mayo de 1813.

Desde mediados de abril de 1813, sentía el cantor del "Triunfo Argentino", aunque vagamente, la canción vibrante y triunfadora que había de inmortalizar su nombre. El 8 de mayo llegó a la Casa de Comedias, creación del bondadoso y progresista virrey americano Juan José Vértiz. Representábase la comedia patriótica de Ducis "Antonio y Cleopatra". El desarrollo de la obra iba caldeando poco a poco el ánimo del poeta, que aplaudía con entusiasmo los pasajes patrióticos del drama. Después del segundo acto abandonó el teatro con el cerebro ardiente y el corazón palpitante de entusiasmo y de inspiración.

Llegó a su casa, y allí, sobre la mesita dos veces histórica, casi vertiginosamente cayeron sobre el papel las octavas, que un año más tarde debían sonar en todos los ejércitos argentinos y ocho años después en toda la América del Sur.

Poco tiempo después, un selecto concurso se reunió en el salón de actos del Consulado, para oír el primer ensayo del Himno Nacional puesto en música por don Blas Parera; y oyó, puesto de pie, y con silencioso respeto, las notas del Himno, que debía ser el monumento más duradero de la Revolución Argentina.

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

*Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir:
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.*

Oíd ¡mortales! el grito sagrado:
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas;
Ved en trono a la noble Igualdad.
*Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación;
Coronada su sien de laureles
Y a sus p'antas rendido un León.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar;
La grandeza se anida en sus pechos,
A su marcha todo hacen temblar.
Se commueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
De la Patria el antiguo esplendor.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*Pero sierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor;
Todo el país se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.*

*En los fieros tiranos la envidia
Escupió su pestífera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando a la lid más cruel.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*¿No los véis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los véis sobre el triste Caracas
Luto y llanto y muerte esparcir?
¿No los véis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?*

CORO. "Sean eternos", etc.

*A vosotros se atreve ; Argentinos!
El orgullo del vil invasor,
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A esos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*El valiente argentino a las armas
Corre ardiendo con brío y valor,
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó;
Buenos Aires se pone a la frente
De los pueblos de la ínclita Unión,
Y con brazos robustos desgarran
Al ibérico altivo León.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental;
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la Patria
Su cerviz orgullosa dobló.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió,
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió;
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos a la Libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad.*

CORO. "Sean eternos", etc.

*Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando,
Les repite: ¡Mortales! Oíd:
¡Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud!
Y los libres del mundo responden:
¡Al Gran Pueblo Argentino, Salud!*



LA CONVERSACION

(De La Rochefoucauld).

La causa de que tan pocas personas sean agradables en la conversación, obedece a que cada uno piensa más en lo que quiere decir que en lo que dicen los otros. Hay que escuchar a los que hablan si se quiere ser escuchado por ellos; hay que dejarlos en libertad de hacerse oír y hasta de decir cosas inútiles. En vez de contradecirlos o interrumpirlos, como se hace con frecuencia, débese, por el contrario, entrar en su espíritu y en su gusto; indicar que se les entiende, hablarles de lo que les importa, alabar lo que dicen tanto como merezca ser alabado y hacer ver que se les alaba más por satisfacción que por complacencia.

Hay que evitar el contestar sobre cosas indiferentes; hacer raramente preguntas que casi siempre son inútiles; no dejar nunca creer que se pretende tener más razón que los otros, y ceder con facilidad la ventaja de decidir. Se

deben decir cosas naturales, fáciles y más o menos serias, según el carácter y la inclinación de las personas con quienes se habla, y no apremiarlas para que aprueben lo que se dice y ni siquiera para que respondan a ello. Conviene evitar el hablar largo tiempo de sí mismo, y el ofrecerse como ejemplo.

Hay cierta habilidad para no agotar los asuntos de que se trata y para dejar siempre a los demás algo qué pensar y qué decir. Nunca se debe hablar con aires de autoridad ni servirse de palabras y de términos más importantes que las cosas. Puede uno conservar sus opiniones, si son razonables; pero al conservarlas, jamás hay que herir los sentimientos de los otros, ni parecer asombrado de sus errores.

Es peligroso querer ser siempre dueño de la conversación y hablar con demasiada frecuencia de una misma cosa; se debe entrar indiferentemente en todos los asuntos agradables que se presenten y no hacer ver nunca que se quiere llevar la conversación a lo que se tiene deseos de decir.

Es necesario observar que toda clase de conversación, por muy honrada y muy espiritual que sea, no es igualmente propia para toda clase de gentes; hay que escoger lo que conviene a cada cual, y hasta la oportunidad de decirlo.

Si hay mucho arte en saber hablar oportunamente, no hay menos arte en saber callarse. Hay un silencio elocuente: éste sirve algunas veces para aprobar o para condenar; hay un silencio burlón y hay un silencio respetuoso. Hay aires, tonos y maneras que constituyen lo agradable o lo desagradable, lo delicado o lo chocante en la conversación.

A UN JOVEN OCIOSO

(De G. Torres Quinteros).

¿Qué has hecho tú por el progreso humano?
 ¿En dónde están tus obras, tus proyectos,
 para hacer que el hermano ame al hermano,
 para hacer a los hombres más perfectos?

Antes que tú, la humana inteligencia
 ha procurado el bien por todas partes,
 ha inquirido las leyes de la ciencia,
 y dictado las reglas de las artes.

Otros, antes que tú, modificaron
 de toscos materiales la estructura,
 y de sus manos hábiles brotaron
 poemas diversos de admirable hechura.

La casa que te cubre con su techo,
 el pan que tu existencia vigoriza,
 el código que ampara tu derecho,
 el arado que el campo fertiliza;

la tela que te viste, los cristales
 que al ojo vuelven el vigor perdido,
 los hilos que a distancias colosales
 de nuestra voz conducen el sonido;

hachas y yunque, libros y cinceles,
barcos, ferrocarriles, faros, puertos,
dínamos, telescopios y bajeles...
¡todo es herencia de los siglos muertos!

Y esa herencia es tu herencia: la recibes
intacta y libre de codicia y dolo;
a todos pertenece: a los caribes
lo mismo que al que mora junto al polo.

El legado inmortal de las edades
te convoca a luchar con ardimiento,
a ennoblecer con regias claridades
el don que te distingue: ¡el pensamiento!

Héroes hubo; su sangre derramaron
por darte patria, libertad y leyes,
hombres ilustres que por ti arrancaron
sus coronas y cetros a los reyes.

Esos los genios de la luz han sido;
por su labor la humanidad recobra
su nobleza y poder; tú, ¿qué has traído?
¿Qué has hecho tú por merecer su obra?

Ya que por ti lucharon con exceso,
emprende de la gloria la jornada:
¡huye la ociosidad que te anonada!
¡acógete al trabajo y al progreso!

TU ERES HIJO DE UN PAÍS AGRARIO

Tú, que lees esta página, eres hijo de un país agrario. El suelo de tu patria es productor de sustancias alimenticias y materias primas. Tiene cereales, azúcar y vinos, frutas y carnes. Tiene algodón y tabaco, lanas y cueros, maderas y extractos. Tu riqueza presente y tu bienestar futuro están en el campo.

Tu porvenir está en el agro de la patria. Y también la salud de tu cuerpo y la del espíritu. En el surco que abre el arado, en la chacra y en la granja que dan alimentos y otros medios de vida; en la cría de aves, cerdos y conejos, allí está, si no tu fortuna, la tranquilidad de tu familia.

Es claro que necesitas aprender las artes agrícolas. Si las ignoras, mal podrías ser un cultivador progresista. No basta echar la semilla en el surco; no basta plantar un frutal o instalar un gallinero. Se precisa saber cuidarlos, vale decir, conocer la ciencia de la agricultura y de las industrias de la granja.

Para ilustrarte en las artes rurales, existen libros y revistas. Pero ante todo, es indispensable amar el suelo donde se ha nacido, porque sin amor, sin entusiasmo, toda tarea es pesada y generalmente estéril. La tierra es generosa con quienes la aman y la comprenden.

Tú eres hijo de un país agrario. Si empleas tus energías y tu inteligencia en los trabajos rurales, nunca conocerás la miseria. Quizá nunca llegues a ser rico, pero, ¿acaso para ser feliz es necesario vivir en la abundancia y el lujo?

Mira el penoso cuadro de millares de hombres jóvenes, hacinados en las ciudades a la espera de un empleo que no llega, mientras el campo virgen se cubre de malezas. Esas tierras sólo esperan el brazo decidido, para que la espiga se alce donde antes crecía la ortiga, y hermoseen las flores el paisaje, donde era ayer un pajonal.

Acuérdate, pues, que eres hijo de un país agrario y que tu mejor destino está allá, sobre el campo generoso.



MEDIOS DE LOCOMOCION

Los hombres actuales vivimos tan familiarizados con el tranvía eléctrico, el automóvil, el ferrocarril y el barco a vapor, que nunca, o muy raras veces, nos detenemos a considerar el enorme progreso que para la humanidad representan esos medios de locomoción. Diríase que desde tiempos inmemoriales nuestros antepasados viajaban ya con igual comodidad y rapidez.

Sin embargo, la verdad es bien diferente. El tranvía, el ferrocarril, el aeroplano, etc., son, puede decirse, actuales. Ellos implican el resultado del estudio y del esfuerzo humanos durante muchos siglos. La invención del ferrocarril data apenas de cien años, y en cuanto al automóvil, el tranvía eléctrico y el aeroplano, son de época aun más reciente.

Los medios de locomoción más usados en la antigüedad fueron la carreta y la silla de postas, para viajar por tierra, y los barcos, movidos a remo o a vela, para viajar por agua, pues la navegación a vapor fué conocida sólo a principios del pasado siglo. Los grandes transatlánticos que cruzan los mares, dando la impresión de magníficas ciudades flotantes y ofreciendo toda clase de comodidades al pasajero, son de nuestros días.

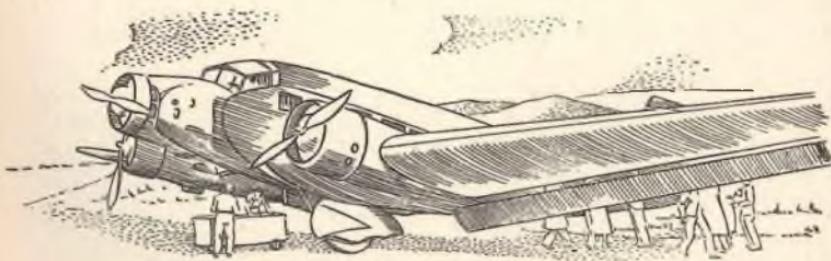
Se comprende fácilmente cuál sería, aun en las naciones más civilizadas, la lentitud e incomodidad con que se viajaba y la demora que sufría el transporte de las cosas de un punto a otro, entorpeciendo el comercio y las relaciones entre los hombres.

En nuestro país, con su inmenso territorio casi desierto, las comunicaciones eran forzosamente difíciles y tardías. Las pesadas carretas que bajaban a Buenos Aires desde Tucumán y Mendoza, cargadas de frutos, empleaban para llegar a su destino tres y cuatro meses. Hoy, con el ferrocarril, se tarda apenas poco más de un día.

La rapidez de los modernos medios de locomoción, además del placer y comodidad que procura, facilita el comercio, por la seguridad en los transportes y el ahorro de tiempo.

El tranvía, tan útil para las comunicaciones locales, que al principio fué movido a sangre y luego a electricidad, es uno de los servicios públicos indispensables en toda ciudad moderna. En cuanto al aeroplano, que es la más brillante conquista de la mecánica, recién comienza a ser utilizado como medio de transporte; pero es indudable que pronto constituirá el más importante factor de las comunicaciones, en razón de su mayor rapidez. La invención del aeroplano es uno de los mayores prodigios de la inteligencia, pues ha dado al hombre el dominio de los aires.

Fácilmente puede estimarse el progreso de las naciones por la extensión de sus medios de locomoción modernos.



LAS MANCHAS

(De Carlos Wagner).

¿Les gustan a ustedes las manchas? A mí no. Una mancha no está bien en ninguna parte. Y, sin embargo, el mundo está lleno de ellas y cada uno aumenta su número por negligencia y maldad. Ahí están, primeramente, las manchas en los libros nuevos; empiecenmos por decir que recién salidos de la librería, se parecen como hermanos y están igualmente limpios. Dejemos pasar un mes y veámoslos otra vez. ¡Qué diferencia! La gramática de Margarita está todavía limpia e inoculada como si recién saliese de las manos del vendedor. Ni adentro ni afuera se encuentra la menor huella de dedos, de grasa o de tinta. Ninguna página está arrugada.

Aquí está la gramática de Ernesto; adorna las tapas, con poca gracia, una redonda mancha color borra de vino. Seguramente esta gramática ha servido de platillo para la copa. Las esquinas están roídas de una manera que indica a las claras que han sido llevadas a la boca. Han hecho, pues, oficio de biberón. En el interior alternan la blancura del papel, la huella del pulgar, las manchas de tinta y algunas rayas trazadas con pluma y con lápiz. Se pensaría que este libro ha servido a muchas generaciones de alumnos. ¿Podemos afirmar que Ernesto ha usado tanto su libro con motivo honroso, es decir, estudiando? No; Ernesto se ha servido de su libro para todos los usos, sin excluir las peleas con sus compañeros; pero lo utiliza muy raras veces para aprender.

Una mancha es un mal signo, un certificado de descuido y falta de aseo. Un niño que se respeta, cuida su ropa y sus útiles. En general, los que son limpios en ellos mismos, respetan también los sitios por donde pasan, los muebles que ocupan, las casas en que habitan. Arrojar lodo en un cartel o en la pared recién pintada, es un placer favorito del desaseado, y está en su gloria si consigue manchar el blanco vestido de una niña, o el pantalón nuevo de su compañero.

Las virtudes de las madres están escritas en el rostro, las manos y la ropa de sus hijos. Cuando éstos conozcan la vida y sepan lo que cuesta velar y penar para tener limpios a los hijos, opinarán conmigo que una madre de familia tiene que emplear más aliento y más energías, sin cesar renovados, que los que emplea un soldado en el campo de batalla. Una batalla sólo dura algunas horas; pero el esfuerzo de esa mujer dura años y exige una vigilancia en todos los instantes. Todas éstas son cosas de las cuales conviene acordarse, lo mismo que de las siguientes: el término mancha ha pasado de lo material a lo espiritual. Se dice: hay una mancha en el honor de ese hombre, o en la conciencia de este joven. Lo cual significa que son culpables de faltas graves.

El alma de un hombre se mancha como una tela. Por sus acciones viles, sus cobardías, sus maldades, sus faltas de probidad, su avaricia, sus gustos perversos, un hombre se hace despreciable. Todos estos términos: hundirse en el vicio, cubrirse de oprobio, etc., son imágenes naturales de una vida detestable.

Pero — y esto es consolador — una mancha se puede limpiar. Hay algunas imborrables, pero son las menos.

Existe una multitud de procedimientos para quitar las máculas de los géneros y las del alma. Esta limpieza es muy interesante. Me parece que los que lavan son más estimables que los que ensucian. Ensuciar es cosa que puede hacer cualquier torpe; pero limpiar es la tarea de manos hábiles y laboriosas.

Carlos Wagner. — Moralista y sociólogo alemán, cuyas obras se caracterizan por su amenidad y sana doctrina. Entre ellas figuran algunas popularísimas, como: "Junto al Hogar", "Para los pequeños y para los mayores", "La vida sencilla". A esta última, cuya lectura recomendamos, pertenece el fragmento transcrita. (1852-1918).

LAS MONTAÑAS

Los sacudimientos internos han producido en la superficie del globo terrestre depresiones y elevaciones, dando lugar, las primeras, a la formación de los mares, ríos, lagos y lagunas, ya que el agua busca siempre el nivel más bajo, y las segundas, a las mesetas, montes y montañas, llamándose de este último modo cuando las alturas son tan considerables, que acumulan nieve en sus cumbres.

En medio de las cadenas de montañas se destacan los picos y volcanes, a semejanza de las torres que sobresalen por encima de las ciudades. Desde las cumbres, las montañas descienden en declives llamados pendientes o faldas. Hasta los 3.000 metros de altura, poco más o menos, las faldas poseen vegetación; más arriba están las rocas desnudas y la región de los hielos donde la vida desaparece. Unicamente la habitan las águilas y los cóndores, señores del espacio sin límites y de la inmensidad silenciosa, desde cuyas alturas vigilan y acechan la presa, que en los valles se les ofrece. Los ríos y arroyos que bajan a perderse en la llanura, o a desembocar en el mar, tienen su origen en las pendientes de las serranías. Se preguntará: ¿cómo es que se experimenta más frío a medida que se escala una montaña, si entonces nos acercamos más al sol, que es el foco de la luz y del calor? Ocurre así, porque la temperatura depende del calor que el aire almacena, siendo mayor aquél cuanto más densa es la atmósfera. Quiere decir que si el aire que se encuentra a ocho o diez mil metros de altura, tuviese la misma densidad del que nos envuelve, en la cima de las

montañas el calor sería tan elevado como en las llanuras tropicales. Es sabido que la atmósfera es más densa sobre la superficie misma del suelo, rarificándose al paso que de ella se aleja.

Durante el verano, parte de la nieve que cubre la cima de las montañas se licúa, ocasionando el deshielo. Entonces el agua baja impetuosamente de las alturas y aumenta el caudal de los ríos y arroyos. A veces la corriente arrastra lodo, nieve y piedras, originando lo que se llama un alud.

En los valles, el clima es saludable, y las tierras de esos lugares se prestan al cultivo de la vid y de los frutales.

El montañés u hombre de las montañas se caracteriza por su temperamento más bien rudo y fuerte, pues es sabido que el medio físico influye poderosamente en el carácter de los habitantes. Por eso la poesía montañesa tiene mucho de misterioso y melancólico, como si esos inmensos bloques de granito, esas empinadas cúspides que en la noche imitan espectros amenazadores, infundieran en el espíritu de los moradores, un hálito de superstición y de miedo. Los vientos que recorren las hondonadas, los múltiples rumores de los valles y el canto de las aves nocturnas que abandonan las grutas, dan al paisaje de la montaña magnificencia y sublimidad.

Por otra parte, las montañas ofrecen innumerables paisajes de imponente belleza; ya es un pico que se hunde en las nubes, ya un abismo profundo que penetra en la tierra; ora un desfiladero tortuoso o faldas arboladas y valles cubiertos de lozana vegetación. Y mientras la llanura es monótona y uniforme, las montañas presentan múltiples aspectos que recrean el espíritu, cuando no lo espantan con sus temblores y terremotos.

Las montañas, además, encierran en su seno innumerables riquezas minerales. En este sentido, la naturaleza ha sido excepcionalmente pródiga con nuestro suelo.



LA MUSICA NATIVA

Nuestra música nativa está formada por la mezcla de la antigua música popular española y la música indígena. Nos referimos a la que canta el pueblo, al son de la guitarra o del tamboril. Más tarde, la música urbana tomó y combinó los motivos de aquéllas, para hacer otra clase de música popular, que se canta en las ciudades. Son las canciones y romanzas acompañadas de piano y orquesta.

Cada región del país ha contribuído con su música regional; en la llanura, o como decimos, en la pampa, el gaucho payador cantaba el "cielito", el "triste", la "vidalita", el "estilo". Esta música es generalmente melancólica, como si reflejara la inmensidad del campo y el silencio de sus noches.

En las montañas, la música popular está representada por la "zamba" y la "zamacueca". La música de origen indio que encontramos en el norte, en Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero, es la "vidala" y el "huaino", que se canta al son del tamboril y de la flauta de caña. Es ésta una música monótona y plañidera. La cantaba el arriero mientras atravesaba quebradas y serranías; la cantaba el pastor en las altas mesetas de los Andes.

A pesar de su tristeza, hay en nuestra música popular una gran dulzura que llega al corazón. El "gato", la "zamacueca", la "media caña", el "malambo", el "cielito", el

"escondido", son músicas de baile y zapateo, acompañadas de cantos festivos y picarescos:

*"Para bailar el gato
se necesitan cuatro;
dos muchachas bonitas
y dos mozos guapos."*

La "vidala", la "vidalita" y el "triste" son músicas para cantar. La letra es casi siempre de índole amorosa, si bien se han escrito vidalitas patrióticas, que cantaron los soldados en las guerras libertadoras y en los fortines, cuando se conquistaba el desierto. Cuenta la tradición que el valiente general Gregorio Aráoz de La Madrid, en la gran patriada de nuestra independencia, animaba a sus soldados cantando vidalitas.

Siendo la música y el canto formas de expresar nuestros sentimientos, es fácil adivinar el alma de los pueblos por su música y sus canciones. Cuando oímos una vidala indígena, enseguida pensamos en los primitivos indios del norte, en medio de una naturaleza salvaje, llena de peligros: el indio va cantando para matar el miedo. Cuando escuchamos una vidalita, al pronto se nos presenta la llanura, el rancho pampeano y el payador que improvisa sus décimas en la pulperia.

Así, por la música nativa, podemos reconocer las regiones de un país y el temperamento de sus habitantes. ¿Quién no distingue al momento, una "canzoneta" napolitana, o un "paso doble" español?

Los compositores cultos de la ciudad han comenzado ya a mostrar predilección por los motivos de la música nativa, y varios de ellos han llevado hasta el escenario del teatro Colón óperas escritas sobre temas de nuestro folklore. Tales, por ejemplo, los maestros Boero y Pinto, autor el primero de "El Matrero", y el segundo de "Gualicho", obras largamente aplaudidas por el público y elogiadas por la crítica. Prueba esto que la música nativa va conquistando ya categoría en la misma escena que hasta hace poco parecía destinada sólo a las altas expresiones del arte extranjero.



Todas las obras humanas deben madurar; la vida misma necesita madurez para producir aquellas obras que perduran en la estimación de las gentes. Para llegar a tal resultado, se precisa paciencia y perseverancia en el trabajo. La impaciencia da frutos verdes y efímeros.

La lectura que sigue enseña a valorar la paciencia. Pero debe entenderse que se trata de la paciencia dinámica, de la que espera haciendo, y no de aquella estática que, sin hacer nada, lo aguarda todo del milagro.

16

LA VERDADERA CIENCIA DE LA VIDA

(Cuento árabe).

Cuentan que en una ciudad vivía un joven que era animoso y estudiioso. Y aunque nada faltara a la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más. Un día, merced al relato de un viajero, le fué revelado que en cierto país lejano había un sabio, que era el hombre

más virtuoso del mundo. Y se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él.

Cuando hubo oído estas palabras, entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo y abandonó inmediatamente la ciudad, encaminándose al país lejano donde vivía aquel maestro, con objeto de ponerse bajo su dirección, y adquirir un poco de sabiduría.

Y anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y después de muchos peligros y fatigas llegó a la ciudad del herrero, presentándose a él, cuya tienda le habían indicado todos los transeúntes. Y luego de besarle la orla de su traje, se mantuvo de pie delante de él, en actitud de respeto. Y el herrero, que era hombre de edad, con rostro apacible le preguntó:

—¿Qué deseas, hijo mío?

—Aprender, maestro! — contestó el joven.

El herrero, por toda respuesta, le puso entre las manos la cuerda de la fragua y le dijo que tirara de ella. Y el nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso a tirar de la cuerda, sin interrumpir el trabajo hasta la puesta del sol. Y al día siguiente hizo lo mismo, así como en los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en el taller, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase de aquel duro trabajo silencioso.

Y de tal suerte pasaron cinco años, hasta que un día el discípulo se aventuró muy tímidamente a hablar, y dijo:

—¡Maestro!

El herrero interrumpió su trabajo, y en el límite de la ansiedad hicieron lo mismo todos los discípulos. Y el herrero, en medio del silencio, se encaró con el joven y le preguntó:

—¿Quéquieres?

Y el otro dijo:

—¡Ciencia!

—Tira de la cuerda, contestó el herrero, y sin pronunciar una palabra más, reanudó el trabajo.

Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde la mañana hasta la noche, el discípulo tiró de la cuerda, sin cesar y resignadamente. Hasta que un día el viejo herrero se acercó a él y le tocó en el hombro. Y por primera vez soltó el joven la cuerda de la fragua, y sintió una dulce emoción. Y el maestro le habló, diciendo:

—Hijo mío, ya puedes volver a tu país, llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida.

Y como el joven le mirase asombrado, agregó:

—Sí, toda ella la adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia.

Y le dió un beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado a su país, entre sus amigos, y vió claro en la vida.



Sarmiento fué un clarividente. Medio siglo después de su muerte vuelve la mentalidad argentina al pensamiento central del educador inigualado, que quiso hacer de toda la República una escuela. Este siglo nuestro, que es “el siglo de los niños”, busca en la escuela el perfeccionamiento del hombre, para mejorar la sociedad: la escuela es el instrumento y el educador su artífice. La visión luminosa del sanjuanino inmortal viene a ser así una esperanza nueva para la Argentina de mañana.

SARMIENTO

He aquí un extraordinario ejemplo de lo que pueden el talento y el estudio puestos al servicio de una voluntad firme, pues Sarmiento alcanzó las más altas dignidades de la Nación habiendo sido su origen completamente humilde. Se elevó luchando, porque ante todo fué un batallador genial. Ni las vicisitudes de su vida, ni los ataques de sus adversarios, ni las contrariedades de la fortuna influyeron en su ánimo para desviarlo de la ruta que se había trazado; antes bien, a cada adversidad, su temple de acero redoblaba el esfuerzo, como esos árboles gigantescos que parecen reafirmarse en sus raíces cuando lo azota el vendaval.

Emigrado en Chile con numerosos compatriotas que huían de la dictadura, combatió a Rozas por medio de la pluma, con inquebrantable ardor. A ese fin escribió el "Facundo" o "Civilización y barbarie", en cuyo libro se estudian las causas que dieron vida al caudillaje, del que Rozas y Quiroga eran los más genuinos representantes.

En medio de esa lucha tremenda, Sarmiento se ocupaba de la educación pública. Viajó por los Estados Unidos, estudiando la organización escolar de aquel país, ya adelantado entonces, y vuelto a la Patria, su primer intento fué crear escuelas sobre el modelo de las que había visitado. Y lo realizó. La presidencia de Sarmiento es memorable por ese afán con que difundió la instrucción pública, habiendo escrito él mismo libros apropiados para la enseñanza, de que carecíamos por completo en aquel tiempo. Por todo esto se considera a Sarmiento como el verdadero padre de la escuela argentina.

No se crea, sin embargo, que sus actividades se concretaron a la fundación de escuelas; se ocupó, además, de ferrocarriles, de paseos públicos, de hospitales y de monumentos que embellecen las ciudades; es decir, de todos aquellos exponentes del progreso y la civilización.

Fué un notable y temible periodista y un fecundo escritor. Sus obras completas abarcan más de cincuenta volúmenes y en ellas se encuentran inagotables enseñanzas de la historia argentina y de los hombres y los hechos de su época. En todos sus escritos y discursos, que se refieren a las más diversas cuestiones, nótanse las huellas de su genio.

Los hombres más ilustrados, cuando se encontraban frente a Sarmiento en una discusión, sentíanse débiles, no sólo porque reconocían grande autoridad a sus opiniones,

sino porque temían las réplicas chispeantes de ingenio con que solía anonadar a sus adversarios. Así, en cierta ocasión, a un joven diputado que le reprochaba sus errores, contestóle: "Usted, señor, no ha cometido faltas en su vida porque nunca ha hecho nada."

Mas, a pesar de su temple varonil y enérgico, poseía un alma bondadosa, sensible a la belleza y a la ternura.

En "Recuerdos de Provincia" se hallan páginas admirables por el sentimiento que reflejan; páginas dedicadas al hogar y a la madre, de quien fué devotísimo.

En ellas se alcanza a comprender cómo la energía del carácter, la rectitud de las acciones y la inflexibilidad en el cumplimiento del deber, no están reñidas con la bondad del corazón, que en definitiva es el más precioso blasón que pueden mostrar a la posteridad los hombres ilustres.



Se podría afirmar, sin temor de equivocarse, que en el pensamiento y en los sentimientos de un hombre están reflejadas las virtudes de su madre. Los romanos Tiberio y Cayo Graco suponen a Cornelia; Napoleón el Grande nos recuerda al punto a Leticia Ramolino, y no hay en la historia varón ilustre que no haga pensar en una madre ejemplar.

Difícil misión es ésta de la mujer, pero doña Paula Albaracín supo llenarla con grandeza, al punto de engendrar para nuestra Nación un ciudadano de la talla cívica de Sarmiento. Digna a la vez de tan augusta madre y de hijo tan preclaro, es la admirable página que va a continuación.

LAS VIRTUDES DE MI MADRE

(De Domingo Faustino Sarmiento).

Mi niñez no tiene historia. Incidentes aislados de la más desabrida insignificancia unos, commovedores otros, alternan aquí y allá en ese páramo en que hay tan grandes vacíos, tan mudos como la virgen ignorancia de una existencia anterior.

Ocho o diez recuerdos es todo lo que queda de diez años de vida. De esos, uno que otro, aun hoy mismo, hacen cubrir mi rostro de leve rubor, por su presuntuosa ridiculez. ¡Y yo que de niño los creía trofeos de mi orgullo! Trastrocados por los años los valores y los tipos de mi estimación, ¡qué mísera me parece tanta cosa que antes admiré! Mejor así; eso es vivir, mudar juicios, renovarse. Soy otro hombre que nada tendría que ver con su pasado, a no ser por unas cuantas virtudes incommovibles, que son como vértebras de todos mis actos.

Sin embargo, tengo patente y joven un recuerdo cuya limpia y blanca hermosura no sería ensombrecida por ningún poema. De esa penumbra de mi niñez surge como en la bruma de una tarde húmeda la pálida claridad del lucero.

En esas noches transparentes, trémulas de ligeras brisas, que nos depara el cielo de mi San Juan nativo, solía mi madre llevarme en su compañía de paseo por la Alameda, buscando apacible diversión a las preocupaciones de su espíritu, pausa a la fatiga de todo un día de labor telar, y alivio a la postración que da el calor diurno de esa tierra tan abundante de aire caliente, como negada de agua y espontánea vegetación. Ibamos, pues, a aquel nocturno sitio de esparcimiento, pensativa y lenta la mujer venerable, yo a su lado.

Temblaban las frondas con tenue rumor; sobre la cima de los árboles, el firmamento; débiles faroles brillaban entre el follaje, y siluetas lentas pasaban hablando en voz baja. En la tranquilidad de la noche de verano, sobre-saltada por un lejano mugido, saturada de olor a césped, misteriosa como una mirada, al lado de mi madre, que caminaba quieta la cabeza, reposado el paso, majestuoso el porte, una súbita gravedad me invadió por primera vez en la vida; de tan honda, parecióme sentirme libre de

todos los reatos vulgares, como si una nueva conciencia, caída la otra, acabase de entrar en mí. Desde entonces, cuando veo una alameda, asocio a ella la figura de la mujer más noble, y evoco aquella infantil emoción, que fué como un descubrimiento de mí mismo.

He hablado de mi madre. ¡Hija amada del deber, visión tranquila y mano segura en medio de la borrasca, columna de mi casa! Doña Paula Albarracín Sarmiento era matrona de alma justa, innatamente equilibré, genuinamente pura y fuerte, como el oro y como el hierro. Las virtudes domésticas fueron collar de su alma. Tarda y parca en el hablar, mesurada en su juicio, siempre definitivo; rica en razones pero más rica de obras. Empañaba su mirada una veladura de fatalidad, y la frente prominente, que raros cabellos lisos coronaban, sostenía un aspecto austero, y una casi majestad imprimían sus rasgos secos, enérgicos, netos, como si estuviesen consagrados al sufrimiento y a la paciencia altaiva.

Castigada de la suerte, nunca la queja se le hizo afuera, sino el nuevo propósito y la esperanza nueva: el dolor la nutría. En la pobreza, que como continua tormenta golpeó las puertas de su casa, ella tuvo, la admirable, el don de desconcertarla con su industria y de dignificarla con su hidalguía, que en ninguna hora vió desmentir.

Careciendo de pan para su boca, era generosa; huérfana de escolar cultura, pudo humillar a la sabiduría. Lo que soy es por ella: y soy la menor de sus obras.

LAS FLORES

¿Quién no ha admirado un jardín? ¿Quién no se ha detenido junto a un parque donde ostentan sus múltiples galas las más variadas y preciosas flores? Más aún: el que haya tenido la oportunidad de atravesar los campos durante la primavera y el verano, habrá podido observar en medio de la grama, una multitud de puntos coloreados: son las florecillas que adornan el paisaje de la campiña. Y una más atenta observación habrá descubierto, sin duda, numerosos árboles floridos; ora los frutales de cultivo, como el duraznero y el naranjo; ora los silvestres, que también florecen antes de fructificar, pues como es sabido, del seno de las flores nacerán luego el fruto y las semillas.

Las flores constituyen un hermoso don de la naturaleza; los colores que lucen son infinitos y el pintor más hábil no lograría imitarlos con precisión; las formas de las corolas y la disposición de los pétalos son tan caprichosas en su variedad, que examinándolas nos hallamos siempre en presencia de bellezas que admirar y de matices singulares que no habríamos imaginado.

¿Y qué diremos del perfume? También éste varía al infinito, desde la suavísima fragancia apenas perceptible para el olfato, hasta el aroma fuerte y penetrante, a veces desagradable. Muchas flores, sin embargo, carecen de perfume, o por lo menos nuestros sentidos no alcanzan a percibirlo.

El color de las flores obedece a una ley natural de defensa y de conservación de las plantas. Merced a él son atraídas las aves y los insectos sobre las corolas, lo que facilita la propagación del polen, que va a poblar el suelo.

con nuevas plantas. En efecto, el ave y el insecto, especialmente las mariposas y las abejas, al posarse en las flores para libar el néctar, mueven y desparraman el polen, que el viento se encarga de esparcir, o bien ellas mismas conducen a otras flores, en sus patitas y en sus trompas, operación que facilita la fecundación y multiplicación de las especies vegetales.

A parte del placer que ofrecen al espíritu mediante su aroma y la armonía y belleza de sus colores, las flores prestan grandes utilidades en la industria de la perfumería y en la medicina.

La jardinería moderna ha realizado prodigios en el cultivo de las flores, produciendo nuevos tipos, admirables por la combinación de los matices.

Las más vistosas y fragantes son oriundas de los climas cálidos; pero las regiones frías también poseen las suyas características. Algunas son simbólicas, como la del loto, la del cerezo y la del almendro, muy estimadas entre los japoneses, que les rinden respetuosa veneración. Hay otras flores que caracterizan las estaciones, siendo notable ejemplo la del duraznero, que anuncia los días templados y luminosos de la primavera.

Poblar de flores los huertos y las ventanas, es una manera de embellecer la vida y de cultivar la bondad del corazón.



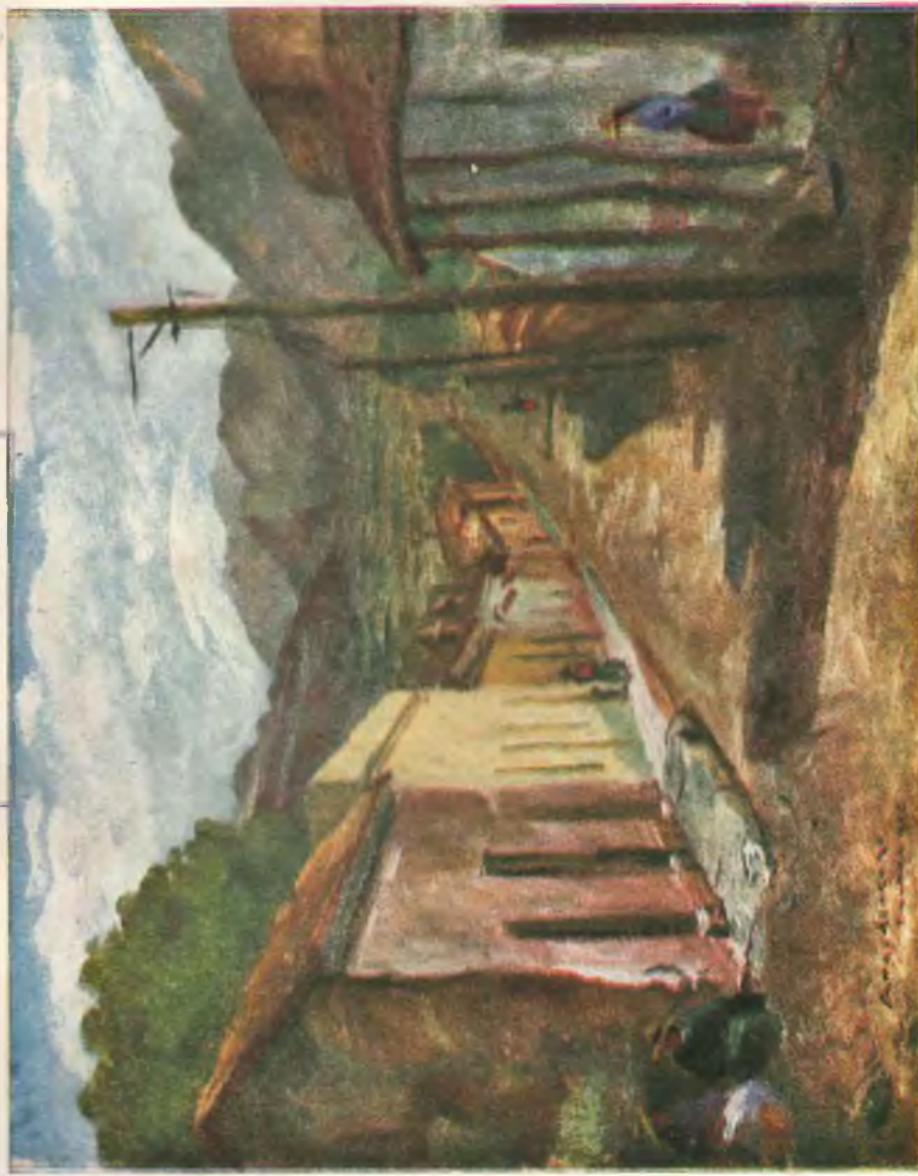


LA FAMILIA

Difícilmente el hombre solo, aislado de sus semejantes, podría subsistir: sucumbiría pronto en la lucha que debe sostener contra las fieras y contra las inclemencias del tiempo. De ahí proviene la necesidad que siente, como asimismo gran número de animales, de vincularse a sus semejantes y vivir en compañía: llámase a esto instinto gregario.

La ayuda mutua hace menos penosa la existencia, pues el trabajo se reparte entre los individuos, produciendo cada uno para la colectividad. Así, el fabricante de tejidos proporciona vestidos, mientras el panadero hace pan y el zapatero calzados, trabajando para todos.

La sociedad de los hombres comienza por la familia. Esta es una asociación en pequeño, constituida por padres e hijos, agregándose los nietos, abuelos y otros parientes que a menudo viven bajo un mismo techo, o sometidos a la protección de un jefe común.



PAÍSAGE DE TILCARA. — Jujuy. — Óleo del pintor argentino José Arcidiácono.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El gobierno de la familia lo ejercen por derecho natural el padre y la madre; aquél trabaja para proveer a las necesidades del hogar y ella se ocupa de los quehaceres domésticos y del cuidado de los hijos. Todos ellos, padres y descendientes, están vinculados por el afecto, la obediencia y el respeto recíprocos, sentimientos en que se fundan la armonía y la felicidad de la familia.

Los grupos de familias que viven en un mismo lugar forman una sociedad mayor, que toma el nombre de aldea, villa o ciudad, según su importancia. Y muchas ciudades, vinculadas por el idioma, las costumbres, la historia y los intereses comunes, constituyen una nacionalidad. Si ésta ha conseguido su independencia política, como la Argentina desde 1816, toma el nombre de Estado, cuyo atributo es la soberanía.

Se llama patria potestad al derecho que, para ampararlos, tienen los padres sobre sus hijos. Pero el Estado puede limitar o suprimir ese derecho, cuando la mala conducta de los padres o su incapacidad implican un peligro para la educación de los hijos.

Del mismo modo, los malos hijos, desobedientes o viciosos, pueden ser separados de la familia y recluidos en establecimientos especiales de corrección.

Un buen hijo supone un buen ciudadano de la república, mientras que el mal hijo es una amenaza constante para la sociedad que lo ampara.

En los pueblos, la autoridad encargada de la administración y del orden público imita al gobierno del padre de familia, porque la comunidad social es el reflejo de la comunidad doméstica, o sea del hogar.

Nada hay más placentero que la armonía en el seno de la familia, cuando todos los miembros que la componen se

profesan cariño y respeto. Ella produce la dicha, que trascendiendo a la sociedad, hace a ésta feliz. Pero esto no puede lograrse sino a condición de que cada uno obre rectamente, ajustando su conducta al orden, a la verdad y a la justicia.

Cuando más ilustradas sean las familias, tanto más culta y progresista será la sociedad.

Precisamente la escuela persigue esta finalidad, educando e instruyendo a los niños, para que en el futuro puedan organizar sus hogares con bondad y prudencia.



De Benjamín Franklin ha dicho uno de sus biógrafos, que "no solamente honró a la nación que lo tuvo por hijo, sino a todo el género humano". Ideal humano es la perfección moral del individuo, que le hace intachable de conducta y honrado de pensamiento. Este ideal cuesta alcanzarlo y por eso cuando algún hombre lo consigue, sus virtudes brillan sobre la comunidad. Franklin fué uno de esos ejemplares; ciudadano del mundo, vivió sencillamente, exento de egoismos y de pasiones subalternas, esforzándose

se por mostrarse siempre optimista y alegre, porque según él decía: "el mal humor es la suiedad del alma".

21

F R A N K L I N

Hijo de un modesto tintorero de Boston, Benjamín Franklin llegó a adquirir riqueza y celebridad merced a su amor por el estudio y a su inflexible voluntad para realizar obras en provecho del bienestar común. Empezó siendo fabricante de velas de sebo, luego fué impresor y después fabricante de papel. Cuando Estados Unidos, su patria, se levantó en armas contra Inglaterra por la causa de su libertad, fué Franklin uno de los ciudadanos que mayores servicios prestaron a la independencia.

Más tarde dedicóse al estudio de los fenómenos físicos, inventando el pararrayos; además, con sabios consejos contribuyó eficazmente al progreso moral de su país.

Fué un filántropo; preocupado constantemente de la felicidad de sus semejantes, propagó numerosos principios que él había utilizado con eficacia, para labrar su prosperidad personal por medios lícitos. Franklin no omitió esfuerzos para aficionar a sus compatriotas a las artes útiles para el mejoramiento de la vida. Contribuyó a formar la primera biblioteca pública y el primer hospital, mientras les enseñaba las ventajas de la higiene y del alumbrado, sosteniendo que la felicidad de los hombres no es tanto el gran caudal, que rara vez se consigue, como los mil pequeños goces que todos los días se reproducen.

Vivió y murió rodeado de la admiración y la gratitud de sus contemporáneos, que supieron reconocer en él no solamente al sabio, sino también al ciudadano honesto y patriota, al hombre austero y generoso. Por su sagacidad, dice un escritor, por su conducta discreta, por su rectitud inalterable, por su amor al bien público, se iba labrando poco a poco el modesto impresor de Filadelfia, sin saberlo él mismo, el puesto elevado y el papel considerable que le reservaban los acontecimientos. Por digno de estimación que fuera entre los suyos, hubiera sido difícil adivinar en aquella fecha, en Franklin, al hombre de quien un día debía decir otro gran espíritu, en la Cámara de los Lores, que no sólo honraba a la raza inglesa sino al linaje humano.

La siguiente carta, escrita en 1784 al señor Benjamín Webb, revela los sentimientos de Franklin y prueba cómo es posible hacer el bien con poco dinero. Hela aquí:

«Muy señor mío: He recibido la carta de usted del 15 del corriente y el estado de cuenta que la acompaña. La pintura que me hace de su situación me aflige por demás. Adjunto hallará usted un billete de diez lises. No es mi

intención «dar» a usted esa cantidad: solamente se la «presto». Cuando usted vuelve a su patria con buena reputación, probablemente tomará interés en algún negocio que le pondrá en estado de pagar todas sus deudas; en tal caso, si encuentra un hombre de bien que se halle en una situación semejante a la de usted ahora, me pagará prestándole la misma suma, y le ordenaré que satisfaga su deuda con otra operación semejante, luego que se halle en estado de poder hacerlo y encuentre para ello igual ocasión. Espero que de este modo los diez lises pasarán por muchas manos, antes de caer en las de un pícaro que quiera detener su curso. Este es un artificio de que me valgo para hacer mucho bien con poco dinero, pues como no soy bastante rico para destinarme mucho a las buenas obras, por lo mismo me veo obligado a usar de ardides para hacer lo más posible con poco. Deseando que no olvide mi encargo y que su futura prosperidad sea inalterable, quedo de usted muy seguro servidor.

— B. Franklin.»

EL AHORRO

(De Samuel Smiles).

El ahorro comenzó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la necesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy. Comenzó muchísimo antes de que se inventara el dinero. El ahorro significa la economía privada. Comprende la economía doméstica, el orden y el manejo de la familia.

Mientras que la economía privada tiende a crear y promover el bienestar de los individuos, el objeto que se propone la economía política es crear y aumentar las riquezas de las naciones. La riqueza privada y la pública tienen el mismo origen. La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con los ahorros y acumulaciones, y se aumenta con la diligencia y la perseverancia.

Los ahorros de los individuos forman la riqueza, o en otras palabras, el bienestar de toda nación. Por otra parte, el despilfarro ocasiona el empobrecimiento de los Estados. De manera que, toda persona ahorradora puede ser considerada como un bienhechor público. No hay discrepancia respecto de la necesidad de la economía privada; todos la recomiendan; pero en cuanto a la economía política, hay numerosas discusiones, por ejemplo, en la distribución del capital.

La economía es un producto de la experiencia y de la educación. Sólo cuando los hombres llegan a ser prudentes,

se hacen frugales. De ahí que el mejor medio para hacer previsores a los hombres y a las mujeres sea el instruirlos.

Un gran número de hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado; sólo piensan en el presente. Nada guardan, gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí ni para la familia. Pueden ganar crecidos sueldos, pero lo consumen todo. Esos individuos son constantemente pobres y caminan al borde de las privaciones. Lo mismo sucede con los países; los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para las necesidades futuras, no tienen capital; como las personas pródigas, viven de manos a boca y siempre están pobres y miserables.

Las naciones que no tienen capital no tienen comercio; no tienen acumulaciones de que poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales ni ferrocarriles. La laboriosidad económica está en el fondo mismo de la civilización del mundo.



Samuel Smiles. — Escritor y moralista inglés, entre cuyas obras difundidas se encuentran: "Ayúdate", "Trabajo" y "Ahorro". A esta última pertenece el fragmento transcritto. 1812-1904.



ELOGIO DE LOS LIBROS

(De Carlos Octavio Bunge).

I. — Reza el refrán popular: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Sin embargo, las buenas o malas compañías, ocasionadas antes por las circunstancia de la vida que por verdadera afición, suelen inducir en error cuando a los hombres se juzga. Dada la mayor libertad con que cada cual elige sus lecturas, más bien diría: «Dime lo que lees y te diré quién eres». ¡Tan cierto es aquello de que los libros son los mejores y más adecuados amigos!

II. — Un libro es bueno cuando una vez leído, invita, por el placer o por el provecho que proporciona, a que se le relea. De ahí que sólo conservemos en la biblioteca lo que verdaderamente vale, echando al canasto, apenas hojeados, los libros insignificantes, los folletos ramplones, los periódicos de noticias. Tanto se ha escrito, que hay que seleccionar lo que vale la pena de guardarse. Una biblioteca, para ser útil y manuable, será sólo una colección de libros dignos de ser releídos. Una biblioteca es como un museo, donde no se admiten adefesios ni mamarrachos, sin signifi-

fificación o belleza, o como un arsenal donde sólo se guardan las armas que no fallan.

III. — Si leer es útil, releer es dos veces más útil. Un buen libro es como una catedral. La primera lectura equivale a un paseo alrededor del monumento; sólo penetramos en él al emprender las lecturas sucesivas.

IV. — Cuando te obsesione un mal pensamiento, lee un libro bueno. Cuando estés triste, lee un libro elegre. Cuando estés aburrido, lee un libro interesante. En fin, cuando la balanza de tu espíritu se desequilibre y caiga dolorosamente uno de sus platillos, pon en el otro un libro de peso y el fiel recuperará su equilibrio. La bondad, la alegría o el interés del libro que tengas entre las manos, te devolverá tu perdido estado de ánimo.

V. — Los animales se mueven, aman, piensan y aun tienen su lenguaje, más o menos como el hombre. La más verdadera diferencia y superioridad del hombre sobre los animales, está en saber leer.

VI. — Los antiguos decían: «Las palabras vuelan, los escritos quedan». Nosotros, mejor informados, podríamos ampliar esa idea, diciendo: «Las palabras vuelan, los hombres mueren, las instituciones decaen, los imperios se derrumban, las piedras se pulverizan, y, a la vuelta de muchos miles de años, y acaso de centurias, sólo quedan los grandes libros».

VII. — Lo que hace los grandes pueblos, más que el gobierno y el ejército, son los grandes libros.

Carlos Octavio Bunge. — Destacado polígrafo argentino. Cultivó preferentemente la historia, el derecho y la pedagogía. Sus principales obras son: "Nuestra América", "La Educación", "Historia del derecho argentino", "Viaje a través de la estirpe", 1875-1918.



El descanso presupone la fatiga del trabajo. El haragán no puede descansar, desde el momento que no está cansado, sino aburrido de la ociosidad, y un hombre aburrido es incapaz de disfrutar las bellezas del paisaje, la serenidad de las aguas, el silencio de los campos.

El placer del descanso, después de una dura jornada, hace recobrar las energías gastadas y origina sanas alegrías. Cuando veais a un semejante que de todo se fastidia, que en ninguna parte se encuentra contento, podéis estar seguros de que esa persona está abatida por la ociosidad, que es tristeza y mal humor.

24

EL ARROYO

(De Elíseo Reclus).

Para saborear todo cuanto ofrece de delicioso un paseo por la orilla del arroyo, es preciso que el defecto de la pereza haya sido vencido con el trabajo, y que el espíritu cansado tenga necesidad de adquirir nuevo aliento, contemplando la naturaleza. El trabajo es indispensable para quien desea gozar del reposo, lo mismo que el recreo cotidiano es necesario al obrero para renovar sus fuerzas. No habrá tranquilidad en el mundo, ni equilibrio estable en la sociedad, mientras los hombres, condenados en número infinito a la miseria, no tengan todos, después de la diaria tarea, un mo-

mento de descanso, para renovar su vigor y mantenerse así con la dignidad de seres libres e inteligentes.

Juguetear por la orilla del agua es un reposo agradable y un poderoso medio para no llegar al nivel de las bestias. Desde que leí no sé dónde, que Escipión el Joven y su amigo Lelio gustaban distraerse paseando por la orilla de los arroyos, siento hacia ellos cierta simpatía. Es verdad que Escipión fué un guerrero que hizo matar y mató muchos hombres honrados que defendían su patria contra la invasora Roma, y saqueó e incendió ciertas ciudades; pero, a pesar de sus crímenes, que son los de todos los enemigos del hombre, no era un conquistador vulgar, puesto que en vez de exhibirse orgullosoamente, en actitud majestuosa entre sus conciudadanos, no se creía rebajado divirtiéndose como un niño de aldea, y se entretenía lanzando pedazos de madera al agua y arrojando piedras sobre la superficie, para verlas rebotar.

Pero no es necesario buscar ejemplos en la antigüedad romana para poder gozar sencillamente de la naturaleza. No es tampoco necesario examinar polvorientos libros para convencernos de que es agradable y bueno pasear por las márgenes del arroyo, contemplando su variado curso.

Todas las imágenes graciosas de sus saltos, de sus rizadas ondas y de sus bordados de espuma, nos reponen bien pronto de las fatigas del oficio o de las laxitudes del trabajo, reanimando el espíritu, hasta cuando la mirada fatigada vaga errante sobre las aguas, sin fijarse en ningún objeto determinado. Por otra parte, la vista del arroyo nos fortifica y rejuvenece tanto más cuanto mayor y más variado sea el espectáculo que nos ofrece, cambiando cada época del año, cada mes y hasta cada día. Gracias a la variación del paisaje que nos rodea, nuestras ideas se rejuvenecen también: el ambiente que nos circunda, satura nuestra vida de fuerzas nuevas.

Eliseo Reclus. — Geógrafo francés, autor de la "Geografía Universal", "La Tierra y el Hombre", "El Arroyo", "La Montaña", etc. Nació en 1830 y murió en 1905.

Nuestra historia presenta en sus comienzos, es decir, en los primeros días de la libertad, tres figuras inconfundibles que bastarían para honrar la existencia de cualquier sociedad civilizada. Esa trilogía la forman Mariano Moreno, el espíritu de la revolución; Manuel Belgrano, el corazón, y San Martín, la mente organizadora que pacientemente realiza los ideales del pueblo. Las páginas que siguen esbozan la figura de Moreno, brillante meteoro que pasó por el cielo de la Patria, como un heraldo de las libertades y del pundonor cívico..



M O R E N O

Toda revolución necesita de espíritus robustos y enérgicos, capaces de convertir en hechos las ideas. La de Mayo era una empresa tan ardua, que muchos de sus iniciadores vacilaron en el momento de la acción, y fué entonces cuando surgió Moreno, animado de patriotismo y de fe en la justicia de su causa. Secretamente, pero con incansable actividad, trabajó con otros patriotas en la preparación del movimiento que derrocaría al gobierno colonial. Realizada esta primera finalidad al constituirse la Junta, Moreno fué nombrado Secretario de ella, reconociéndose así las cualidades que adornaban al joven tribuno.

De clara inteligencia y asombrosa actividad, bien pronto fué Moreno el alma del nuevo gobierno y el verdadero impulsor de los acontecimientos que, en definitiva, darían por resultado la libertad de los pueblos de esta parte de América.

Admira la capacidad de acción de este espíritu, que en breve tiempo y solicitado por los graves problemas de la lucha armada, tuvo, sin embargo, la conciencia del bien general, iniciando obras de carácter permanente, como la creación de bibliotecas y la reglamentación de las funciones gubernativas. De ahí que la historia del progreso de los pueblos del Plata empiece con la actuación pública de Moreno, cuyos principios democráticos, concretados en sus escritos de la «Gaceta», sirvieron más tarde de cimiento a las columnas de nuestra nacionalidad.

Se le acusó de haber castigado con mano dura a los enemigos de la libertad; pero Moreno creía, tal vez con sobrada razón, que en los momentos de grandes peligros deben aplicarse medidas severas para salvar a la patria. Y de eso precisamente se trataba, imitando Moreno con su actitud al mismo Cicerón, aquel famoso orador romano que al bajar del poder, acusado por la multitud de haber decretado el destierro de varios ciudadanos, por toda defensa contestó: «Juro que he salvado a la república». Entonces el pueblo, reconociendo el patriotismo de este gran hombre, en vez de condenarle, le aclamó y le honró.

La energía de Moreno arrasó con cuanto se oponía a los fines de la revolución, posponiendo todo otro designio al de la emancipación. Son memorables en este sentido aquellas palabras que escribiera en un momento de patriótica indignación, en un famoso decreto: «Ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener inspiraciones

contra la libertad de su país». Esta sentencia debiera inscribirse en los sitios públicos para ejemplo y aviso de gobernantes y pueblos, como asimismo aquella otra, cuando insistiendo en su renuncia del cargo de Secretario afirmaba: «El funcionario que ha perdido la consideración de sus conciudadanos, no debe permanecer ni un día más en el puesto que desempeña».

A medida que el tiempo avanza, la figura de Moreno se engrandece, siendo de lamentar que su temprana muerte privara a la República de las fecundas obras que su genio luminoso prometía.

LA LIBERTAD

(De Mariano Moreno).

I. — La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente. Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad, y este cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan.

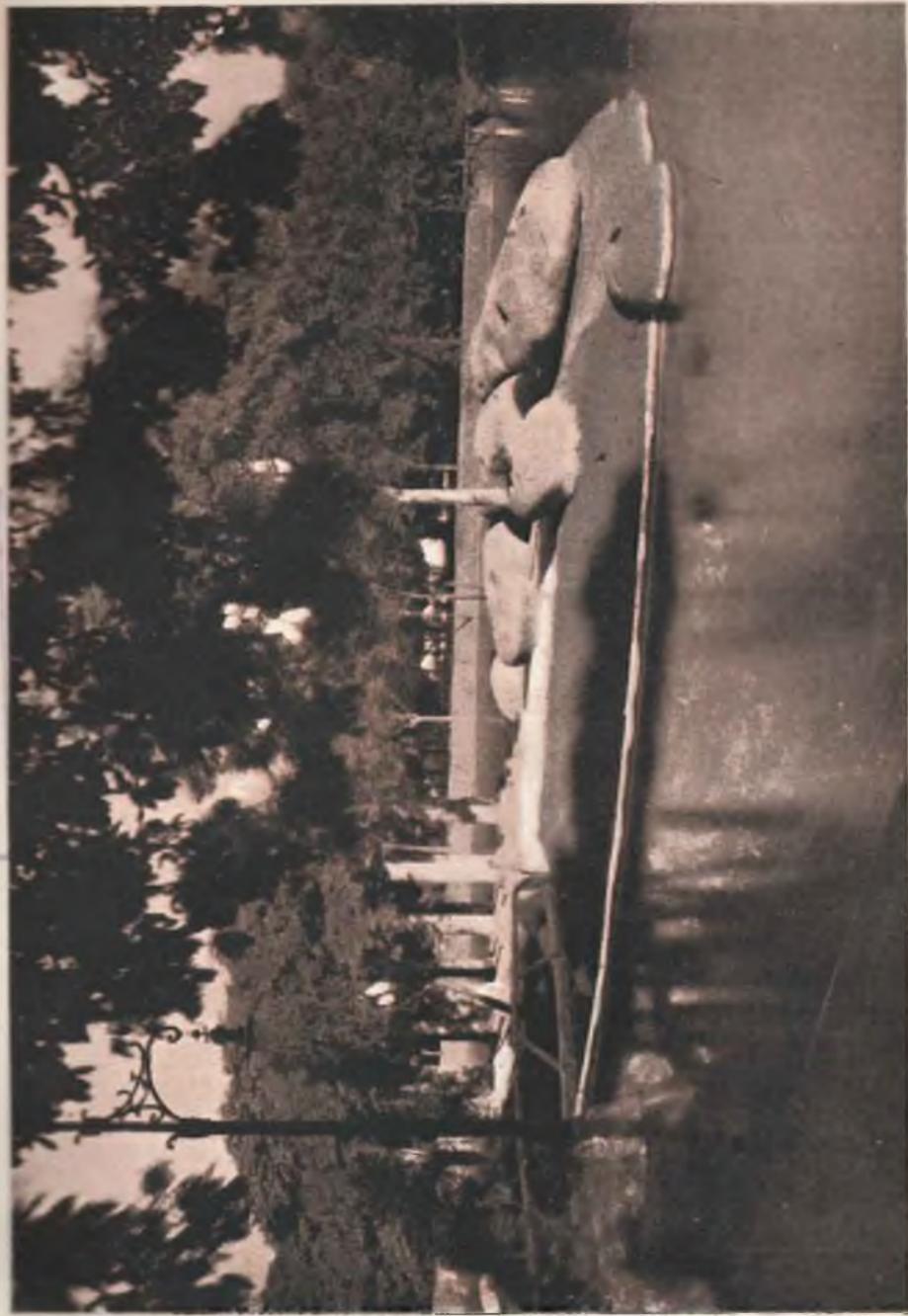
Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. Si me considero igual a mis conciudadanos, ¿por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha confiado; en las demás funciones de la sociedad soy un ciudadano sin derecho a otras consideraciones que las que merezca por mis virtudes.

II. — No tienen los pueblos mayores enemigos de su libertad, que las preocupaciones adquiridas en la esclavitud. Arrastrados por la irresistible fuerza de las costumbres, tiemblan de lo que no se asemeja a sus antiguos usos, y en lo que vieron hacer a sus padres, buscan la regla única de lo que deben obrar ellos mismos.

Si algún genio felizmente atrevido ataca sus errores y les dibuja el cuadro lisonjero de sus derechos, que no conocen, aprecian sus discursos por la agradable impresión que causan naturalmente, pero recelan en ellos un funesto pre-

sente rodeado de peligros, a cada paso que se desvía de la antigua rutina.

III. — Nada es más lisonjero a los individuos que gobernán, ni pueden estimularlos tanto a todo género de sacrificios y fatigas, como el verse premiados con la confianza y estimación de sus conciudadanos. Y si es lícito al hombre afianzarse a sí mismo, protestamos ante el mundo entero que ni los peligros, ni la prosperidad, ni las innumerables vicisitudes a que vivimos expuestos, serán capaces de deviarnos de los principios de equidad y justicia que hemos adoptado por regla de nuestra conducta; el bien general será siempre el único objeto de nuestros desvelos, y la opinión pública el órgano por donde conozcamos el mérito de nuestros procedimientos. Sin embargo, el pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien; él debe aspirar a que nunca puedan obrar mal. Que sus pasiones tengan un dique más firme que el de su propia virtud, y que delineado el camino de sus operaciones, por reglas que no esté en sus manos trastornar, se derive la bondad del gobierno, no de las personas que lo ejercen, sino de una Constitución firme, que obligue a los sucesores a ser igualmente buenos como los primeros, sin que en ningún caso deje a éstos la libertad de hacerse malos impunemente.



Rincón de un parque santiacino.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Las bellas estrofas que siguen, cantan a un árbol de feo aspecto, pero útil por sus frutos y por su sombra. El alma buena, compasiva y comprensiva de la poetisa, ha descubierto bellezas en la fealdad, y hasta llama a la higuera “el más bello de los árboles del huerto”. Es que la poesía tiene el don de embellecer la vida.

27

LA HIGUERA

(De Juana de Ibarbourou).

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

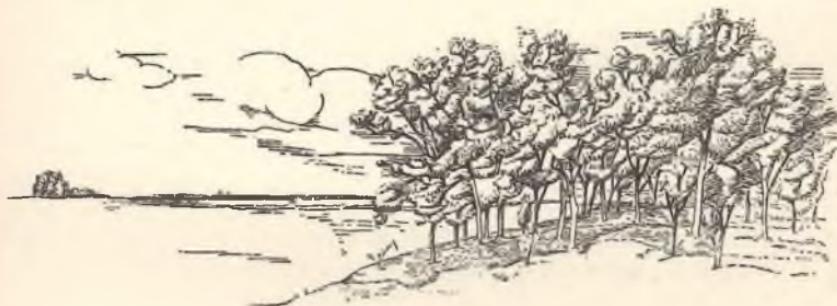
En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos,
naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.

Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos, que nunca
de apretados capullos se visten . . .

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:

—«Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto».
Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
—«Hoy a mí me dijeron hermosa...»



Juana de Ibarbouru. — Eximia poetisa uruguaya, émula de la chilena Gabriela Mistral. Se la ha apodado con el nombre de "Juana de América".

LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN

(De Alfonso Daudet).

El señor Seguín jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo. Una mañanita, cuando menos lo esperaba, rompían la soga, escapábanse al monte y allá arriba se las comía el lobo. Ni la caricia del amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes que anhelaban el aire libre y la libertad. El bueno del señor Seguín, que no comprendía el carácter de sus animales, estaba afligidísimo, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó, y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor a permanecer en su casa.

El señor Seguín tenía un cercado de espino y en él puso a su nueva protegida. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba a verla si estaba bien. La cabra era muy feliz, y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguín estaba contentísimo.

—¡Gracias a Dios — pensó el pobre hombre — que al fin hay una que no se aburrirá en mi casa!

El señor Seguín se engañaba: su cabra se hastió. Certo día dijose ésta, mirando al monte: —«¡Qué bien se debe estar allá arriba! ¡Ay, qué gusto triscar entre malezas, sin

esta maldita soga que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno o para el buey esto de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.»

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la soga, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz y balando con tristeza. El señor Seguín advirtió que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué. Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su idioma:

—Oiga usted, señor Seguín, me aburro en su casa; déjeme ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!... ¡También ella! — gritó estupefacto el señor Seguín. Luego, sentándose en la hierba junto a su cabra, le dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Con que me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo? ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguín.

—¡Valiente cosa le importan los cuernos al lobo! Animales con mejores astas que tú se los ha comido. ¿Sabes lo que le pasó a la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año pasado, fuerte y astuta como un zorro? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche, y después, a la mañana, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata!... Pero eso no importa, señor Seguín; déjeme ir al monte.

—¡No; te salvaré a despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy a encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida el señor Seguín llevó a la cabra a un establo y cerró la puerta con dos vueltas de llave. Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y apenas volvió la espalda, marchóse de allí la pequeña . . .



Cuando llegó al monte, aquello fué un entusiasmo general. ¡Nunca había visto nada más bonito! Los añosos pinabeteas la recibieron como a una reinecita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con la punta del ramaje. El monte entero la festejó. ¡Cómo estaba de contenta nuestra cabrita! No más cuerda, no más estaca. Nada que la impidiese triscar y pacer a su antojo. ¡Allí sí que había hierba! ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituida por cien mil plantas. ¡Qué diferencia con el césped del cercado! ¿Y las flores? Grandes campanillas azules, todo un bosque de flores silvestres, llenas de jugo, bien olientes y que se subían a la cabeza.

La cabra, medio borracha, revolcábase allá dentro, con las patas al aire y rodaba a lo largo de las escarpadas, envuelta con las hojas y las castañas caídas. Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguín. Y es que a nada tenía miedo Blanquita. Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta con una flor entre los dientes, vió allá abajo, allá en el llano. La casa del señor Seguín.

—¡Qué pequeño es todo esto! — dijo —. ¿Cómo he podido caber allí?

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso color violeta: venía la noche. Un pajarraco la rozó con sus alas al pasar. Estremeciése ella... luego escuchó un aullido:

—Guau, guau — decía el lobo.

Ganas le dieron a Blanquita de volverse; mas al recordar la estaca, la soga y el cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse a aquella vida y que más valía quedarse en el monte. De pronto, oyó un ruido de hojas tras sí. Volvió la cabeza y vió entre las sombras dos orejas cortas y tiesas, y dos ojos relucientes... Era el lobo.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida. Luego, cambiando de parecer, se puso en guardia con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una cabra valiente. Entonces avanzó el monstruo y los cuernillos entraron en danza. ¡Ah, valerosa cabrita, con qué bríos acometía! Aquella lucha duró toda la noche, hasta que al fin apagáronse las estrellas unas tras otras. Blanquita redobló las cornadas y el lobo los mordiscos. Un resplandor pálido apareció en el horizonte... Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin! — exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo esperaba el día para morir y tendióse en el suelo con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre. Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

Alfonso Daudet. — Novelista francés del siglo pasado, autor de obras tan notables como "Cartas de mi molino", "Safo", "Tartarín de Tarascón", "Poquita cosa", "El inmortal", etc. Se caracteriza por su aguda observación y su amenidad y fino humorismo. (1840-1897).

L A S A V E S

En todos los tiempos los hombres han profesado estima-ción a las aves, llegando a hacer de ellas, en algunos países, objeto de adoración supersticiosa. Así en Egipto rendían culto al Ibis, ave del orden de las zancudas. Procedía esta veneración de la creencia de que el Ibis, alimentándose de reptiles, saneaba las aguas del río Nilo, creencia que, aunque exagerada, no era del todo errónea. En Roma, el vuelo de las aves ejercía grande influencia en los negocios públicos, pues los «agoreros» interpretaban en él la buena o la mala fortuna de cualquier empresa. Por eso, antes de realizar una campaña guerrera o un acto importante para la república, solía consultarse a los agoreros, quienes después de examinar el vuelo de las aves, aconsejaban en pro o en contra. Se comprende que esta creencia carecía de fundamento científico.

En los pueblos civilizados se protege a las aves por medio de leyes que prohíben la caza o que la reglamentan, a fin de que no sean exterminadas, pues muchas de ellas prestan inapreciables servicios a la agricultura, destruyendo los insectos que dañan las plantas.

Las aves domésticas y aun otras que viven en estado salvaje, nos proporcionan, además de su carne exquisita, los huevos, que son un alimento primordial. De aquí que se las persiga, y si hubiera amplia libertad para matarlas, pronto se extinguirían las especies más codiciadas.

Se ha dicho que un huerto sin pájaros es como una casa sin niños: tan cierto es que las aves regocijan la naturaleza. Unas trinan, otras cantan, otras silban, otras arrullan, y todas, con sus plumajes multicolores, regalan los ojos y el espíritu. Hay aves notables por el brillo y colorido de sus plumas, como el pavo real, el ave de paraíso, los papagayos, etc.

Algunas imitan con su canto las voces humanas o de otros seres. En ese sentido son célebres en nuestra tierra la calandria, el crispín, el urutaú y el boyero.

En general, las aves son excelentes arquitectos; construyen nidos de complicada hechura, siendo notable a este respecto el piadoso hornero. Y le llamamos piadoso, porque tiene la costumbre de albergar en su nido a los polluelos abandonados por otros padres. El casal de horneros se encarga de la alimentación de aquéllos, hasta que adquieran su completo desarrollo.

Existen hoy sociedades protectoras de las aves, para defenderlas de la perversidad de los hombres y de los niños, que se complacen a veces en perseguirlas o matarlas inútilmente. El que ampara a esos seres indefensos, demuestra nobleza de sentimientos y es dado esperar de él acciones generosas respecto de sus propios semejantes.





LOS LAGOS DEL SUD. — Paisaje de Nahuel-Huapí.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIOGRAFIA DE UN GRAN RIO

Modestamente, como todas las cosas llamadas a grandes destinos, nace el río Paraná en la sierra de Mantiqueira, Brasil, no lejos del cerro Itatiaya. En un principio sigue su curso la línea del paralelo 21°; se dirige al oeste, como persiguiendo al sol en su carrera. Atraviesa territorios semi-desiertos, mesetas áridas, sin más vegetación que arbustos aislados y gran cantidad de cactus. De pronto se encuentra con el Paranahyba, que viene del norte; se reconocen como hermanos y se ponen de acuerdo para superar las sierras de Santa Marta.

En efecto, se dirigen al sur y no han andado mucho trecho — tal vez unos cien kilómetros — cuando les sale al paso otro hermano menor, el Tieté, que se les incorpora en el lugar llamado Tres Lagunas. De ahí siguen unidos formando un solo cuerpo con el nombre de Paraná.

Durante doscientos kilómetros atraviesa las «tabatingas» y ya empieza a sentir fatiga, cuando ve acercarse otro parente que viene a entregar su caudal: es el río Paranaíba. Con esta nueva contribución retoma fuerzas y se precipita al sur. Una sorpresa le aguarda: la sierra de Maracayú que se le interpone, como queriendo atajarle la marcha. Pero el Paraná es joven y fuerte y no se detiene; por el contrario, avanza contra la barrera y la cruza. Al hacerlo sufre una estruendosa caída y forma los saltos de Guayrá. El río se abre en numerosos brazos que forman otras tantas cataratas, y en medio de un ruido atronador desciende al

llano, donde le aguarda una vegetación tropical esplendorosa, aves multicolores, pájaros de armonioso canto y extensos palmares que le ofrecen sombra.

No acaba de reponerse de esa sorpresa, cuando ya percibe un lejano rumor; se acerca y se encara con las célebres cascadas del Iguazú. El río Iguazú venía del oriente con ánimo de unirse al Paraná y tropezó con las sierras de Misiones. El Iguazú hizo lo mismo que el Paraná: trepó a la sierra y de lo alto se precipitó al valle, en estrecho abrazo con su hermano mayor. Sin embargo, no puede seguir la ruta meridional, las sierras de Misiones le obligan a variar de dirección y endereza al oeste. Enfurecido, cava la tierra y deja en descubierto altísimas barrancas, en cuyos bordes, allá arriba, crecen extensos bosques que ponen una faja de verdura sobre la ribera.

Con mala voluntad sigue el nuevo rumbo, esperando la primera ocasión para retomar el sur, porque tal es el itinerario que se había trazado. Esa oportunidad se le presenta al encontrarse de pronto con el Paraguay, frente a la ciudad de Corrientes. El Paraguay también viene de muy lejos, es generoso y presta ayuda al hermano, para que no interrumpa su carrera. Durante seiscientos kilómetros recorre la llanura pampeana, dejando a su izquierda la Mesopotamia y a su derecha el Chaco y Santa Fe. Recibe el tributo del Guayquiraró, del Feliciano, del Carcarañá; lo saludan las ciudades de Goya, Esquina, La Paz, Paraná, Santa Fe, y de repente, como llamado con urgencia por el océano, tuerce al oriente. No era precisamente el Atlántico quien llamaba al gran río: era el Plata, el inmenso estuario argentino, donde otro río correntoso, el Uruguay, deposita sus caudales.

El Paraná se acerca al Plata, donde le espera el último esfuerzo; tiene que vencer las numerosas islas del Delta y lo hace a través de cien arroyos y canales, en medio de una extraordinaria riqueza vegetal, donde alternan los álamos con los sauces, las acacias con los ceibos. Vence al Delta, tonificado por tanta belleza, y como cansado de correr entrega su caudal al Plata, serenamente, para que disponga de él a voluntad. El Paraná ha recorrido 4.700 kilómetros; ha presenciado dos saltos de aguas espumosas y bullidoras; ha saludado a cien ciudades; ha experimentado los rigores del clima tropical, para venir finalmente a descansar, bajo un cielo templado, en el apacible Mar Dulce de los antiguos.



Hay en la mayoría de las personas una propensión a imitar los malos ejemplos, antes que los buenos. De allí provienen para las sociedades innumerables infortunios. Lo razonable parece que si deseamos ser mejores como estudiantes, como hijos, como ciudadanos, debamos imitar las acciones de los más virtuosos.

Para ese fin, la lectura que sigue muestra un modelo de virtudes ciudadanas, en la persona de un antiguo, de un romano-inmortal, que mereció los más grandes honores de su patria.

31

CATON EL MAYOR

Es conveniente conocer los hechos magníficos de los grandes hombres de la humanidad, para inspirarse en ellos, imitando sus virtudes y elevando el alma hacia superiores ideales. La vida y los actos de Catón el Mayor, son dechados de prudencia y moderación. Moraba en las afueras de la ciudad, en casa humilde y sencilla, compartiendo con los esclavos las tareas del campo y el alimento frugal con que se nutría, sólo el necesario para vivir sano y fuerte; vivía, en una palabra, despreciando las riquezas, y es fama que nunca recibió dinero por los servicios prestados a sus conciudadanos. Es por eso digna de meditación y alabanza la conducta de este varón singular, que así regulaba su existencia, sin vanagloria ni ambiciones, con ser el más esclatado y respetado entre sus compatriotas.

Fué orador muy elocuente, y varón animoso en la guerra. Vivió en un tiempo en que Roma empezaba a olvi-

dar sus costumbres severas, es decir, sus virtudes. Catón luchó contra esa corrupción, y no obstante las altas dignidades que ejercía, supo conservar su ejemplar modestia, desdeñando toda ostentación.

Algunos trataban de mezquindad su temperancia, que él exageraba en presencia de los jóvenes a quienes quería corregir. Decía, por ejemplo, que en una casa es caro aquello que no es indispensable.

Catón, respetado por su prudencia y buenos hábitos, obtuvo la censura, que era entonces la más alta magistratura de la república. De ahí viene que se le conozca también con el nombre de Catón el Censor.

Dicho funcionario tenía por misión examinar la vida y las costumbres de los romanos, prohibiendo todo aquello que no estuviera de acuerdo con las virtudes tradicionales y castigando severamente a los que de ellas se apartaban.

Catón practicó su mandato con celo digno de imitarse; fué un magistrado propio de aquel pueblo justiciero, cuya grandeza era tal, que sabía reconocer el mérito de los ciudadanos.

Se cuenta que una inscripción perpetuada en un templo recordaba que Catón había devuelto a Roma la pureza de las costumbres, mediante útiles reglamentos y sabias máximas. A pesar de eso, decía que era preferible para todo hombre honrado, se preguntase por qué no tenía estatuas, antes que preguntar por qué las tenía.

Escribió manuales de agricultura para los jóvenes, aconsejando el trabajo honesto, no como medio de enriquecerse, sino para evitar los extravíos de la ociosidad.

En resumen, fué Catón el Censor el más insigne ciudadano de Roma, y aun hoy, cuando aludimos a un hombre virtuoso, decimos: "Es un Catón".

Desgraciadamente muy pocos se hacen acreedores a tan honroso calificativo.



Los signos de puntuación son en la escritura, lo que en la conversación la mimética y los gestos. Si hablamos sin mimética y sin gestos, nuestra conversación carece de colorido y apenas podrán entendernos quienes nos escuchan. Los gestos y ademanes dan expresión a las palabras, lo mismo que las inflexiones de la voz. En la escritura, son los signos de puntuación los que dan expresión al escrito y lo hacen comprensible. La falta de un acento cambia el sentido de una palabra; la falta de una coma altera el significado de una frase.

32

SIGNOS DE PUNTUACION

(De M. Toledo y Benito).

Cuéntase de un señor que por ignorancia o por malicia, dejó al morir el siguiente escrito: "Dejo mis bienes a mi sobrino Juan no a mi hermano Luis tampoco jamás pagaráse la cuenta del sastre nunca de ningún modo para los jesuítas todo lo dicho es mi deseo.—Fulano".

Cuando se leyó el documento, cada una de las personas aludidas se atribuía la preferencia. A fin de resolver las dudas, acordaron que cada uno presentaría el escrito con los signos de puntuación convenientes. El sobrino Juan lo presentó en esta forma:

"Dejo mis bienes a mi sobrino Juan, no a mi hermano Luis. Tampoco jamás pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo. — Fulano".

Por su parte, Luis lo arregló de este modo:

"¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No: a mi hermano Luis. Tampoco pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo.—Fulano". Resultaba así favorecido Luis.

Pero el sastre justificó su derecho, como sigue: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco, jamás. Pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo.—Fulano".

Pero también los jesuítas presentaron su reclamación, fundándola en que el documento debía interpretarse del modo que sigue: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco, jamás. ¿Pagaráse la cuenta al sastre? Nunca, de ningún modo. Para los jesuítas todo. Lo dicho es mi deseo.—Fulano".

Esta lectura movió grandes escándalos, y para poner orden acudió la autoridad. Esta consiguió establecer la calma y después de examinar el escrito, dijo en tono severo: "Señores, aquí se trata de cometer un fraude; la herencia pertenece al Estado, según las leyes; así lo prueba esta verdadera interpretación: "¿Dejo mis bienes a mi sobrino Juan? No. ¿A mi hermano Luis? Tampoco. Jamás pagaráse la cuenta del sastre. Nunca, de ningún modo para los jesuítas. Todo lo dicho es mi deseo.—Fulano".

En tal virtud, y no resultando herederos para esta herencia, me incauto de ella en nombre del Estado. Queda terminado el asunto".

De parecida manera pueden sobrevenir trastornos de consideración, a causa de la mala puntuación en los escritos.

NOCHE DE LUNA

Esta noche de luna llena me ha inspirado el deseo de pasear por el campo. Y aquí estoy, sentado en un tronco de árbol, después de haber caminado largamente por la pradera. Estoy solo, con mis pensamientos; la soledad que me rodea, la noche plateada, dicen a mi espíritu muchas cosas que a la luz del día huyen de la mente. Aquí se siente, en medio del silencio, la fuerza extraña de la naturaleza, en cuyos paisajes el hombre es sólo un pequeño ser que piensa y trabaja, como las hormigas, como las abejas, como los castores. No hay motivos bastantes para creer que esos animalitos carezcan de pensamiento.

Allí cerca, cantan los grillos; allá, lejos, seguramente a la orilla de un charco, croan las ranas. Recuerdo casi mecánicamente, sin el menor esfuerzo de la memoria, la poesía de Leopardi: "Aquí, en esta ventana — pasar solía gran parte de la noche — escuchando el canto remoto de la rana en la campaña" ..

El aire se ha impregnado con el olor de los pastos. Una ligera brisa, que de rato en rato acaricia a las yerbas, me trae fragancias de tréboles, de tomillo, de eucalipto. Millares de lucecitas se encienden y se apagan entre las sombras: son los bichos de luz que ambulan en la noche, con sus farolitos verdes, azules, amarillos y rojos.

A la diestra mano, una mansa laguna brilla como un espejo y en sus riberas silenciosas algunos patos silvestres aletean para desperezarse.

En esta calma, libre de sobresaltos, con qué amplitud respiran los pulmones, con qué sosiego vienen los pensamientos a poblar la frente, enaltecidos de belleza y generosidad. Todo hombre debería tomarse un descanso después de la diaria faena, en la soledad del campo, o en el retiro de un parque, donde no lleguen la luz artificial y el ruido de las calles. Sólo así el espíritu puede volver a encontrarse a sí mismo, como en los días de la niñez, cuando exentos de luchas y preocupaciones, jugando en el jardín, en la plaza, en el campo abierto, éramos realmente libres como los pájaros del bosque. Entonces no conocíamos la envidia, la ingratitud, la deslealtad.

Para reconquistar de tiempo en tiempo la mayoría de nuestras intenciones, nada más propicio que entregarnos por unos instantes a la contemplación desinteresada de la naturaleza.

Esta noche de luna llena, aquí sobre esta pradera solitaria, ha despertado en mi alma dulces y lejanos recuerdos, y todos mis pensamientos se han purificado, como bañados en el agua transparente de un manantial.

Las páginas que siguen, evocan la figura de un gran pensador y de un patriota que vivió dando a su país y a la América lo mejor de su inteligencia y de su sabiduría. Dignas de leerse siempre son sus obras más difundidas: "El crimen de la guerra", "Estudios económicos", "Cartas Quijotanas" y las "Bases". En todas ellas se define el filósofo, el sociólogo, el historiador, que sabe interpretar la realidad, a la luz de las ciencias positivas. No es un teórico, sino un observador de los hechos, que lee y penetra en el porvenir. Por eso Alberdi, a más de medio siglo de su muerte, sigue siendo uno de los grandes mentores de las generaciones argentinas.



ALBERDI

Es singular la indiferencia con que sus contemporáneos consideran a veces a los grandes hombres que trabajan silenciosamente por el bien común. Tal ocurrió entre nosotros con el insigne publicista y patriota Juan Baustista Alberdi, cuyos méritos fueron apreciados hasta hace poco sólo por los estudiosos. La historia, sin embargo, al establecer su juicio definitivo, ha colocado el nombre de este ciudadano entre los más ilustres de la República.

Nació en Tucumán en 1810, trasladándose, niño aún, a Buenos Aires, donde siguió la carrera de las leyes. Vincu-

lado con Juan María Gutiérrez, Echeverría y otros patriotas, fundó en 1837 la Asociación de Mayo, iniciando su actuación pública como periodista y escritor. Empero, muy en breve tuvo que expatriarse a Montevideo, huyendo de las persecuciones de Rosas. Años después, y luego de un viaje por Europa, se estableció en Chile, donde adquirió gran prestigio como jurisconsulto. Volvió a su patria después de Caseros.

Como publicista, Alberdi ocupa un lugar destacado en la historia de América; su obra es realmente asombrosa por su extensión y por la sabiduría con que estudió en ella los problemas económicos y sociales de su época. Su libro más famoso es "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina", que entre otros modelos sirvió a los constituyentes de 1853 para redactar la Constitución. Esta sola circunstancia, si no existiera otra, bastaría para asegurarle la admiración y la gratitud de la Patria, pues, ¿a qué mejor gloria puede aspirar el ciudadano de una República, que a la de haber contribuido a su organización definitiva?

Alberdi, por otra parte, no benefició con sus obras solamente a su país, sino también a la América toda, pues gran parte de sus escritos estudian las necesidades del progreso y bienestar de los pueblos americanos, indicando las causas de su atraso y los medios de propender a su enriquecimiento y grandeza. Decía, en ese sentido, que en América "gobernar es poblar", lo que significa fomentar la inmigración, estimular las industrias, establecer ferrocarriles, abrir los ríos a la navegación, educar, garantizar las libertades, y, en una palabra, asegurar para los pueblos el ejercicio de todas las actividades del progreso y del orden.

Dotado de extraordinarias aptitudes para el estudio y la reflexión, de una inteligencia abierta a todas las ideas del progreso y de un alto y noble sentimiento de la Patria, supo convertir en realidad las aspiraciones de una generación entera, que venía combatiendo los despotismos y luchando por la implantación de un gobierno regular, que trajera a la República paz y civilización.

Nuestro país se organizó de acuerdo con esos principios, a los que debe su prosperidad y sus prestigios de nación civilizada.

La mayor parte de su vida la pasó Alberdi en tierra extranjera; en Chile, como emigrado de la tiranía y luego, expatriado voluntariamente, en Europa, desde donde siguió estudiando y escribiendo acerca de las cuestiones que afectaban a los países latinoamericanos.

Falleció en París en 1884.



La moderna ciencia pedagógica vuelve sus ojos al contenido de la educación, que significa formar el individuo conforme a sus aptitudes personales, libremente desarrolladas y con finalidades útiles para la sociedad de que forma parte. Se persigue el *saber* aplicado, la cultura práctica, según el ideal cívico de preparar el ciudadano para servir con eficacia a la Nación.

Así vió Alberdi el problema educativo hace más de ochenta años, con admirable clarividencia, y podemos afirmar con orgullo que ha tocado a nuestra generación apuntalar los postulados alberdianos, para robustecer la nacionalidad.

LA EDUCACION

(De Juan Bautista Alberdi).

Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial y para ello necesita ser instruída en las artes y ciencias auxiliares de la industria. El tipo de nuestro hombre sudamericano, debe ser el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente. La instrucción, para ser fecunda, ha de contraerse a ciencias de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad inmediata. La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden. La industria es el calmante por excelencia; ella la conduce por el

bienestar y por la riqueza, al orden; por el orden, a la libertad. La industria es el gran factor de moralización. Facilitando los medios de vivir, previene el delito, hijo las más de las veces de la miseria y del ocio.

En vano llenaréis la inteligencia juvenil de nociones abstractas; si la dejáis ociosa y pobre, será arrastrada por el lujo de las comodidades que no puede obtener por falta de riqueza.

Los pueblos han llegado a la moralidad por el trabajo. En cuanto a la mujer, artífice modesto y poderoso que desde su rincón hace las costumbres privadas y públicas, organiza la familia, prepara el ciudadano y echa las bases del Estado, su instrucción no debe ser brillante. No debe consistir en talento de ornato y lujo exterior, como la música, la pintura y el baile, según ha sucedido hasta ahora. Necesitamos señoritas y no artistas.

La mujer debe brillar con el brillo del honor, de la dignidad, de la modestia de su vida. Sus destinos son serios; no ha venido al mundo para ornar el salón, sino para hermosear la soledad fecunda del hogar. Darle apego a su casa es salvarla, y para que la casa la atraiga, debe hacerse de ella un edén.

Mientras la mujer viva en la calle y en medio de las provocaciones, recogiendo aplausos como artista y rozándose entre el público, educará a sus hijos a su imagen; no servirá para su marido, ni para sí misma, ni para la república.

SAN MARTIN Y EL PASO DE LOS ANDES

El paso de los Andes por el ejército libertador al mando del general San Martín, es una de aquellas hazañas de la historia que mejor reflejan la voluntad firme de un hombre, cuando quiere realizar un ideal.

En nuestros días, es difícil imaginar las dificultades que entonces había que vencer. Estamos acostumbrados a saber que un ferrocarril —el Transandino— nos lleva en pocas horas de Mendoza a Chile, atravesando la cordillera. Sabemos también que existen caminos para automóviles; todos los pasos son bien conocidos y los senderos han sido agrandados y mejorados para facilitar el tránsito.

Pero en 1816, hace más de 120 años, la cordillera era una montaña poco menos que infranqueable, cruzada solamente por los arrieros, en sus mulitas baqueanas. Nadie hubiera creído que por esos angostos desfiladeros pudiera avanzar un ejército, con sus cañones y sus carros de aprovisionamiento. Sin embargo, San Martín llevó a cabo la grandiosa empresa, movido por el amor a la libertad, por su ascendido patriotismo.

Sin desmayo y sin precipitaciones, San Martín organizó su ejército en el histórico campo del Plumerillo. Ningún detalle descuidó el Capitán de los Andes, pues la aventura era en extremo peligrosa y difícil. Cuando todo lo tuvo listo, dió la orden de marchar. Y el ejército libertador trepó la montaña, corrió por los desfiladeros y se presentó al enemigo al otro lado de la cordillera. No tuvo tiempo



EL ABRAZO DE MAIPÚ. — San Martín y O'Higgins celebran el triunfo de las armas patriotas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

para el descanso y el 12 de febrero de 1817, la hueste patriota se cubrió de gloria en Chacabuco.

Hay en la historia universal dos famosos Capitanes a quienes el hijo de Yapeyú iguala en valor y en hazaña. Esos Capitanes son el cartaginés Aníbal y Napoleón el Grande, que cruzaron los Alpes en circunstancias parecidas, para llevar la guerra a Italia. Pero Aníbal y Napoleón van a conquistar imperios; San Martín va a libertar pueblos hermanos que sufren la dominación extranjera.

Cerca de la ciudad de Mendoza y cerca también de la montaña gigantesca, ante la mirada de los cóndores, está el Cerro de la Gloria, y en él, la estatua de San Martín. Ahí está el héroe de frente a las cumbres, jinete en un magnífico corcel que marcha al paso, como fatigado de subir las cuestas, con la crin erizada por el viento de las alturas.

¡Saludemos de pie al prócer inmortal de nuestra raza; al guerrero generoso, y por sobre todo, al ciudadano abnegado que lo dió todo a su patria, sin reclamar una sola recompensa!



LA MONEDA

Antiguamente los hombres comerciaban por medio de la permuta, trueque o cambio. Así, una persona que deseaba adquirir un terreno o una casa, por ejemplo, ofrecía por ellos una cantidad de trigo, de vino o de aceite; estos artículos eran considerados como el precio de las cosas, tal como lo es hoy el dinero.

Pero cuando el progreso avanzó y el intercambio comercial se hizo más intenso, fué necesario crear una mercancía que pudiera servir para cambiarla por todas las cosas, teniendo un valor fijo y una circulación corriente; es decir, que todos pudieran aceptarla como precio de los objetos. De esa necesidad nació el uso de la moneda. Es ella generalmente una pieza de metal (oro, plata, etc.), acuñada con los emblemas de los Estados y que tiene el valor que le asigna la ley. Más adelante fué utilizado el papel para hacer billetes representativos de las monedas; obedeció este hecho a las dificultades para transportar grandes sumas en metálico, a causa de su peso.

La moneda de papel, de uso común en todos los pueblos modernos, es emitida por los Estados o por los Bancos autorizados para hacerlo, y circula con su garantía; ellos responden de su valor con el oro que guardan en sus arcas.

Las monedas se clasifican del modo siguiente: de oro, de plata, moneda de papel, papel moneda y de vellón.

La moneda de papel representa una suma igual al numeraario que se deposita en las cajas de los Bancos, o en las de alguna institución creada al efecto, como la Caja de Conversión en nuestro país. ⁽¹⁾

El papel moneda sólo tiene valor en virtud de la ley que crea. Se lo llama moneda fiduciaria. Así, en la Argentina, un peso papel vale, por disposición de la ley, 44 centavos oro, mientras que en el Uruguay un peso papel es tanto como un peso oro. Quiere decir que el nuestro es «papel moneda» y el uruguayo «moneda de papel».

Llámase moneda de vellón a la de poco valor, que sirve para facilitar el pequeño cambio; tales son las de níquel y de cobre.

Según dijimos, la moneda es una mercancía con la cual podemos adquirir cualquier cosa; de ahí que los hombres procuren poseerla en la mayor cantidad posible.

Un legislador de la antigua Grecia, llamado Licurgo, desterró el uso de las monedas de plata y oro, substituyéndolas por las de hierro, a fin de que los ciudadanos no pudieran cargar mucho dinero y fuesen, por lo mismo, más moderados en sus gastos. Esta medida contribuyó, además, a combatir la avaricia.

La falsificación de monedas es un delito penado por las leyes.

(1) Por ley sancionada en 1934, la Caja de Conversión desapareció y en su lugar se creó el "Banco Central de la República Argentina", al cual pasó el oro que custodiaba la Caja.



EL ARCO DE TITO. — Roma.

Los emperadores romanos acostumbraban erigir arcos triunfales, para perpetuar la memoria de sus hechos. Este arco recuerda a Flavio Tito Vespasiano, que reinó en el año 79 de C. Se le llamó *delicia del género humano*, porque según se refiere, no pasaba un día sin que realizara una obra de bien para sus compatriotas.

No se llega a conquistar verdades para las ciencias, sino a costa de innumerables sacrificios, a veces con daño de la salud y de la propia vida, y naturalmente, en virtud de largos estudios y desvelos.

Los que escalan las montañas, los que se internan en las frías regiones polares, los que se pasan inclinados sobre el microscopio para descubrir un bacilo, son héroes civiles de la humanidad: Pasteur, Darwin, Ameghino, Amudsen, Edison, Galileo. La lectura que sigue recuerda precisamente a este último sabio, que por amor a la ciencia sufrió persecuciones y desprecios.

GALILEO

Mientras los grandes pensadores llamados filósofos se empeñaban en descubrir por medio de la meditación puramente, las leyes que rigen el universo y el origen de la vida, otros investigadores perseguían el mismo fin, observando los hechos que la naturaleza ofrece a nuestros sentidos y comprobando experimentalmente los fenómenos y las causas que los producen. Este método de observación, llamado método científico, fué rectificando poco a poco muchas de las pretendidas verdades a que había arribado la inteligencia fundada exclusivamente en el raciocinio. Así, por ejemplo, los antiguos no admitían que la tierra pudiera ser redonda y fué necesario dar la vuelta al globo terrestre — lo que realizó por primera vez Sebastián Elcano — para convencer de ello aun a los más sabios. La inteligencia, por sí sola, no había logrado concebir esa verdad.

Galileo Galilei perteneció a esa segunda clase de investigadores. Aplicóse al conocimiento de la física, la astronomía y las matemáticas, inventando el telescopio, a fin de poder estudiar mejor los astros. Creó la balanza hidro-

tática, para determinar el peso específico de los cuerpos, y el termómetro, para medir la temperatura. En cuanto a descubrimientos, la ciencia le debe el de las leyes que rigen las oscilaciones del péndulo y las que se refieren a la caída de los graves.

Como astrónomo, sostuvo públicamente el movimiento de la tierra alrededor del sol. Esta verdad, que contrariaba las ideas dominantes en esa época, se consideró una herejía y fué causa para que le persiguieran y encarcelaran. Obligado a retractarse bajo pena de ser quemado vivo, conforme a las prácticas aplicadas entonces a los innovadores, Galileo se desdijo ante el tribunal; pero cuéntase que habiendo estado de rodillas, al levantarse murmuró: "¡Y sin embargo se mueve!" Habíanle impuesto declarar que la tierra se halla inmóvil y que el sol y las estrellas giran en torno de ella, originando el día y la noche.

Con motivo de los descubrimientos científicos que realizará, los filósofos que mencionamos al principio, llamados metafísicos, atacaron rudamente a Galileo, quien debió sostener violentas polémicas con los sacerdotes y con Renato Descartes, que era el más profundo y famoso pensador de aquel tiempo.

Grandes son los adelantos que debe la física al sabio italiano y a algunos de sus discípulos, que continuando las investigaciones del maestro, enriquecieron la ciencia con nuevos e importantísimos descubrimientos. Tal, Torricelli, inventor del barómetro, aparato para medir la presión del aire atmosférico.

La historia de la civilización reconoce en Galileo uno de los principales propulsores de las ciencias experimentales, y su nombre está vinculado a los más notables progresos de la mecánica, que ha dado a la humanidad los medios de acrecer las comodidades y el bienestar individual y colectivo.



CANCIONES DE MI CASA

(De Alfredo Bufano).

Hijo mío, sé bueno como el lirio y el ave,
como el ave sé simple, como el lirio sé suave.

Sé claro como un rayo de sol en pleno día,
como una gota de agua, como una melodía
de pastor; como el vidrio pulido y reluciente,
como el vidrio, hijo mío, sé limpio y transparente.

Ten el amor por guía, por maestro al dolor;
lo poco que valemos es de dolor y amor.

Amar, este es el verbo supremo del vivir,
y así conjugaremos con honra el de sufrir;
que el amor sea el móvil primer de tu existencia,
germen de todo polen y olor de toda esencia.

A flor de labio lleva la miel de la bondad,
y escúdate en la gloria de la serenidad.

LA ASTRONOMIA Y EL ASPECTO DEL UNIVERSO

El espectáculo maravilloso del universo ha herido en todos los tiempos la imaginación de los hombres, dando lugar a la adoración de los astros, como seres superiores encargados de presidir los destinos del mundo. En los pueblos primitivos, tal superstición adquirió variadas formas e influyó poderosamente en sus destinos. Sin embargo, la ciencia ha llegado a demostrar que todo el sistema astral se rige de acuerdo con leyes inmutables, cuya acción podemos observar, en pequeño, en los fenómenos naturales que se originan sobre la superficie de la tierra, motivados por la atracción, el magnetismo, etcétera.

La ciencia que se ocupa de estudiar el movimiento, la trayectoria y el tamaño de los cuerpos celestes, como asimismo las distancias a que se encuentran de la tierra, se llama astronomía.

En general, se da el nombre de estrellas a todos esos mundos brillantes que distinguimos en el cielo; pero entre ellos hay unos que tienen luz propia, como los cometas y los astros, mientras que los otros solamente poseen luz reflejada de aquéllos: son los planetas. La tierra y la luna pertenecen a esta segunda clasificación.

Los astros y planetas se mueven constantemente en el espacio, aunque nos parezcan inmóviles. El tamaño que percibimos, está muy lejos de la realidad; las estrellas son inmensamente grandes, y sólo debido a las distancias inconmensu-

rables a que se hallan, las vemos tan pequeñas. Si la más cercana a la tierra nos enviara un rayo de luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, dicho rayo llegaría a nuestro planeta al cabo de tres años. El sol, que es el astro más próximo, es 1.300.000 veces mayor que la tierra, y las estrellas son más grandes aun que el sol.

Como se ha dicho, el espacio es infinito; significa que no tiene límites, que no termina nunca. Supongamos que en un aeroplano, moviéndose a razón de 500 kilómetros por hora, se pretenda atravesar el espacio. Imaginemos que siga en línea recta, sin detenerse jamás. Si esto fuera posible, viajaría durante un año, diez, cien mil, un millón de años; cruzaría cerca de millares de astros y de planetas, pero siempre tendría el espacio abierto para continuar su marcha, como en el primer día de su partida.

El estudio de la astronomía eleva el espíritu a la magnificencia del universo. Esos millones de cuerpos resplandecientes cuyos orígenes la ciencia trata de descubrir, infunden al pensamiento del hombre profundas meditaciones, que le alejan de las pequeñas cosas de la vida.

Por otra parte, es hermoso el panorama de una noche estrellada, embellecida por los cometas con sus largas colas luminosas, los millares de astros que ruedan en el espacio eternamente y las estrellas errantes cuya contemplación ennoblecen el alma, tornándola en la visión de tan divino espectáculo, más generosa.

¡Cuántos mundos esparcidos en el espacio infinito, muchos de los cuales se hallan tan distantes de nosotros, que sólo podemos verlos con ayuda del telescopio, y cuántos más escapan al objetivo de los más potentes aparatos!



LOS INMIGRANTES

Si nos acercamos al puerto a presenciar el desembarco de los pasajeros de ultramar, advertimos de pronto que empiezan a descender por la planchada, en pintoresco tropel, multitud de hombres, mujeres y niños, generalmente mal vestidos y de miserable aspecto. Al punto se comprende que esa gente ha venido sufriendo todas las incomodidades y privaciones del viaje en la tercera clase, allá en la sentina, con escaso aire, poca luz y mala comida, sin contar la mortificación del mareo.

¿Quiénes son los que se han atrevido a desafiar así las penurias de la travesía, abandonando su hogar y su patria? Son los inmigrantes. A medida que van desembarcando, les oímos hablar veinte idiomas distintos. Ved aquel italiano, que baja, de amplio pantalón de pana y raro sombrero; aquel español, de chaqueta corta y ajustada; aquel alemán, rubio y mofletudo... Y desfilan así, con sus trajes y rasgos característicos, rusos, franceses, turcos, belgas... ciudadanos de

todos los países que vienen en procura del pan y del bienestar que ofrece nuestro pródigo suelo a todos los hombres de buena voluntad que deseen habitarlo.

Conducidos al hotel de inmigrantes, se les facilita allí alojamiento y comida, mientras se determinan los lugares de destino. De esta manera, nuestro territorio ha venido poblándose de inmigrantes que, con su brazo y su industria, han traído el progreso y han fomentado la riqueza, al amparo de leyes sabias y liberales. En su virtud, donde no eran sino dilatados desiertos, se alzan ahora centenares de aldeas y centros de población, que serán en el futuro populosas ciudades.

La Nación les da luego escuelas para que eduquen sus hijos; garantías, libertades, y ferrocarriles que, atravesando las llanuras, van a recoger los frutos del trabajo.

Muchos de esos inmigrantes, que un día arribaron a nuestros puertos sin más riqueza que su esperanza y el ánimo para afrontar la lucha por la vida, son hoy individuos acaudalados y algunos millonarios.

La afluencia de extranjeros a nuestra tierra, hemos dicho, se explica por la feracidad de este suelo, que les asegura el fruto de su labor, y por la bondad de nuestras leyes, que les garantizan todas las libertades necesarias para la prosperidad material e intelectual. Muchos de ellos se hacen luego ciudadanos y llegan a los altos cargos públicos, de conformidad con las leyes de la República, mostrándose tan interesados como los mismos nativos, en la grandeza y adelanto del país ⁽¹⁾.

(1) La corriente inmigratoria ha cesado casi totalmente en los últimos diez años. Como consecuencia, la población argentina se ha estancado, concretando su aumento al crecimiento vegetativo anual.



LA VISION DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

(De Enrique Gómez Carrillo).

El día de mi arribo a Buenos Aires, en el puente del navío que me traía, sentí la fuerza revivificadora que posee la tierra americana.

¡Oh, escena inolvidable! ¡El puerto!... ¡El puerto!

Y con una impaciencia que hacía pensar en los antiguos pilotos de las carabelas cuando gritaban "¡Tierra!, ¡Tierra!", todos corrían hacia la proa murmurando palabras de entusiasmo.

—Véalos Ud., — decíame, sonriendo, un compañero de viaje;— parece que hubieran descubierto un mundo.

Yo también sonreía. No obstante, si hay un espectáculo serio, más aún, un espectáculo patético, era el de aquellos

seres que, atraídos por el brillo de un toisón menos fantástico que el de los compañeros de Jasón, venían de todos los rincones del mundo hacia la comarca cuyo solo nombre es ya una promesa de fortuna.

|La Argentina|

¿Hay alguna lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener la sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña lo mismo que en Oriente, en la China lo mismo que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza y de trabajo, imágenes salvadoras para el que no puede contenerse con la vida de su pueblo natal; imágenes halagüeñas y generosas para todos.

En el puente de proa, en el instante solemne de la llegada, y ante la visión vaga del puerto apenas perceptible, noté lo que significaba para la humanidad desheredada, la esperanza de la tierra prometida... Los más fríos observadores a quienes se les hace contemplar el espectáculo de un barco que se acerca al gran puerto de América, cargado de humildes buscadores de fortuna, notan la llama súbita que ilumina los rostros. En un instante los ojos más fríos se avivan, las mejillas más lívidas se animan, los labios más secos se entreabren. Allí, frente a ellos, en las comarcas nuevas que el Plata baña, es donde los infelices sueñan ver surgir las áureas enramadas de Eldorado y donde, por lo pronto, encuentran la esperanza, es decir, la dicha, la alegría, el aliento.



H O G A R

(De Mario Bravo).

No hay noticias. La anciana
inútilmente espera en la ventana.

¡Pasan días y meses!
En este año los campos no han producido meses.
No hay pan. En lontananza,
la pobre madrecita cultiva su esperanza:

—“Cuando vuelva, sin duda,
traerá puesta la cruz; sobre su frente ruda
brillará la aureola de aquel primer encuentro...
¡Ha de volver, es claro, mi buen batallador!
Lo esperaré aquí dentro,
para llorar en lo íntimo mi dolor y mi amor.”

No hay noticias, no hay pan. La madrecita anciana
inútilmente espera en la ventana...

Mucho tiempo después, por la calle desierta
regresaba un soldado;
vió el ventanal vacío, el postigo cerrado,
y un crespón en el tosco llamador de la puerta...

Mario Bravo. — Escritor y político argentino contemporáneo. Nació en Tucumán.

La sabiduría crea en el espíritu del hombre un estado superior de tolerancia y comprensión. Allí donde el inculto reacciona y ataca, destruye y mata, el sabio conoce que los errores son humanos, que la vida es una lucha ruda y tenaz, y que ella sería insopportable si no tratáramos de mirarla por sus lados placenteros; él sabe que estamos llenos de impulsos, de pasiones que solamente por la educación se dulcifican. Y conociéndolos, el sabio comprende y no condena, no guarda rencor ni deseos de venganza.

No es fácil imaginar cuánto trabajo cuesta alcanzar esa perfección, de la que el filósofo Epicteto es un ejemplo secular.

44

EPICTETO

Sin duda, es la vida una lucha continuada, en la que cada individuo triunfa o cae vencido, según las aptitudes que posee para soportar la mala fortuna, las enfermedades del cuerpo y los padecimientos del espíritu. Por eso es necesario que el hombre busque su mejoramiento en el estudio y en la perfección, pues de tal manera sabrá contrarrestar los infortunios, esforzándose en acrecentar su dicha, sin ambiciones y sin envidia por el bien ajeno.

De este o parecido modo pensaba en la antigüedad cierta especie de filósofos llamados estoicos. Desdeñaban los honores y riquezas y sufrián serenamente el dolor, considerando que la mayor sabiduría consiste en no acobardarse ante los males que nos aflijan y en no desmayar en presencia de las adversidades.

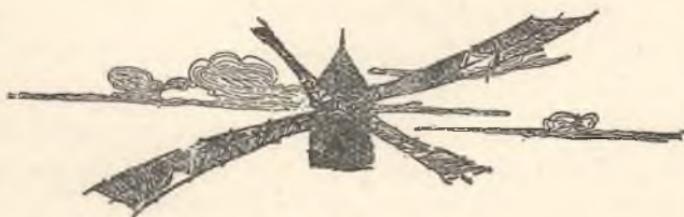
El más notable de todos fué Epicteto, quien vivió en el siglo I de la era cristiana, bajo el reinado de Nerón, aquel terrible emperador que incendió a Roma.

Epicteto era esclavo de un cortesano, y mientras servía a su amo en las ocupaciones domésticas, dedicóse al estudio de la filosofía, alcanzando a descolgar entre los más grandes pensadores de la humanidad. Ciertamente nada dejó escrito; pero sus discípulos recogieron las lecciones del maestro y merced a ellos han llegado hasta nosotros las máximas de aquel sabio.

Refiérese de Epicteto que en una ocasión el amo le sometió a tormento, torciéndole la pierna. — "Me la van a romper", — decía Epicteto —. En efecto, así ocurrió, y el amo y los esclavos que no deseaban causarle un daño semejante, quedaron atónitos. El filósofo dijo entonces: "Estaba diciéndoles que me la romperían, y no quisieron creerlo". Y sin más quejas soportó el dolor.

Epicteto enseñaba que el fin de la vida es la perfección de nuestro espíritu, la que sólo se consigue imitando las acciones de los hombres virtuosos, cumpliendo lealmente nuestros deberes, cultivando la amistad noblemente y no dejándonos arrastrar por las pasiones mezquinas.

En la lección siguiente, el estudiante hallará una serie de máximas de Epicteto. Leyéndolas comprenderá claramente la sabiduría de aquel hombre, tanto más meritorio si recordamos la triste servidumbre a que vivió sometido. ¡Cuántos poderosos, sin embargo, envidiarían la gloria imperecedera del esclavo filósofo!



MAXIMAS DE EPICTETO

I. — ¿Quieres no ver contrariados tus deseos? Pues, no deseas otras cosas que las que de ti dependan.

II. — No depende de ti ser rico, pero sí ser dichoso. Las riquezas mismas no son siempre un bien, y ciertamente son poco duraderas; pero la felicidad que emana de la sabiduría es eterna.

III. — Si hay un arte de bien hablar, hay asimismo un arte de escuchar bien.

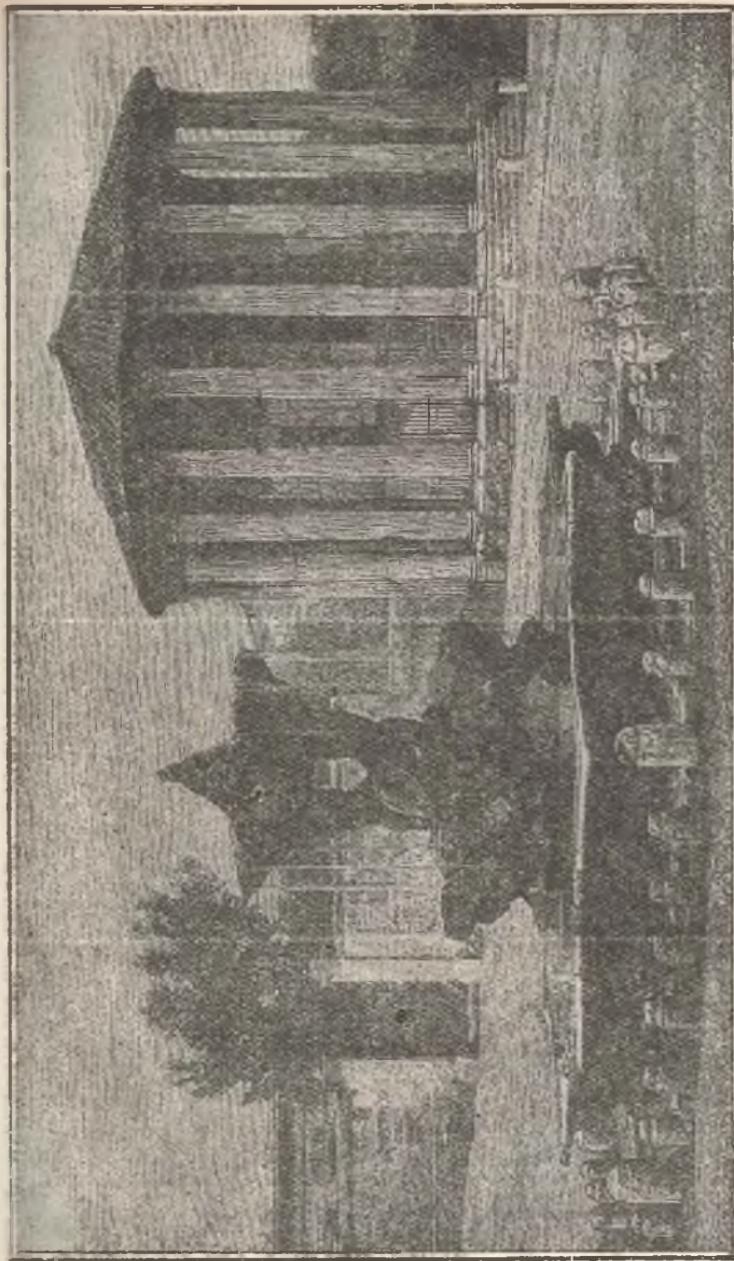
IV. — Un médico visita a un enfermo y le dice: "Teneís fiebre, absteneos por hoy de tomar alimentos y no bebáis más que agua". El enfermo le cree, le da las gracias y le paga. Un sabio dice a un ignorante: "Vuestros deseos son desenfrenados, vuestros temores son bajos y serviles; profesáis falsas ideas". El ignorante monta en cólera y se siente herido en su amor propio. ¿De qué nace esta diferencia? De que el enfermo conoce su mal y el ignorante no.

V. — ¿Crees que te llamaré laborioso aun cuando empleas las noches enteras en estudiar, en leer? No, sin duda; quiero antes saber a qué refieres ese estudio y aplicas ese trabajo. Porque no llamo laborioso al hombre que vela toda la noche para ver a su prometida: digo que es enamorado. Si velas por tu gloria, te llamaré ambicioso; si para

allegar dinero, te llamaré interesado; pero si velas para cultivar y para formar tu razón y para acostumbrarte a obedecer a la naturaleza y a cumplir tus deberes, entonces solamente te llamaré laborioso, porque este es el único trabajo digno del hombre.

VI. — La felicidad no consiste en adquirir y en gozar de lo adquirido, sino en no desear, porque consiste en ser libre.

VII. — Cuando hagas alguna cosa, después de estar seguro de que es tu deber, no evites el ser visto, aunque el vulgo forme de ti falsos juicios; porque si la acción es mala, no debes realizarlo, y si es buena, no debe importarte que la condenen los malos.



TEMPLO DE VESTA. — Roma.

El templo de Vesta era cuidado por sacerdotisas llamadas vestales y que tenían la misión de mantener encendido el fuego sagrado del hogar. Se tenía por augurio de calamidades muy grandes para la nación, el hecho de que alguna vez ese fuego se apagara.

ORIGEN DEL NOMBRE ARGENTINO

(De Carlos Octavio Bunge).

El nombre de la República Argentina deriva del Río de la Plata. La primera vez que se usó el vocablo "Argentina", respecto de estas tierras, lo fué a principios del siglo XVII por el imaginativo cronista Ruy Díaz de Guzmán, quien escribió en 1612 una "historia" llamada "La Argentina", o sea "Del Descubrimiento, Población y Conquista del Río de la Plata". Más tarde, un soldado de la conquista, Barco Centenera, confeccionó una especie de crónica rimada, que calificó de "Poema histórico", titulándolo también "La Argentina o la Conquista del Río de la Plata". Tanto en la obra de Ruy Díaz de Guzmán como en la de Barco Centenera, las dos más poéticas que históricas, el título correspondía al subtítulo, pues al Río de la Plata, apellidábasele también "Río Argentino". Por eufonía, esos cronistas poetas empleaban la voz latina "argentum" (plata), al mismo tiempo y aun de preferencia a la voz castellana.

Al separarse, en la época de la colonización, las regiones platenses del gobierno del Paraguay, creóse en 1617 una provincia llamada oficialmente "del Río de la Plata" y comúnmente de "Buenos Aires". El virreynato instituído en 1776, no obstante comprender también el Alto Perú, el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay, se denominó

"Virreynato de Buenos Aires" y asimismo "de las Provincias del Río de la Plata".

Aunque no fuera en aquellos tiempos tan firme como en nuestros días la nomenclatura geográfica y la política, el nombre poético usado por Ruy Díaz y Barco Centenera no tuvo trascendencia y quedó por entonces olvidado.

El rechazo de la invasión inglesa de 1806 fué celebrado por el joven Vicente López y Planes, en su canto "Triunfo Argentino". Ya ahí se usa la expresión "argentina" como algo distinto de lo propiamente español, de lo oficialmente colonial. Después de estallada la Revolución, el mismo poeta López y Planes compone el Himno Argentino, a guisa de canción patriótica o himno nacional del nuevo pueblo revolucionario. En el cuerpo de la composición llama "argentino" a ese pueblo y "argentinos" a sus miembros y ciudadanos, por oposición a españoles y extranjeros. Consigna también, como rótulo genérico de la nación, sublevada contra la dominación española, el de "Provincias Unidas del Sud".

En el Congreso de Tucumán declarase solemnemente el 9 de Julio de 1816 la Independencia de las "Provincias Unidas del Río de la Plata". Este es el nombre generalmente usado hasta 1852 para designar a la Nación sin herir los sentimientos federalistas de autonomía provincial. Sólo en ocasiones y por accidentes o licencias retóricas, empleóse el de "Provincias Argentinas" y "pueblo, nación o federación argentina".

El nombre de la "Argentina" se consagra definitivamente por el Congreso de Santa Fe de 1852, que dicta en 1853 la Constitución Nacional para la "Confederación Argentina".

Fué éste el título oficial de la Nación durante el período de separación del estado o provincia de Buenos Aires. A la reincorporación de esta provincia y reintegración del país, cuando se modifica la Constitución y se sanciona universalmente en 1860-61; sustituyéndose por fin el apelativo "Confederación" por el de "República Argentina".

Tal es el origen del glorioso nombre de la República: como Venus del seno turbulento de los mares, nace, invocado por un elegante latinismo de los poetas, de las armónicas ondas del Río de la Plata.



DOMINIO PUBLICO Y PRIVADO

Se entiende por dominio el derecho que las personas poseen sobre las cosas corporales, debiendo tenerse presente que se da el nombre de cosas a la tierra, a los animales, las plantas, las piedras, etcétera; en una palabra, a todo cuanto existe sobre la superficie y en el interior del suelo.

Las personas, como asimismo las colectividades, pueden ser dueñas o propietarias de esas cosas que hemos mencionado. Cuando pertenecen a un particular, se dice que el objeto es del dominio privado, o sea propiedad del individuo; a su vez, cuando las cosas pertenecen al Estado, se dice que son del dominio público. Las leyes de cada nación determinan cuáles son las cosas que no pueden pertenecer a los particulares, por estar destinadas al uso de todos los habitantes. Al mismo tiempo, especifican las que son susceptibles de propiedad privada.

Así, por ejemplo, en nuestro país, son del dominio de la Nación o de las provincias, los mares adyacentes al territorio de la República, hasta la distancia de una legua marina o sea tres millas; los ríos con sus cauces; las islas que se hallan en el mar territorial, en los ríos y en los lagos; la playa del mar y de los ríos navegables y sus márgenes; las calles, plazas, caminos, puentes, canales y cualquier otra obra pública ejecutada para utilidad común. Los particulares pueden gozar de esos bienes de la colectividad, pero no pueden apropiarse de ellos.

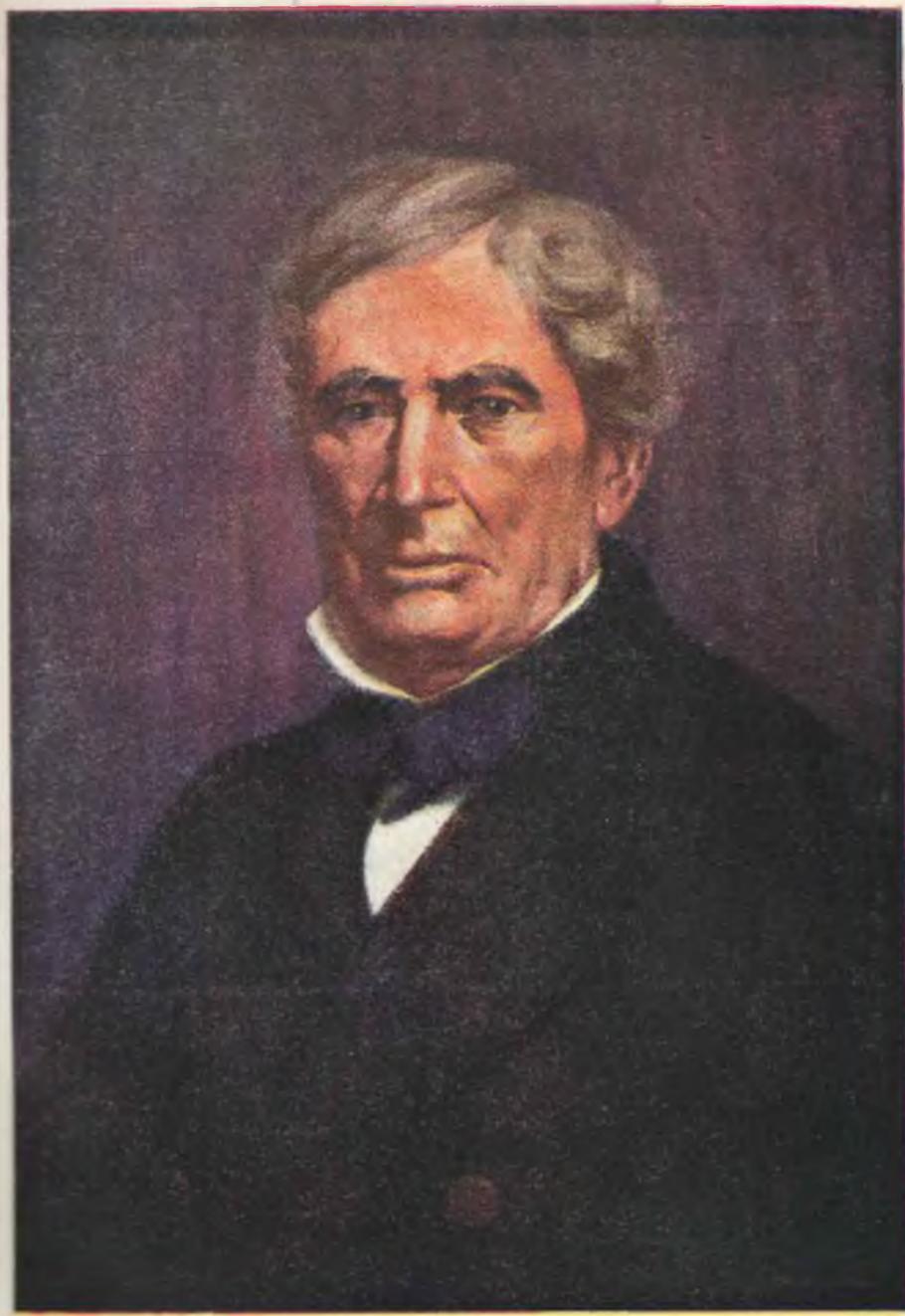
Pertenecen también al Estado las minas de oro, plata, cobre, piedras preciosas y materias fósiles, aunque se descubran en terrenos particulares.

También existen tierras de propiedad del Estado, llamadas tierras fiscales, que pueden pasar al dominio particular adquiriéndolas de aquél. En los territorios nacionales hay vastas regiones de campos fiscales, que irán pasando al dominio privado, a medida que aumente la población o cuando el Estado resuelva enajenarlos.

El dominio implica la facultad de disponer libremente de las cosas, vendiéndolas, donándolas, o destruyéndolas; es decir, ser dueños de ellas y usarlas como mejor parezca. Sin embargo, no debe olvidarse que esa facultad se halla limitada por el interés social; significa que el uso de lo que es nuestro es libre, mientras no se pongan en peligro el orden o la salud pública, o se lesionen derechos ajenos.

Las municipalidades también poseen bienes, siendo aquellos que la Nación ha puesto bajo su dominio. Generalmente son bienes municipales las cosas públicas que se encuentran en el radio de las ciudades, tales como los paseos, plazas, parques, monumentos, etcétera.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



GUILLERMO BROWN. — Primer Almirante de la Armada Argentina.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Las madres espartanas fueron mujeres heroicas, si bien cabe recordar que por las leyes y por las costumbres, los hijos eran soldados y pertenecían a la Patria.

—“Mi espada es más corta que las de mis camaradas —dijo un guerrero a su madre, y ésta le respondió: —“Darás un paso más”.

A parte del heroísmo guerrero, existe el valor civil y el heroísmo moral, del que las mujeres han dado numerosas pruebas, como madres, esposas, hijas y hermanas. A esta última categoría perteneció Manuelita Rosas, a quien rememoramos en estas líneas, para ejemplo de las mujeres de todos los tiempos.

MANUELITA ROSAS

Si la mujer, con sólo pensar que lo son nuestras madres y hermanas, ha de inspirarnos siempre sentimientos respetuosos y delicados, ¿cuál no será la admiración que debemos a aquellas que han debido sacrificarse por los débiles y oprimidos, dulcificando con su ternura el áspero carácter de los poderosos? En este sentido Manuelita Rosas vivirá en la memoria de los argentinos, como un hermoso ejemplo de bondad y de dulzura.

Era hija de Juan Manuel de Rosas. Se recordará que este gobernante se distinguió por el abuso que hizo del po-

der, castigando cruelmente a sus enemigos políticos, es decir, a aquellos que le combatían en nombre de la libertad y de la justicia, durante el período que abarca desde 1829 hasta 1852. Todo ciudadano sindicado como unitario era perseguido y encarcelado, si con tiempo no lograba alejarse del país. Por esta causa las naciones vecinas: Chile, Bolivia, Uruguay y Brasil, se convirtieron en asilo de emigrados argentinos. Desde esos países le atacaban por medio de la prensa, y aun de expediciones militares que fracasaron por repetidas veces.

En esa época de triste recordación, la vida y la fortuna de los argentinos estaban sometidas a los abusos y desmanes de Rosas, quien, como gobernante, nunca reconoció ni acató más leyes que la de su propio impulso. Inflexible y vengativo, solamente serenaba sus pasiones ante los ruegos de su hija, cuando ella, movida por la piedad, intercedía en favor de los perseguidos. De este modo, lo que no podían la fuerza de sus enemigos ni la amenaza de los barcos extranjeros, cuyos cañones dominaban el Plata, lograba a veces la ternura de Manuelita. Prueba esto que aun en el fondo de los espíritus más extraviados queda siempre un resto de bondad, que puede ser explotada en pro del bien, y prueba, sobre todo, cómo la dulzura de la mujer puede evitar muchos males a la humanidad.

La historia registra en sus páginas el nombre de mujeres esclarecidas, ya por su abnegación, como Juana de Arco, ya por las virtudes domésticas, como Cornelia, la madre de los Gracos, o como tantas otras que supieron llegar al sacrificio, exponiendo sus vidas por el bien de sus semejantes, o en defensa de la patria. Digna de figurar entre ellas es Manuelita Rosas, pues fué un alto ejemplo de piedad femenina;

y no es exagerado afirmar que si las heroínas de Mayo armaron el brazo de sus hijos para correr en defensa de la libertad, ella, con igual abnegación, desarmaba el brazo de su padre, en defensa de los ciudadanos esclavizados por la tiranía.

El espíritu justiciero de sus contemporáneos, aun de los más acérrimos enemigos del dictador, supo reconocer las virtudes que adornaban el alma de esta mujer admirable.

RESPETO A LAS MUJERES

La falta de educación de las personas suele evidenciarse en todos los actos de la vida social: en la conversación, por el uso de palabras inconvenientes o groseras, que hieren la delicadeza de quien escucha; en los ademanes, por su torpeza o vivacidad excesiva, como esas palmadas con que nos reciben algunos conocidos, creyendo mostrarse más afectuosos de esa manera; en los procederes, por la mala intención o falta de sinceridad. Pero cuando más se echa de ver la carencia de educación y decoro, es generalmente en el trato con las mujeres.

Hay hombres irrespetuosos que no reparan en agraviarlas de palabra o con actitudes incorrectas. Hay quienes se mofan de ellas o las desprecian, porque no son hermosas o jóvenes, porque van pobemente vestidas o porque son físicamente defectuosas. Tales individuos ignoran seguramente que en esas mujeres puede alentar el corazón de una buena madre, una hermana cariñosa, una esposa modelo, o simplemente el de un ser desdichado, y por eso mismo más digno de consideración y simpatía. Bastaríales, sin embargo, recordar que sus propias madres y hermanas son mujeres, para comprender la torpeza que cometan agraviando a seres semejantes a ellas.

El que ofende a una mujer, cualquiera sea la condición de ella, no solamente prueba su falta de decoro, sino también cobardía, al abusar de la debilidad femenina, pues a

buen seguro que otra sería su conducta si no estuviese convencido de la impunidad.

El hombre educado se conduce de muy distinta manera. Para él, todas las mujeres son dignas de respeto, y lejos de molestarlas con impertinencias y groserías, es cortés y caballeresco, poniendo solícitamente al servicio de ellas, hasta en los menores detalles de la vida, su apoyo y sus preferencias.

La mujer es el alma del hogar, la alegría de la existencia, la compañera del hombre. Pobre o rica, fea o hermosa, joven o anciana, es igualmente acreedora a las consideraciones del hombre culto.

Entre las tribus de salvajes y en las naciones de civilización rudimentaria, lejos de considerarse a la mujer con miramiento, ofreciéndole la protección que merece, se la somete a rudos trabajos y se la mira con desdén, obligándola a llevar una existencia desdichada; por eso ningún medio es más seguro para apreciar el adelanto moral de un pueblo, que observar el grado de respeto que los hombres profesan a la mujer, ya que tal conducta entraña dignidad y delicadeza de sentimientos.



Está en la humana condición que el amor disipe los defectos de los seres a quienes estamos unidos por afectos profundos. Esto se ve con mayor intensidad en las madres, para quienes sus hijos son las criaturas más bellas y graciosas de la tierra. No digáis a una madre que su hijo tiene tal o cual defecto físico o moral; se sentirá ofendida y dolorida. Si no fuese así, el amor de madre no sería sublime, como lo es.

También los niños aman a la madre, con ternura sin medida. Sólo ella es linda y buena, la más linda y la más bondadosa entre las mujeres. Este sentimiento es igualmente justo, y por lo tanto, no causará extrañeza la alegoría de amor filial, patentizada en la lectura que sigue.

50

EL PAÍS DONDE NO SE MORIA

(De Roberto Giusti).

Este era un país donde no se moría. Cuando la piel comenzaba a arrugarse y se encorvaban las espaldas bajo el peso de los años, se corría a bañarse en una fuente milagrosa, en cuyos bordes se dejaba la piel envejecida y el cuerpo volvía a enderezarse. Esto no es muy extraño: también las serpientes, cuando les llega la estación, renuevan su piel.

Y sucedió una vez que una madre, mientras estaba acunando a su hijito, sintiéndose temblar los brazos y la voz, pensó que ya se había vuelto muy vieja y que había llegado el tiempo de cambiar la piel. Le dijo entonces al niño: "Ya vuelvo; espérame quietito"; y saliendo de la casa, se encaminó a la fuente milagrosa. Corre que corre, al fin llegó; se bañó en la fuente de prisa, se despojó de la piel gastada,

y en seguida volvió fresca y sonriente, junto a su hijo. Pero éste al verla entrar empezó a desesperarse y a dar gritos:

—¡Yo quiero a mi mamá! ¡Yo quiero a mi mamá!

—¿No me conoces? — le decía la madre —. En estos brazos yo te he traído nuevas fuerzas para acunarte; por ti he rehecho mis senos; para besarte he rejuvenecido mis labios.

Pero el niño redoblaba el llanto: — "No, no, yo quiero a mi mamita, yo quiero a mi mamita! ¡Tú eres fea y mamá es linda!"

En vano la madre quiere darse a conocer; en vano quiere abrazar al niño. Desesperada, rehizo entonces el camino que conducía a la fuente, donde recogió la vieja piel que había dejado en la orilla, para volver temblorosa y encorvada a su casa.

Apenas abrió la puerta, el niño se abalanzó en sus brazos, riendo entre las lágrimas que aun corrían por sus mejillas.

—¿No sabes, mamá? — le decía —. Hace poco vino una mujer que quiso abrazarme, pero yo la eché porque era muy fea. No te vayas más de mi lado, mamita, tú que eres linda.

La muerte en tanto se acerca a la anciana; pero ella no la ve y se sonríe feliz, porque ve contento a su hijito.



DESPEDIDA

A UN AMIGO

(De Ventura de la Vega).

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh, si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh, cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh, si a este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postre adiós!

Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el aquilón:
¿Junto a la horrible tempestad del alma,
Las tempestades de la mar, qué son?

Mas, ya que quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí,
Por mí te postra y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévate tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Dile que es ella el numen que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor.

Ventura de la Vega. — Ilustre poeta argentino. Nació en Buenos Aires en 1807 y murió en Madrid en 1865. Aun cuando residió durante casi toda su vida en España, la poesía que se transcribe, escrita en 1856, demuestra que nunca olvidó su patria.

EL TEMPLO DE ELLORA EN LA INDIA

(Por Mario Appelius, trad. de los autores).

Imaginad una inmensa llanura, plana, interminable, sin una montaña, sin un relieve, sin playa de mar: nada que pueda dar la impresión de un límite. Y solo, en el centro un monte, un extraño monolito de roca bruta, caída allí en la noche de los tiempos.

Imaginad cómo era esa vasta llanura hace quince siglos, habitada por millones de hombres, cubierta de castillos, cuna de dinastías poderosas. Pensad que todos los príncipes de esa época, todos los sacerdotes y las multitudes se hubieran ocupado durante varios siglos de labrar ese monolito, de cavarlo, perforarlo, pulirlo por su interior, filigranarlo como a un bloque de oro; cada generación animada por la voluntad de superar a la precedente; cada soberano caprichoso, empecinado en ser más notable que su antecesor; cada gran sacerdote resuelto a destruir las religiones rivales; cada artista agigantado por la fiebre de la inmortalidad; imaginad que se hubiese puesto a disposición de todas esas ambiciones, millones de esclavos, incalculables tesoros, siglos de tiempo... y podéis empezar a comprender lo que es la "Kailas" de Ellora.

Pero no es todo. Cuando millares de días de trabajo habían ya transformado la montaña de Ellora en un encaje maravilloso de rocas pulidas; cuando todo el macizo era

ya un templo colossal, cincelado como la joya de un maharajá, el príncipe reinante de ese tiempo, convencido de que el granizo, el cólera y los ciclones eran señal del malcontento de sus dioses, por la insuficiente belleza del mausoleo, tuvo la idea de convertir íntegramente la colina en un templo único, colossal, creando una obra sobrehumana, reveladora de paciencia y de fatigas tales, que fuera capaz de conmover a los dioses.

Durante doscientos años, el sueño de aquel monarca enloquecido fué también la aspiración de millones de hombres, el entusiasmo de seis generaciones, la tortura de un pueblo de esclavos que horadó la montaña en todo sentido, cavó cuarenta templos subterráneos, con corredores de estatuas y galerías de bajorrelieves; que esculpió el exterior de la colina como una catedral, haciendo facetas en toda la roca, como en un diamante. Que abrió cúpulas, criptas y santuarios; que construyó pórticos y columnatas, adornándolos con esculturas de toros y elefantes; pobló los pasadizos con Brahmás, si eran brahamanes y con Budas si eran budistas. Que cavaron y cavaron, esculpieron y esculpieron durante años y años, de padres a hijos, sin otro plan que el increíble afán de crear una maravilla destinada a impresionar al Universo.

De esa manera vino al mundo aquel monumento sin igual, que se llama el mausoleo de Ellora; construcción gigantesca, superior en grandiosidad al mismo Coliseo de Roma y a las Pirámides de Egipto.

Pero sucedió un día, como ocurría a menudo en la India, que las guerras y la miseria arrojaron las poblaciones de la llanura. La gente emigró hacia otras tierras; las dinastías sucumbieron, las comunidades religiosas huyeron. Y Ellora quedó abandonada. Y el templo maravilloso que había cos-

tado tesoros incalculables y millares de vidas humanas, quedó deserto, habitado únicamente por Brahma de piedra y Budas de arena.

Poco a poco la ciudad que lo rodeaba fué convirtiéndose en ruinas. Hoy cubren la llanura trágica restos desmenuzados de la edificación, en medio de los cuales alguna columna, algún pedazo de monumento, son vestigios de la antigua ciudad.

Pero el templo está de pie, porque es montaña pura, abiertos a los vientos sus setecientos portones. En el silencio infinito que lo envuelve, parece aún más fantástico y grandioso.

Y el viajero se pregunta cómo los hombres han podido construirlo y cómo han podido abandonarlo.



En tiempos del historiador Michelet —a mediados del siglo XIX— los conocimientos oceanográficos eran muy reducidos y naturalmente la geografía general poseía al respecto escasas informaciones. En la actualidad se conoce gran parte de las profundidades marinas, sus corrientes, su temperatura, su fauna. Al menos para el marino, el mar ya no es el elemento temeroso de los antiguos, quienes debieron surcarlo con débiles bajeles. En cambio, no hay dudas de que para el hombre común, que vive normalmente en tierra firme, el océano continúa siendo el peligroso y misterioso abismo.

EL MAR

(De Julio Michelet).

Un atento y profundo observador de la naturaleza, un valiente marino holandés que ha navegado por todos los mares y a bordo consume su existencia en la actualidad, confiesa categóricamente que al contemplar por primera vez la infinita y móvil llanura del océano, su impresión fué de miedo. Para todo habitante de la tierra, es el agua el elemento irrespirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal y eterna que separa irremediablemente ambos mundos. No es, pues, sorprendente que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espe-

sor, haya parecido siempre formidable al espíritu del hombre.

Los habitantes de Oriente han visto en ella la sima insondable y amarga, y la han llamado noche del abismo; y en todos los idiomas antiguos, desde la India hasta Irlanda, el nombre de mar dice desierto, noche.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, ya se oye o se adivina el temible elemento, al percibir un rumor lejano, sordo y continuo. Poco a poco los ruidos van siendo dominados por aquél y no tarda en notarse la solemne alternativa, la vuelta invariable de la misma nota, fuerte y profunda, que corre más veloz y bramadora.

¡Cuántos tonos hay en la voz del mar a más de lo descripto! Por poco que esté conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la solitaria playa, que parece empeñarse en oír las amenazas del que ayer le halagaba con acariciadora ola.

¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra; he aquí lo que es posible afirmar con más seguridad. Sobre la superficie del globo, el agua es lo general, la tierra una excepción. ¿Y su proporción relativa? El agua constituye las cuatro quintas partes; esto es lo más probable; otros aseguran que las dos terceras o las tres cuartas partes.

Problema difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrece, pues la acción neptúnica no cesa; una porción baja, otra sube, y ciertas comarcas descubiertas y anotadas por el navegante, han desaparecido al pasar otra vez éste por el mismo sitio. Por otra parte, fórmanse y se levantan innumerables islas, bancos inmensos de madréporas y corales, que modifican la faz terrestre.

La profundidad de los mares es aún más desconocida que su extensión, ya que apenas han sido hechos pocos e inciertos sondajes.

Las insignificantes libertades dadas a nuestra audacia, para correr sobre ese profundo desconocido, sin pasar de la superficie, poco valen y en nada pueden amenguar el legítimo orgullo del mar. En realidad, éste permanece oculto, impenetrable a nuestras miradas. Se presiente y hasta se sabe que un mundo prodigioso de vida, de combate, de amor y de producciones variadísimas pulula allí; pero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos a dejar ese extraño elemento.

Julio Michelet. — Nació en 1709 y murió en 1774. Historiador y novelista francés. Sus libros principales son: "Historia de la Revolución", "El pájaro", "El mar" y "El amor".

Parecería que en este siglo en que vivimos, el progreso material de todo orden tuviera la propiedad de relajar las virtudes cívicas del ciudadano. La crítica serena de los pensadores así lo afirma, y como quiera que este descenso espiritual es dañoso para la Nación, se hace imperiosa la necesidad de mostrar a la juventud los grandes modelos cívicos de nuestra nacionalidad. Entre éstos descuelga el doctor Agustín Alvarez, cuyos libros "South América", "Educación Moral", "Historia de las instituciones libres", "Adónde vamos?", etc., deben ser leídos con el mayor interés.

AGUSTIN ALVAREZ

Agustín Alvarez fué uno de los más ilustres publicistas argentinos. Escaló grado por grado la estimación y el respeto de sus compatriotas a fuerza de rectitud y honor, porque nada se valora tanto en el ciudadano como el espíritu de justicia, la firmeza de las convicciones y el incansable afán de hacer el bien.

Huérfano desde muy niño, pudo demostrar que esa desgracia no impide que el hombre se haga virtuoso y aventaje en méritos a los demás, cuando tiene una inclinación natural a la rectitud. Así, sostenido por su inquebrantable voluntad, adquirió una ilustración sólida y un nombre respetado merced a la dignidad de toda su vida. Fué militar y abogado, pero se destacó, más que nada, como educador y publicista. Murió en 1914, cuando aun podía esperarse grandes obras de su robusta inteligencia y de su noble patriotismo. "Su virtud y su sencillez fueron tan grandes, ha dicho uno de sus biógrafos, como su consagración al estudio y a la enseñanza; fué, siempre, un varón justo".



CALLE DE BELEN. — Catamarca. — Oleo del pintor argentino José Arcidiácono.

Agustín Alvarez dejó escritas páginas austeras y brillantes, tanto por la sinceridad con que expresó sus ideas, como por la verdad y valentía con que estudió los defectos de la educación social de nuestro pueblo.

Sostenía en este sentido que la instrucción no basta para formar el hombre culto y civilizado. Para que el orden y la libertad existan, opinaba, es menester que cada ciudadano tenga la conciencia recta, que no engañe, perjudique ni atente contra los derechos ajenos, pues el hombre honesto, penetrado de sentimientos generosos, es quien puede realizar grandes obras provechosas a la sociedad. ¿De qué sirve una persona instruida si cuanto sabe no ha de utilizarlo para hacer bien a sus semejantes?

La nación necesita de hombres rectos y altruistas, que traten de perfeccionarse para ser mejores, corrigiendo sus naturales defectos. La ausencia de sinceridad en los negocios y en todas las relaciones de la vida, siembra la desconfianza y origina un malestar que obsta al progreso.

El día que nos eduquemos, seremos más justos, tolerantes y honrados. Sabremos dominar nuestras pasiones y haremos el bien por convicción y no por temor a la ley y al gendarme.

He aquí, en síntesis, las ideas que sustentó Agustín Alvarez en todos sus libros y que predicó, como apóstol, desde la cátedra y las columnas de los diarios, ajustando a ellas invariablemente su conducta.

ELOGIO DEL CIUDADANO

A menudo oímos decir: "La República necesita de grandes ciudadanos", o bien: "Tal hombre ha sido un ciudadano ilustre". ¿Qué significan estas expresiones?

Desde el punto de vista constitucional, designase en nuestro país con el nombre de ciudadano al individuo, nativo o extranjero, que tiene derechos y deberes políticos. El ciudadano nativo los adquiere desde los diez y ocho años, edad en que debe enrolarse, es decir, inscribirse en el padrón cívico. Ciudadano naturalizado es, en cambio, el extranjero que ha obtenido carta de ciudadanía y con ella todos los deberes y derechos políticos, salvo las limitaciones expresamente determinadas en la Constitución. Todos los demás, hombres menores de diez y ocho años, mujeres y extranjeros no naturalizados, son meros habitantes.

Ahora bien: si a la condición de ciudadano se agregan los calificativos de grande, ilustre, benemérito, etc., significa que aquél, en el ejercicio de la vida pública, se ha conducido noble y honradamente; que ha desempeñado con altura y dignidad los cargos que el pueblo le confiara; que, en una palabra, ha cumplido sus deberes con patriotismo, inspirado en el bien general, en la justicia y en la rectitud. Siendo a la acción de estos ciudadanos excepcionales, a la que principalmente deben los pueblos su progreso material y su cultura, honrar sus nombres y glorificar su memoria, es obra de verdadero civismo.

No se crea, sin embargo, que sea necesario ocupar un alto cargo o destacarse en la acción pública, para comportarse como buen ciudadano. No: cada uno de nosotros, desde la modesta o desde la encumbrada posición que ocupamos en la sociedad, podemos alcanzar la consideración de nuestros compatriotas, si ajustamos nuestra conducta al bien y a la dignidad. Desde niños, según nuestro modo de comportarnos, se perfila en nosotros el futuro buen o mal ciudadano, pues es evidente que el que se habitúa al cumplimiento de sus deberes en la escuela y en el hogar, sabrá más tarde cumplir los que le impone la vida cívica. Del mismo modo, el que desde su infancia no sabe ser respetuoso y correcto, será seguramente en el futuro un elemento inútil para la sociedad. He ahí por qué el Estado es tan celoso de la educación de la niñez.

La República necesita, pues, de grandes ciudadanos, y todos, en la medida de nuestra capacidad y en el campo de nuestras actividades, debemos aspirar a serlo. ¿Os imagináis, por ventura, lo que sería una nación cuyos ciudadanos estuviesen todos animados por el espíritu de un Moreno o de un Rivadavia? La justicia reinaría en ella sin necesidad de leyes, y la felicidad existiría, por el orden, el trabajo y la solidaridad.

LA CAZA DEL ELEFANTE

NARRACIONES DE LA SELVA AFRICANA

(Por N. Wilkcon).

La caza del elefante es una de las que más emociones procura y mayores peligros ofrece al cazador. Para atraer a uno de esos gigantescos animales, hay que tener sangre fría a toda prueba y un pulso firme, aparte de una extraordinaria puntería. De no ser así, es preferible abandonar la empresa, porque el elefante, como el rinoceronte, tiene sólo un punto vulnerable por el cual se le puede herir mortalmente. Dicho punto se encuentra en la base del omoplato izquierdo; allí la piel es blanda y la bala puede penetrar directamente al corazón. Si el animal es herido en cualquiera otra parte, no morirá en seguida, y un elefante herido es la bestia más peligrosa que pueda imaginarse. Los cazadores inexpertos suelen tirar a la cabeza, lo cual es como pretender echar a pique un acorazado con disparos de revólver. Las balas que pegan en el hueso del cráneo, rebotan como si dieran contra una plancha de acero.

En una de mis expediciones al África, llevé de acompañante a un joven teniente australiano, Percy Darrick, entusiasta, excelente camarada, capaz de dar la vida por sus amigos. Darrick soñaba con la caza de elefantes; era su ambición suprema. Parecería que el elefante, con su inmensa mole, con su astucia, su inteligencia comprobada, atrajera

a los cazadores con el placer de destruir esa fuerza extraordinariamente astuta.

Fiel a mis normas, no quise satisfacer los deseos de Darrick hasta tanto no encontrara la ocasión de matar un elefante que mereciera ese castigo. Desgraciadamente, antes de los tres meses se presentó la oportunidad, estando en Tanganika. Una aldea era arrasada noche a noche por un paquidermo solitario, y habían llegado a tal punto sus destrozos,



que no quedaban en pie las plantaciones, los animales domésticos, los árboles frutales. Los nativos estaban desesperados y me pidieron, puesto que yo era amigo de ellos, que les librara de semejante plaga. Así hallé el medio de cumplir con dos compromisos: uno, con mis buenos amigos indígenas y otro con el teniente Darrick. Ibamos a cazar un elefante bandido y peligroso.

A fin de tener completa seguridad, hicimos construir con los indios plataformas en los árboles que rodeaban el sitio de la selva, donde el elefante acostumbraba abrevar. En esas plataformas nos situamos los cazadores; hice cuidadosas descripciones a Darrick sobre la mejor manera de

apuntar para matar de inmediato al animal, pues le reservaba el honor del primer disparo. En una fotografía de elefante le señalé, mediante un círculo, la zona mortal. La cuestión era sencilla, manteniendo la serenidad.

— Si no estás seguro de la puntería, no dispare — le dije.

Perfectamente equipados, nos instalamos en nuestros sitios de observación. No pasó mucho tiempo cuando apareció la bestia que esperábamos. Avanzó lentamente por un claro del bosque y llegó al arroyo. En la semioscuridad del crepúsculo, veía brillar el fusil de Darrick, que apuntaba al cuerpo del animal, siguiendo mis instrucciones... Luego... todo pasó en pocos segundos. No sé qué alarmó al elefante, el caso es que volvió la cabeza, asustado, en el momento en que mi infortunado amigo apretaba el gatillo del arma. Y la bala que iba destinada al corazón, se le incrustó en la trompa. ¡En la trompa!

Lanzando un berrido de rabia, el elefante sacudió la cabeza y rápidamente enderezó al árbol en que estaba Darrick. Le disparé un balazo, dos, tres, pero las nuevas heridas sólo sirvieron para aumentar la furia del animal.

La bestia, que había localizado a su heridor por el fogonazo, llegó al árbol y siempre bramando de cólera, enrolló la trompa en el tronco y comenzó a sacudirlo violentamente, a punto tal que mi compañero no pudo sostenerse en su refugio. Para no caer hizo esfuerzos desesperados, se agarró de las ramas, pero habiendo dejado colgadas las piernas y al alcance de la trompa, el elefante lo asió de ellas, lo desprendió de un tirón, lo enarbóló en el aire y por repetidas veces lo estrelló contra el tronco. Luego, lo dejó caer y lo pisoteó con saña.

Instantes después, la bestia, acribillada por las balas que yo le disparaba, tambaleó y cayó sobre su víctima, mortalmente desangrada.

LA
INDEPENDENCIA



(De Carlos Guido y Spano).

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier. Nuestros campeones,
que en la tremenda lid fueron leones,
ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo vuelo
la bandera de Mayo hecha jirones.
El enemigo avanza: sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria, irguiéndose entre ruinas,
"¡Atrás!", prorrumpé, libre se proclama,
rompe el vil yugo con potente brazo;

y triunfantes las armas argentinas,
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo!



Grandes e ilustres varones produjo la cultura helénica, que se desarrolló en el mar Egeo, desde Creta a Micenas y desde Atenas a Esparta y Corinto. La historia nos ha legado los nombres de Sócrates, Platón y Aristóteles, los tres filósofos; Alejandro Magno, conquistador; Fidias y Praxíteles, artistas escultores; Jenofonte, Tucídides, Polibio y Plutarco, historiadores; Esquilo y Eurípides, poetas trágicos; A.c. bías, Temistocles y Pericles, políticos y gobernantes. De éstos, Pericles fué el más notable, el primero entre sus iguales (*primus inter pares*).

PERICLES

Fué Pericles el más esclarecido ciudadano de Atenas, ciudad que era entonces la capital de Atica, una de las pequeñas repúblicas que constituyan la antigua Grecia.

Poseído del más alto ideal que puede animar a un patriota, fué conquistando poco a poco, mediante el estudio y las obras benéficas, fama de ciudadano intachable, hasta obtener el gobierno de la República, al que lo llevó la voluntad unánime de su pueblo.

Gobernó con tanta prudencia, que entonces alcanzó la ciudad un gado de cultura y de riqueza como no lo consiguió después ningún pueblo de la tierra. Bajo su gobierno florecieron las artes, las ciencias y el comercio, en forma tan

notoria, que con razón se designa aquella época por "el siglo de Pericles".

Lo más singular es que éste ejerció el poder sin mando; la autoridad se le reconocía en atención a sus virtudes y patriotismo. La obediencia que le prestó el pueblo no se debió al rigor de las leyes, sino a un sentimiento voluntario y espontáneo. Una disposición de Pericles se acataba, porque provenía de él: sabíase que no era capaz de pensar ni de realizar nada contrario a los intereses de la Patria. Solamente una vez, habiendo propuesto la erección de algunos monumentos, objetó el pueblo que los gastos serían excesivos, a lo que Pericles contestó: "Bien, los haré construir con mi dinero, pero de tal modo que la gloria sea para mí y no para el pueblo ateniense". Ante semejante razón, el pueblo, celoso de su grandeza, lo autorizó a levantar los monumentos que considerase necesarios para los prestigios de la ciudad.

En aquel tiempo, la industria cerámica alcanzó su mayor grado de desarrollo; la fabricación de jarros, vasos y ánforas de tierra cocida y primorosamente pintados, fué la más noble tarea de los atenienses. Los fabricantes eran verdaderos artistas y tales objetos lograron más estima y mejor precio que si hubiesen sido de oro.

Pero lo que interesa observar son las virtudes cívicas de aquellos griegos, cuya principal preocupación era el bien de la sociedad y la cultura pública, de donde provenía el respeto a los sabios. Los atenienses eran felices, pues el Estado suministraba a los pobres, alimentos y vestidos; de modo que, no existiendo la miseria, realizábase el bienestar colectivo.

¿Cómo no había de ejecutar grandes e imperecederas obras ese pueblo venturoso? Pericles fué el hombre representativo de aquella sociedad, fundada en tan austeras virtudes.

¡Dichosos los pueblos que tienen ciudadanos como aquéllos y magistrados como Pericles, prudentes, justos y honestos!

El poeta José Mármol, a quien se refiere la lectura inmediata, perteneció a la pléyade de argentinos ilustres, de aquel período de nuestra historia que corre de 1830 a 1852. Fueron sus coetáneos Sarmiento, Alberdi, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Florencio Varela, Mitre, Rivera Indarte, etc. Todos ellos emigrados y perseguidos por la dictadura, y todos ellos brillantes escritores. Los que sobrevivieron a Caseros, volvieron a la Patria y consagrados a las funciones públicas, fueron factores eficaces de nuestro progreso nacional.



M A R M O L

Los pueblos tienen sus hombres representativos en las diversas épocas de su existencia; son hombres en quienes parecen concentrarse o todas las alegrías que derivan de la libertad, de la paz y de la abundancia, o todos los dolores causados por la tiranía, el desorden y la pobreza. Son los poetas.

Vicente López y Planes fué el representante de la generación que en 1810 inició la cruzada libertadora; el Himno Nacional traduce el ideal de aquellos patriotas que aspiraban a la libertad sudamericana; fué el poeta que expresó los sentimientos cívicos en medio de las guerras que sosténian nuestros ejércitos contra el enemigo.

Del mismo modo, José Mármol fué el bardo de otra generación: de aquella que se vió oprimida por el gobierno despótico de Juan Manuel de Rosas. Formó en las filas de los emigrados que huyeron de la Patria para salvar la vida y protestar contra el poder que había anulado las libertades.

Peregrinó por América, anatematizando al tirano en inmortales versos, que reflejan las amarguras de los proscriptos, ante el espectáculo de la nación anarquizada.

Privado él mismo de su libertad, antes de la expatriación, cuéntase que escribió en las paredes de la cárcel la siguiente vibrante estrofa:

“¡Muestra a mis ojos espantosa muerte,
mis miembros todos en cadenas pon;
¡bárbaro, nunca matarás el alma
ni pondrás grillos a mi mente, no!”

Puede juzgarse por este fragmento cuál sería el temple de aquellos patriotas que se veían privados de su hogar y de sus amistades, por culpa de un gobernante cruel que había convertido a la República en un pueblo de esclavos. Bien se observa, sin embargo, que los déspotas suelen padecer errores de funestas consecuencias; primero, con el inútil despotismo con que agobian a los pueblos, y luego porque olvidan, acaso enceguecidos por la pasión, que es fácil matar a un hombre, encerrarlo en una prisión o desterrarlo de su Patria, pero es imposible evitar que las ideas se difundan, como se afirma en la estrofa que insertamos.

La popularidad de Mármol, aun muchos años después de su muerte y lejanos ya los sucesos en que le tocara actuar, subsiste no sólo por sus admirables poesías, sino también por su difundida novela “Amalia”, que es una fiel pintura de la época de la tiranía.

En sus últimos años, Mármol quedó ciego, pero sentíase feliz sabiendo a su patria organizada y en paz, pues no anhelaba otra cosa su alma de buen ciudadano.

José Mármol. — Nació en Buenos Aires en 1818 y murió en 1871.
Fué senador y director de la Biblioteca Nacional.

M I M A D R E

(De Edmundo de Amicis).-

No siempre el tiempo borra la hermosura
 ni la marchitan llanto y desengaños:
 mi buena madre, ya agobiada de años,
 más hermosa parece a mi ternura.

Todo: su acento, su mirar, su trato,
 me toca el corazón tan dulcemente,
 que si fuese pintor, constantemente
 haría su retrato.

Mas, si el cielo mis ruegos escuchara,
 no pidiera en verdad el don divino
 de Rafael de Urbino,
 para exornar de resplandor su cara...

Trocar querría yo vida por vida,
 darle en ofrenda mi vigor lozano:
 verme yo convertido en un anciano
 y a ella de dicha y juventud henchida!

LA FELICIDAD

(De Juan Finot).

Si reflexionamos un poco, comprendemos fácilmente que la felicidad suele estar en nosotros. Meditando sobre las tristezas y delicias de la vida, notamos que unas y otras son hijas exclusivas de nuestra razón. La gloria excita, anima, sostiene y arruina muchas vidas.

Lo que constituye la ambición de unos, apenas si llega a interesar a otros. El deseo de la riqueza que emponzoña la vida de muchos hombres, no llega a preocupar a ciertos espíritus superiores. El poder que atrae y fascina a unos, no habla a la imaginación de los otros.

Hay también quienes darían la mitad de su vida por una condecoración o un título de nobleza; hay otros que se someten a toda clase de humillaciones, a fin de poder alternar con lo que llaman la buena sociedad, formada muchas veces por individuos ociosos y de limitada inteligencia.

La felicidad de unos consiste en sentarse en la mesa de los Césares y la de otros en alternar con los reyes del espíritu; los unos sueñan con escalar las cimas de la gloria, para deslumbrar a sus semejantes, mientras los otros trabajan silenciosamente en beneficio de un ideal.

Sigamos el curso interminable de nuestros ensueños de felicidad y podremos apreciar sus múltiples variaciones.

La mayor parte de los hombres dedican más tiempo al barbero, que a formar su propio carácter y rectificar sus opiniones, de lo que depende su felicidad.

Ponemos especial cuidado en el estilo del mobiliario que deseamos adquirir; no perdonamos al que nos vende un caballo cojo; discutimos escrupulosamente la calidad de los vinos que hemos de beber; nos desesperamos cuando hemos sido engañados por un comerciante indigno, pero aceptamos sin crítica las falsas ideas que se nos dan respecto a la verdad de las cosas.

Se rechazan las bebidas y los alimentos falsificados, porque son perjudiciales a la salud del cuerpo, y no se tiene inconveniente en mantener un constante comercio espiritual con aquellos que, con sus falsas ideas de las cosas, siembran la miseria y el error.

La humanidad realizará una de sus grandes conquistas, el día que comprenda que si para la salud del cuerpo son nocivos los alimentos falsificados, para la felicidad no es menos dañoso vivir bajo el dominio de los errores.

"La vida, ha dicho Renán, no tiene otro objeto que la abnegación, la verdad y el bien". Este principio que nos negamos a admitir, es la base de la felicidad. El objeto de la vida es, pues, el de un ideal desinteresado.

Juan Finot. — Sociólogo y escritor francés. Murió en 1922. Publicó numerosos libros, entre ellos "El prejuicio de las razas" y "La ciencia de la felicidad". A este último corresponde el fragmento transcripto.



Las guerras que aniquilan vidas, también obstaculizan la libre circulación de mercaderías y productos, en las rutas comerciales del mundo. Toda guerra moderna implica una perturbación general en la economía de las naciones; solamente la paz es fecunda para el desenvolvimiento de las actividades productivas, de la riqueza, del bienestar. Trabajemos todos, en la escuela y en el taller, para que nunca cubra de horrores a nuestra Patria, la calamidad de las luchas armadas.

EL COMERCIO

Realízase el comercio mediante las operaciones designadas con los nombres de compra, venta, permuto y transporte, siempre que sean efectuadas con el propósito de especular, es decir, de obtener ganancia o utilidad. Llámense comerciantes los hombres que se dedican a tales actividades.

El comercio tiene lugar debido a dos fenómenos sociales: la producción y el consumo. En efecto, mientras un grupo de hombres produce los artículos necesarios o útiles a la existencia, los otros los consumen, adquiriéndolos de los productores.

Conviene observar que el comercio se complica a medida que los artículos van pasando de mano en mano, antes de ser usados o consumidos, de cuya circunstancia proviene el encarecimiento, puesto que debiendo todos y cada uno de los comerciantes ganar sobre la mercadería, su precio llega notoriamente aumentado al último comprador.

Comercio interno es el que se efectúa en el interior del país, entre los habitantes de las provincias y territorios. Cuan-

do las operaciones comerciales se llevan a cabo entre las naciones, el comercio es internacional. Este consiste en el intercambio de productos naturales o manufacturados; cada país vende a los otros el sobrante de su producción, al tiempo que compra los artículos de que carece, o que no posee en cantidad suficiente para el consumo de la población. En este concepto es que la República Argentina vende cereales a las demás naciones y adquiere de ellas carbón, maquinarias, etc. Como se ve, el comercio internacional se realiza por la importación y la exportación.

Para facilitar el intercambio comercial, que es fuente de riqueza, casi todos los Estados celebran entre sí tratados de comercio, en cuya virtud se acuerdan recíprocas facilidades para la entrada y la salida de determinados productos, sea eximiéndoles de los derechos aduaneros, sea rebajándoles las tarifas, pues no debe olvidarse que las naciones fijan impuestos a toda mercadería que entra o sale del territorio: son los derechos de aduana. Sólo en casos especiales los artículos de exportación y de importación quedan libres de impuestos.

La riqueza y prosperidad material de los pueblos se aprecia por el desarrollo de su comercio; cuanto más activas son las operaciones comerciales, es que mayores riquezas están en circulación. Las guerras y las epidemias paralizan el comercio y ocasionan la pobreza; se dice entonces que hay crisis económica.

El trabajo y la paz son los factores más importantes para aumentar la fortuna y desenvolver el comercio.

La honestidad de los hombres es otro elemento que favorece las relaciones comerciales, pues hay comerciantes tan desalmados, que no vacilan en enriquecerse a costa de la salud y de las miserias del pueblo. Estos son los mayores enemigos del comercio y del bienestar colectivo.



LA MITOLOGIA GRIEGA

"Los griegos fueron los más ilustrados de los hombres, los que tuvieron ciudades más cultas y gobiernos más libres". ha dicho un escritor.

Esta grandeza del pueblo heleno fué labrada con el estudio y el trabajo, en los que cada ciudadano trató de sobresalir. Y para honrar todas las actividades a que se dedicaban, imaginaron dioses y semidioses protectores de las ciencias, las artes, el comercio, etc., destinándoles una morada en la cima del monte Olimpo; de ahí que se les llamara dioses olímpicos.

Júpiter, el dios más poderoso, era señor del cielo; Apolo, de la luz; Neptuno, de los mares; Marte, de la guerra; Mercurio, del comercio; Vulcano, el herrero, del fuego; la diosa Juno, de los casamientos; Vesta, del hogar; Minerva, de la ciencia; Venus, de la hermosura y el amor; Diana, de los bosques, y Ceres, de las cosechas. (¹)

(¹) De Ceres proviene la voz cereales con que se designa a los granos.

Tenían además diosas de inferior categoría, a las que denominaron musas, las cuales favorecían el incremento de las bellas artes y de la sabiduría. Así, para la historia, Clío; para la comedia, Talía; para la tragedia, Melpómene; para la elocuencia, Polimnia; para la música, Euterpe; para la astronomía, Urania; para la danza, Terpsícore, y para la poesía, Erato y Calíope.

Como se ve, cada rama del saber y cada actividad a que los hombres se consagran, estaban simbolizadas por divinidades, a las que pintores y escultores representaban siempre con la mayor belleza imaginable.

Para llegar Grecia a tan alto grado de cultura, le fué necesario, como ocurre a todos los pueblos, vencer mil dificultades; soportar guerras, levantar ciudades, construir puertos comerciales, educar e instruir a los habitantes, arar la tierra, sanear los pantanos, limpiar los bosques de fieras, hacer caminos, construir naves, etc. Estos trabajos, ejecutados por los griegos hasta conseguir el orden y la prosperidad, también fueron simbolizados en personajes legendarios, llamados héroes o semidioses. Según la leyenda, los héroes y no los hombres, llevaron a cabo las empresas que acabamos de citar. De este modo se poetizaba la tradición nacional.

El más notable de todos fué Hércules, o Alcides. Venció a un furioso león que destrozaba las selvas; mató a una hidra venenosa, de siete cabezas, que habitaba en un pantano, causando daños al vecindario; dominó a un feroz jabalí; alejó de un lago las aves de rapiña que ocasionaban muchos perjuicios; se apoderó de un toro monstruoso que asolaba el país; abrió el estrecho de Gibraltar, llamado también Columnas de Hércules, etc. Otros héroes sobresalientes fueron Teseo y Perseo. Venían después los héroes secundarios, como Prometeo, de quien se decía haber robado el fuego del cielo.

Júpiter, airado contra él, le encadenó a una roca, durante siglos, y envió a un buitre para que le devorase las entrañas.

En su sentido moral, Hércules simboliza la fuerza, el valor, la justicia, que eran cualidades de los griegos.

Teseo representaba el gobernante que limpió de bandidos el territorio y favoreció el progreso.

Por otra parte, consagraron a Orfeo y a Lino, hijos de Apolo, como padres de la música, y a Morfeo como protector del sueño.

Los romanos adoptaron gran parte de la mitología griega, levantando templos colosales en honor de Júpiter, de Marte y de Vesta.



La música, como todas las bellas artes, es una forma del lenguaje, forma superior de expresión para los sentimientos íntimos y profundos, que la palabra común no alcanza a traducir.

La música primitiva es pura melodía, simple como los instrumentos que emplea. Debemos a Juan Sebastián Bach la música de contrapunto, instrumental y polifónica, que ha elevado a este divino arte a una grandiosidad que emociona y abruma.

Mozart, Schumann, Schubert, Liszt, Wagner, Verdi, Beethoven, son otras tantas cumbres del arte musical.



B E E T H O V E N

Es la música una de las artes más delicadas, pues tiene la virtud de suavizar las pasiones, calmando las iras del corazón. Hasta las bestias feroces son sensibles al poder de los sonidos, y cuéntase como prueba de ello, que un violinista, extraviado en el desierto, pudo salvarse de las garras de un lobo tocando el violín durante toda la noche. La fiera se detuvo a escuchar la música, olvidándose de acometer al infeliz artista.

Con mayor razón la música emociona al hombre; por eso se ve que en los momentos de grande agitación pública suele recurrirse a la orquesta, o al instrumento que se tiene

a la mano, para calmar el tumulto, serenando los ánimos. Eso aparte, es inmenso el placer que la música produce al espíritu. De allí proviene la admiración y simpatía que despiertan en nosotros los músicos y especialmente aquellos que han sabido tocar nuestros sentimientos, elevando nuestra alma hacia el bien y la belleza.

Uno de los compositores más geniales ha sido Luis de Beethoven, a quien con justicia podemos llamar el príncipe de los músicos, pues llegó a expresar los sentimientos con inspiración no superada.

Admirador de Napoleón, escribió una "Sinfonía heroica" para honrar el nombre de aquel gran guerrero. La obra, sin embargo, no llegó a manos de éste, porque Beethoven, indignado y herido en sus ideas republicanas, rasgó el manuscrito, al saber que Bonaparte se había hecho proclamar emperador. Sólo años después, cediendo a la solicitud de sus amigos, se resolvió a rehacerla, modificando la segunda parte y substituyendo el título primitivo de "Bonaparte", por el de "Sinfonía heroica para conservar el recuerdo de un gran hombre".

Beethoven era más bien tímido, no obstante su celebridad. Amaba la vida solitaria y habituaba dar largos paseos a pie por los alrededores de la ciudad. Cuéntase con este motivo, que caminando cierta noche por una calle tranquila, oyó que en una casa tocaban al piano una de sus obras. Empujó la puerta y entró; la ejecutante era una niña, quien al oír los pasos, volvióse hacia él, preguntando:

—¿Eres tú, papá?

Beethoven comprendió que se hallaba frente a una ciega, y cariñosamente repuso:

—No, no soy tu papá, pero sí uno de tus mejores amigos: soy Beethoven.

— ¡Qué pena no poder verle a Vd.! — exclamó la niña.

— No importa — contestó el músico —; ¡en cambio, me oirás!

Y sentándose al piano, improvisó una melodía de infinita dulzura. Tal fué el origen de la famosa sonata que lleva el nombre de "Claro de luna", pues precisamente en aquel instante el astro de la noche enviaaba un rayo a través de la ventana.

Una gran desgracia amargó a Beethoven durante largos años: la sordera. Y se cree que fué ésta la causa que le hiciera tan poco afecto a la sociedad de los hombres.

Falleció en Viena y un cortejo de treinta mil personas le acompañó a su última morada, en medio del duelo público por la muerte de tan insigne artista.

Luis Beethoven. — Nació en 1770 y murió en 1827. Es probablemente el compositor más famoso del mundo. Su Novena Sinfonía no ha sido superada.

LAS BELLAS ARTES

Dice un viejo proverbio que "no sólo de pan vive el hombre", con lo que se quiere significar que, teniendo la especie humana necesidades y costumbres superiores a las de los animales, no se conforma con satisfacer las exigencias de los instintos, como beber, comer y dormir, sino que reclama otra clase de alimentos para nutrir su espíritu. Esta condición nos diferencia profundamente de las bestias.



Es así como el hombre ha necesitado crear las bellas artes, que comprenden la música, la poesía, el canto, la pintura, la escultura y la arquitectura, y las cultiva con tanto empeño como se procura el pan, con el objeto de embellecer la vida, dándole sensaciones agradables.

Nadie ignora la poderosa influencia que sobre el alma ejerce la música, cuyos sonidos armoniosos despiertan en nosotros nobles y tiernos sentimientos. Aun los pueblos salvajes la cultivan, aunque es, naturalmente, tanto por su ejecución como por los instrumentos de que se sirven, mucho más simple y rudimentaria que en los pueblos civilizados.

La poesía es fruto de las civilizaciones más adelantadas. Es también una música, expresada con palabras, en la que se traducen las amarguras, las esperanzas, los anhelos del hombre; en ella se emplea generalmente el verso, que exige una mayor sensibilidad espiritual en quien ha de producirlo. La poesía refleja también las desgracias y prosperidades de los pueblos; así, son poetas nacionales aquellos que cantan los sentimientos de las colectividades, en sus días de júbilo o de infortunio.

El canto es un modo de ser de la música; consiste en sonidos armónicos emitidos por la voz humana, en vez de serlo por los instrumentos.

La escultura, la pintura y la arquitectura son realizaciones de la belleza por medio de la forma, del color y de la línea.

La primera expresa en el mármol, en el bronce, en la cera, etc., las formas naturales de los seres.

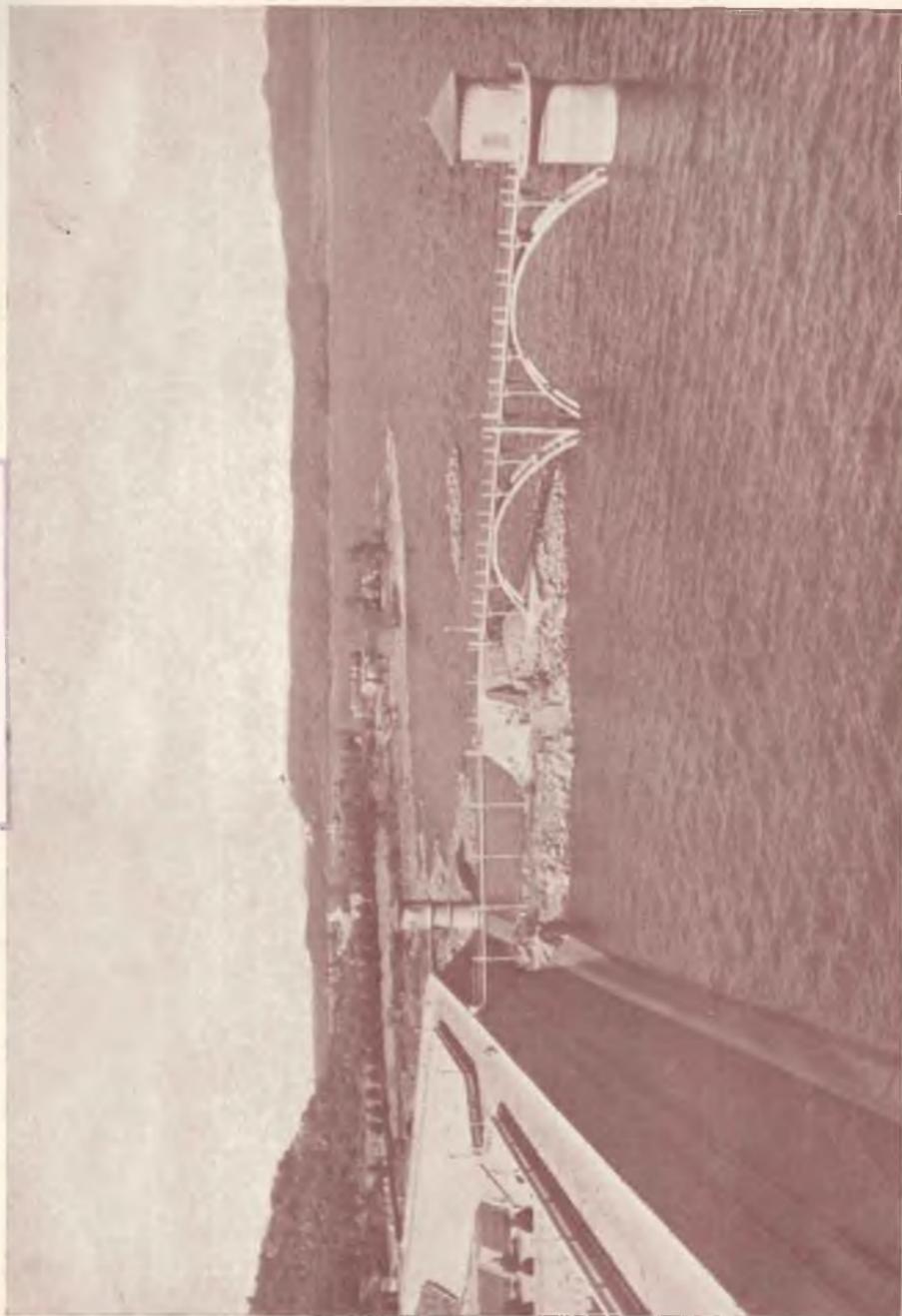
La arquitectura es el arte de proyectar y construir los edificios, cuyas líneas, formas y decoraciones han de obedecer a combinaciones y modelos especiales, llamados estilos. Los más notables de éstos son el griego, el romano, el gótico y el árabe, que se diferencian entre sí por las formas de las cúpulas y por el carácter de las decoraciones.

El hombre primitivo vivió en chozas; el hombre civilizado no sólo quiso casa sólida y cómoda, sino que la deseó hermosa: la arquitectura satisfizo este anhelo.

La pintura, por último, es el arte que reproduce los paisajes, los seres y las cosas por medio del color. Crea también obras imaginarias, productos de la fantasía del artista.

Las bellas artes, según queda dicho, contribuyen a embellecer la vida, educando los sentimientos y estimulando la inteligencia. Con justicia suele apreciarse la cultura de los pueblos por el grado que en ellos ha alcanzado el cultivo de las formas artísticas.

UNIÓN NACIONAL
DE MAESTROS



DIQUE DE EMBALSE DEL RÍO TERCERO. (Córdoba.)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

NOCHE DE PERROS

(De Martín Gil).

En el mes de septiembre — hace ya mucho tiempo — llevaba yo con mi sirviente a la estancia "La Choza", del ilustre doctor Bernardo de Irigoyen, munido de una recomendación de dicho hombre de Estado para su administrador, señor Zalazar, cordobés como yo y muy cumplido caballero, como suelen ser todos los cordobeses. Supongo que a nadie le importará saber a qué iba yo a "La Choza", pero si alguien se interesa, por aquello de que todos quieren meterse en lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su curiosidad: iba yo con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa víscera; me faltaba lo que le sobra al aveSTRUZ: pepsina, y tenía la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna, — de levantarla en el campo. Fuí pues, recibido con todas las atenciones por el señor Zalazar.

—El amigo Gil querrá salir a caballo, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto, señor.

—Pues entonces le haré ensillar el malacara de don Bernardo, su caballo de confianza.

—¡Tanto honor!

Monté en el gran malacara — una especie de cilindro envuelto en grasa — tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdido la noción de sus funciones. El animal se movía de una sola pieza, así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca.

Intentamos galopar, pero en menos tiempo que canta un gallo enano, me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este fenómeno, según Zalazar, se debía a que don Bernardo nunca galopaba, así que el malacara había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto se trabó... y lo demás fué por cuenta exclusiva de la ley de la gravedad.

—Venga, amigo Gil, le mostraré algo muy notable — me dijo Zalazar, señalando una jaula de hierro.

En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala que se abalanzaban furiosos al mirarme.

—Estos son dos perros de raza mastín — me dijo —, traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho, y son mansos con él; pero ya han hecho pedazos (la ropa por lo menos) a varias personas, y los días nublados, cuando salen a retozar a los potreros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas o lo primero que se les presenta: se les prenden al hocico ¡y al suelo!; en seguida colmillo a la garganta y ¡asunto concluído! Eso lo hacen por vía de ejercicio. Ahora los largarán como de costumbre, para encerrarlos al anochecer.

Francamente me hizo poca gracia todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

—Como Ud. estará algo fatigado, —me dijo Zalazar— después de comer lo acompañaré hasta su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros, pues le hemos arreglado pieza en la casa del doctor, así que Ud. y su sirviente serán los únicos habitantes de ella, por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. Viéndome instalado, el señor Zalazar dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua a la mía y yo

me quedé en la galería, no sin sentir un cierto malestar, producido quizá por encontrarme solo de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeado por un bosque tenebroso, y todo esto sumergido en un profundo silencio: el silencio del campo.

La atmósfera estaba pesada, aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana. A cada instante el rayo, con su espada de zig-zag atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas.

Cuando principiaron a caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales, y el exquisito olor a tierra mojada invadió la atmósfera — perfume debido, según Berthelot, a un humilde microbio — resolví acostarme para oír llover a mi gusto.

Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama, a la luz de una vela y a medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis polainas; esos nudos insolubles que no aflojan ni a diente con saliva, y que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro; me hallaba en tal posición, decía, cuando sentí algo así como una de las notas más graves del órgano, y levantando la cabeza vi un perrazo enorme a mi lado, brillándole un par de ojos inmóviles y amarillos como dos esterlinas.

No hay duda que en un gran peligro se piensa más cueradamente que en un percance de poco valor.

Al instante me di cuenta de que si me movía quedaba convertido en menudo picadillo; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco o seis sentidos sobre el mastín. Ignoro qué tiempo pasamos en ese estado, pero algún buen rato

debió ser, porque al fin el perro resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual. Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecía en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza a las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar — si el perro no disponía otra cosa — moviéndome a razón de un centímetro por minuto. Iba yo descendiendo la curva con toda felicidad, repartiendo las miradas entre el animal y las almohadas, cuando sonó con estrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, rugió el perro, levantándose como impulsado por un resorte... Me miró un momento y volvió a echarse, gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar a las almohadas. Después fui subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y expiró, entregando su espíritu a la atmósfera.

De vez en cuando, un relámpago iluminaba la pieza; entonces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio a mi fiel guardián. La situación, al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirme, para evitar ronquidos o cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué, pues, a pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera, pero resultó que se me agotaban todos los temas y el alba no llegaba.

Felizmente, la luna, cual una monja enclastrada y curiosa, asomaba a cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía al frente.

Por fin, la tierra enderezó su lomo, pero recién como a las nueve golpeó la puerta una sirviente y me preguntó si deseaba tomar algo.

— Tomaré el portante — le contesté —, después que saquen este perro.

— ¿Qué dice, señor?

— ¡Que entre y saque este animal!

— Pero, ¿se habrán salido los perros? — refunfuñó la mujer, entrando a la pieza —. ¿Y el otro? — dijo.

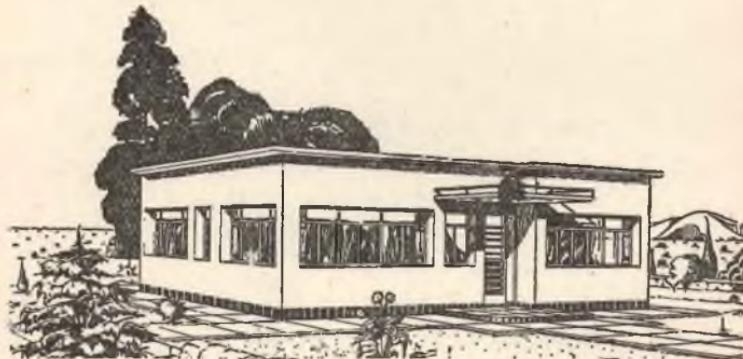
— ¿Qué otro?

— ¡El otro perro!

Entonces se oyó una voz como de ultratumba que decía:

— Aquí está desde anoche... Haga el servicio...

Era el pobre de mi sirviente, que hablaba por entre las mantas y almohadas que se había echado sobre la cara...



Martín Gil. — Escritor y hombre de ciencia argentino, contemporáneo. Dedicado con preferencia al estudio de la astronomía, reside habitualmente en Córdoba, donde nació.



HACIA LAS CUMBRES

(De Belisario Roldán).

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
¡Si es el rumbo de tu vuelo,
bajo el manto azul del cielo,
ese elevado confín
donde el Ande alza sus galas,
lleva en el pico y las alas
un saludo a San Martín!

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dí al patriarca generoso
que el corazón sin reposo
de su pueblo lo acompaña;

y lejos de esa montaña
que alberga al cóndor y a él,
tejen aquí las matronas
para su frente, coronas
de rosas y de laurel...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile que nuestras plegarias
se levantan ofrendarias
y tiene tanto este ruego
de esperanzas y de fuego,
de fe, de luz y de amor,
que si en los Andes ardiera
la nieve se derritiera
de sus rayos al calor...

Ave de dulces cantares
que abandonas estos lares...
Dile en tu alado mensaje
que temblando de homenaje,
en las viviendas tranquilas
cantan versos y hacen hilas
las mujeres... Dile, en fin,
que puro, santo, infinito,
de las almas brota un grito,
este grito: ¡San Martín!



AFIANZAR LA JUSTICIA

Uno de los principales fines perseguidos por los hombres que dictaron la Constitución Nacional, fué el de afianzar la justicia.

Afianzar la justicia significa velar por la tranquilidad social, reprimiendo o castigando los excesos de los que violan las leyes o lesionan los derechos de los demás.

En las naciones en estado de barbarie o de organización política primitiva, el derecho pertenece a los más fuertes, quienes disponen de la vida y de la fortuna de sus conciudadanos, sin otro freno que el de su propia voluntad o poder; pero en las sociedades civilizadas, tanto los fuertes como los débiles están igualmente amparados por las leyes.

Para afianzar la justicia, el poder público dicta leyes y crea los magistrados encargados de aplicarlas. Esos magistrados son los jueces. Se comprende que tales funcionarios, para cumplir su misión con ecuanimidad, deben ser sabios y honestos: sabios, a fin de proceder con acierto en la interpretación de las leyes, y honestos, para no obrar movidos



CABILDO ABIERTO del 22 de mayo de 1810.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

por simpatías o por interés personal. De aquí que la elección de estos funcionarios deba hacerse entre los ciudadanos mejor calificados por su rectitud y competencia.

Es tal la majestad de la justicia, que los antiguos la simbolizaron en la figura de una mujer que tiene en la mano la balanza en que se pesan las acciones o derechos, y en la otra una espada, que significa el poder para aplicar la ley.

Sin embargo, para afianzar la justicia en los pueblos no basta que existan leyes sabias y magistrados prudentes; es necesario, sobre todo, que los ciudadanos tengan la costumbre de acatar aquéllas, más que por el temor a sus sanciones, por el convencimiento de su virtud y por el respeto que inspira la prudencia de quienes las dictan y la rectitud de quienes las aplican.

La sanción de las leyes está reservada al poder legislativo, pero es de advertir que en la antigüedad eran redactadas por los ciudadanos más competentes en la ciencia del derecho, de suerte que el pueblo confiaba en su sabiduría y las acataba sin reservas.

La obediencia a las leyes se obtiene por la educación, que aconseja el respeto a los bienes y a los derechos ajenos. Por eso, solamente en los pueblos cultos puede ser la justicia una conquista social efectiva.

La historia nos enseña que en las naciones poco civilizadas, donde no existe el respeto a las leyes, reina el desorden y el malestar, porque nadie se siente seguro ni en su vida ni en sus bienes.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

virtudes que cimentan la sociedad y la familia: la honradez, la generosidad, el amor a la verdad llevada hasta el sacrificio, el culto a la Patria y la fidelidad intachable, y la fraternidad ejemplar como ninguna. De ella salió profuso el bien para todos, y nunca el mal para nadie".

Ameghino estudió la geología, o ciencia que trata de la formación y estructura de la tierra, y la paleontología, o ciencia que se ocupa de los restos fósiles de los animales y vegetales que existieron en el globo en las épocas primitivas.

Durante cerca de medio siglo — desde su adolescencia — Ameghino se dedicó a excavaciones del suelo, examinando las piedras y los fósiles, y reconstruyendo con éstos las formas de animales desaparecidos.

Descubrió así multitud de seres que eran ya completamente desconocidos; y lo que es más admirable, llegó a la conclusión de que la especie humana tuvo su origen en las pampas argentinas, lo mismo que un gran número de reptiles y de mamíferos. Según sus teorías, los habitantes de América no eran venidos del antiguo continente, sino por el contrario, el hombre primitivo había emigrado de aquí, en épocas antiquísimas.

Puso al servicio de la ciencia tal constancia y abnegación, que puede decirse que vivió para ella, contraído a su afán de saber y de penetrar los secretos más remotos del origen de los seres y del universo. Ocupóse también de invenciones de utilidad práctica, creando un sistema sencillo de taquigrafía.

Ameghino enriqueció los museos de Buenos Aires, La Plata y varios de Europa, con ejemplares de fósiles que desenterró en la Patagonia y en las regiones bonaerenses.

En cuanto a su labor escrita, es enorme, pues sus trabajos científicos comprenden numerosos libros y folletos.

Es lamentable, sin embargo, que este benefactor de la humanidad fuera a menudo olvidado por los gobiernos y por la sociedad, a tal extremo que vivió poco menos que abandonado y pobre. Pero la posteridad ha sabido reconocer los méritos del gran sabio, cuyo nombre es ahora respetado en todos los centros científicos del mundo.

Florentino Ameghino. — Nació en Luján, provincia de Buenos Aires, en 1854 y murió en La Plata en 1911. Sabio naturalista. Entre sus obras citaremos: "Filogenia", "Antigüedad del hombre en el Plata", "Doctrinas y descubrimientos".

UNA ANECDOTA

En el despacho de librería del sabio Ameghino se desarrolló el siguiente diálogo entre don Florencio Basaldúa y nuestro naturalista.

—Deme diez centavos de papel y sobres para cartas.

—Enseguida, señor.

Ameghino volvió a la trastienda, habló en francés con una persona y empezó a acondicionar el pedido. Mientras tanto, la presencia de un animal raro, encerrado en una vitrina puesta sobre el mostrador, atrajo la atención del señor Basaldúa. Era un pequeño monstruo, mezcla de pez y lagarto, con cuatro patas, cola y cabeza de mojarra.

—Oiga, ¿quiere venderme este bicho?

—¿Esto, señor? No, no es para vender.

Basaldúa sonrió. Sospechando con todo fundamento que aquella rareza debía tener gran importancia científica, se había propuesto rescatarla de la ignorancia de su propietario, y en la negativa de éste, vió la *chicana* usual del que trata de encarecer lo más que puede una mercadería. Basaldúa dijo:

—Le doy diez pesos.

—No, señor.

—Veinticinco . . .

—No, señor.

El cliente frunció el ceño. La supuesta usura del bolichero empezaba a fastidiarle. Y declaró:

—Vea, amigo; usted se aprovecha porque ve que el bicharraco ése puede darle mucha plata, como si se tratara de un fenómeno del circo Barnum... Pero sepa lo siguiente: si yo le ofrezco hasta cincuenta pesos, que es darle mucho más de lo que pensaba, es porque...

—Es inútil que insista, señor... Esto no se vende.

—¡Escúcheme!... Le daré cien pesos... Tómelos...

—No, por ningún precio me desprenderé de este animal.

Basaldúa, ya en el colmo de la irritación, terminó su interrumpido discurso con estas palabras:

—¿Sabe usted, amigo, por qué le pago tanto? Porque si bien ni para Vd. ni para mí, que somos profanos en materia de zoología, este bicho raro no tiene ningún interés científico, en manos de un sabio, en cambio, puede ser de gran utilidad. ¿Comprende? Yo lo compro pagándoselo mucho más de lo que para Vd. vale, por la sencilla razón de que quiero regalárselo a un sabio...

—Si es para un sabio, señor, no le cobro nada... Tome y lléveselo...

Y antes de que el airado cliente saliera de su asombro, el librero con cierta timidez, aventuró esta pregunta:

—Hágame el favor, ¿puede decirme para quién es? —Y ante el trabado silencio de su interlocutor, insinuó:

—¿El doctor Burmeister, acaso?

—No, —dijo entonces el señor Basaldúa—, es para alguien que vale mucho más; es para un genio, para un hombre de ciencia que es orgullo de la Argentina. ¡Es para Florentino Ameghino!

—¡Ameghino soy yo, señor...!

La prensa — que así se llama al conjunto de publicaciones diarias y periódicas de un país — ha sido denominada el “cuarto poder del Estado”, en las democracias que pueden disfrutar de las libertades públicas. Se comprende que donde no existe libertad de opinión, la prensa es sólo un instrumento de los que tienen el poder y no la expresión del pensamiento público nacional.

La prensa informa, ilustra y orienta; es en realidad el vehículo del movimiento universal, de los hechos y de las ideas: la más admirable conquista de la civilización. Cuidemos, pues, de que nunca sea anulada por el despotismo, la libertad de pensar y escribir.

LIBERTAD DE IMPRENTA

Entre los derechos que enumera el artículo 14 de la Constitución, hallamos el de “publicar las ideas sin censura previa”. Esta declaración asegura la libertad de imprenta, libertad que aparece consagrada por primera vez en la célebre “Declaración de los derechos del hombre”, sancionada por la Asamblea Constituyente de Francia, el 12 de agosto de 1789. En los Estados Unidos, sin embargo, existía en las costumbres, antes de esa época, la libre emisión de las opiniones, lo que implicaba ya una tolerancia progresista.

En nuestro país, desde los primeros tiempos de la Revolución, los diferentes estatutos garantizaron la libertad de imprenta. Conviene recordar que anteriormente no existía esta libertad; las publicaciones debían pasar previamente por el examen de un tribunal llamado de la censura, de tal modo que solamente eran autorizados aquellos libros y publicaciones favorables a los gobiernos, o que contaran con su aprobación.

La prensa es un factor fundamental de progreso en todos los órdenes de la actividad humana, pues por su medio se divulgan las ideas, los conocimientos y los sucesos. Por otra parte, la libertad de imprenta permite a los ciudadanos el ejercicio de la crítica, tanto de los acontecimientos como de las costumbres del pueblo y de los actos gubernativos. Y tan poderosa es la influencia de la prensa, como reflejo de la opinión pública, que se la llama el "cuarto poder del Estado". La prensa vigila, informa, aconseja y guía respecto de todas las cuestiones que interesan a la sociedad.

La libertad de imprenta es casi ilimitada en nuestro país, pues los gobiernos no pueden poner trabas a las publicaciones, siempre que ellas no sean inmorales ni ataquen la honra de las personas por la calumnia o la injuria. Los abusos cometidos por medio del libro o de la prensa, se llaman delitos de imprenta y son penados por las leyes.

Las opiniones políticas, religiosas y aun las puramente artísticas, llevan en ocasiones a excesos de expresión, de modo que la libertad, desvirtuada en sus fines por el apasionamiento, resulta peligrosa. Porque la prensa, para llenar su misión civilizadora, debe ser honesta y seria, y los escritores prudentes y moderados, a fin de ilustrar y educar al pueblo.

Larga y porfiada ha sido la lucha sostenida por la humanidad para conquistar las libertades públicas, entre ellas la de imprenta. La autoridad absoluta de los reyes y de los poderosos no consentía que el pueblo examinara sus actos, revelara sus errores y abusos o indicara las conveniencias y anhelos generales de la sociedad, pues se consideraban infalibles, dueños y señores de las cosas y personas, de modo que cualquier juicio contrario era tenido por delito. Pero el progreso ha consagrado ya, en todos los pueblos civilizados, el derecho de emitir libremente las opiniones.

OBSEVATORIO NACIONAL
DE MAESTROS



DEL CAMPO ARGENTINO. — Un rodeo de hacienda vacuna.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EL TRIGO

Desde los tiempos remotos ha sido el pan la base de la alimentación del hombre. Egipto fué el granero del mundo antiguo; Grecia y Roma se proveían del trigo egipcio. Por esta causa era tan codiciado el país de los faraones, que los romanos, mandados por Marco Antonio y por Octavio, trataron de conquistarla, para convertirla en colonia romana y aprovechar exclusivamente el trigo que proveían los valles del Nilo. Más tarde, Julio César conquistó las Galias, o sea la Francia actual, porque también ese suelo producía el precioso cereal.

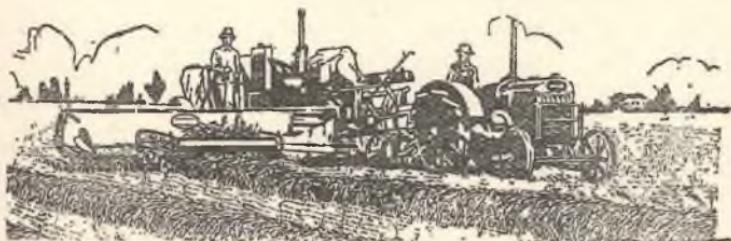
Andando el progreso, el cultivo del trigo ha ido extendiéndose en todas las regiones cuyo clima favorece su producción. En la actualidad, los principales proveedores de este producto, llamados por ello graneros del mundo, son los Estados Unidos, Canadá, Rusia y la Argentina. Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Pampa y Entre Ríos, son las regiones de nuestro país donde se cosecha mayores cantidades de trigo. Hay en él, sin embargo, sobrada tierra para producir tres veces más que en la actualidad, pero carece

de brazos, es decir, de población que pueda dedicarse a la agricultura en mayor escala.

El cultivo de los cereales es fuente de riqueza para los que a esa tarea se consagran, pues son productos de fácil rendimiento y de segura colocación en los mercados de consumo. No sin razón se ha llamado al trigo "grano de oro", significándose con ello su inestimable valor para la economía de un pueblo. ¡Cuánta promesa de bienestar y de felicidad muestran a los ojos los trigales dorados que se dilatan sobre los campos! Las sementeras ondulan al impulso de los vientos, y los millones de espigas que doblegan los flexibles tallos, indican los opimos frutos del trabajo bienhechor.

Lo malo es que nuestros compatriotas prefieren, generalmente, vivir pobres y necesitados, antes que salir al campo a trabajar y labrar su fortuna. Ese empeño de reconcentrarse en las ciudades, cuando toda la Patagonia, apta para el cultivo, está reclamando brazos agricultores, es una de las causas del encarecimiento de la vida, porque aumenta el número de los habitantes que consumen en proporción superior al de los productores.

La Argentina exporta normalmente alrededor de cuatro millones de toneladas de trigo, que representan un valor de trescientos millones de pesos. Ese grano va a satisfacer en otros pueblos lejanos, las necesidades primordiales de la existencia.



La India es cuna de una de las más antiguas civilizaciones del Asia. Realizó el pueblo brahamán tan asombrosas obras de arte, singularmente en arquitectura, que a través de los milenios, hoy podemos todavía admirar, incombustibles, los templos de Madura, de Ellora, de Golconda.

“En la India — se ha dicho — hasta las piedras tienen alma”. Hijo de aquella tierra tan espiritual fué el maestro y poeta Tagore, cuya escuela de Shankianitan, realiza la educación impregnada de poesía, libertad, amor a la naturaleza. No podía ser de otro modo la escuela de un educador poeta.



RABINDRANATH TAGORE

Es uno de los más grandes poetas contemporáneos. Nació en la India, y a través de sus poesías se comprenden los sentimientos y las ideas que atesoran los hijos de aquel país maravilloso. Son ideas y sentimientos en cierto sentido más delicados que los nuestros, como si el alma de aquellos hombres tuviera cualidades que aun no hemos alcanzado los que pertenecemos a razas de civilización occidental.

Tagore es un amante de la naturaleza; sus obras están impregnadas de esa grandiosidad que imprime al espíritu la

contemplación del universo. Canta a las flores, a las plantas, a las estrellas, a los niños, a los ríos, a la noche, etc., con exquisita dulzura y delicadeza. Muchos de sus poemas están traducidos al castellano: entre ellos, "La cosecha", "Tránsito", "La luna nueva", "El jardinero", "Regalo de amante" y un hermoso drama titulado "El cartero del Rey".

Tagore es además un filántropo y un patriota. Su amor a la infancia lo ha llevado a ejercer el magisterio, apostolado al que se dedica con fervor y desinterés. Dirige una escuela, cuyos gastos son costeados con el producto de sus obras literarias.

He aquí, como ejemplo, una de sus páginas, cuyo título es "El hogar".

"Iba yo, lentamente, por la carretera que atraviesa el campo, cuando el sol caído, como un avaro, guardaba en el ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segada ya su mies, yacía silenciosa.

De pronto, se perdió en el cielo la aguda voz de un niño, que cruzara, sin yo verlo, por la oscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos yermos, perdido entre la sombra del plátano, de la grácil palmera, del cocotero y del árbol verdinegro del pan.

Me detuve un momento en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrosa se tendía, abrazando una infinidad de hogares con cunas y lechos, con corazones de madre y lámparas de velada, con vidas jóvenes, alegres de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo".

LA CIGARRA

(De Enrique Banchs).

Cuando hace sol y silencio, y en la sombra de los emparrados tiemblan manchas claras, canta un largo rato la cigarra.

Con su ruido de leño en el fuego, de alero viejo, de eje de carreta, la cigarra sobresalta la paz del medio día. Y la gente, que reposa, levanta la cabeza como si oyese hablar a los árboles.

Nunca se la ve. Es la música escondida de las leyendas, la música del gnomo. Uno se acerca al olmo, donde cree que suenan manojo de espigas agitadas y no ve más que retoños, ramas nuevas, dos o tres hormigas, y en lo alto, muy alto, los puñados de nidos.

Porque el canto de la cigarra siempre está lejos. Delante o detrás, el canto de la cigarra siempre está lejos ¡Ay!, quien la quiera hallar siguiendo su canto, tiene que caminar, caminar, como si fuera tras de la felicidad. Y quién sabe si antes no encuentra a la felicidad sentada en un caracol, con los dedos entrelazados sobre la rodilla y tres o cuatro rosas cerca de sus plantas. Entretanto la cigarra, al oriente o al poniente, ¿quién lo sabría? abre y cierra, poseída de un delirio, las alas suaves y fuertes, como de seda y de oro.

Pero, a veces, cuando ha hecho frío y uno espera ver un poco de escarcha orillando sobre el césped al abrir la puerta en el desperezamiento de la mañana, se suele encontrar algu-

na cigarra aterida, en el camino, debajo de algunas hojas secas, que la brisa ha juntado sobre su frágil cuerpecillo musical.

Quien la quiera vaya pronto por ella, pues ya se sabe que las últimas golondrinas se llevan en el pico las cigarras que encuentran dormidas en el camino, para que anuncien las vendimias en tierras de estío.

Pero si alguien las halla, las envuelve en un vellón y las lleva al amparo de un calor, al rato despiertan y renuevan la canción que ha sosegado el frío, lo mismo que si estuviesen en el árbol, desde el cual ven pasar los rebaños y los pastores que golpean con sus bastones herrados.

Entonces, a la hora en que se pone el mantel y se parte sobre la mesa el pan familiar, se oye de pronto que la casa se hace sonora y también los corazones.

Un atardecer de verano, se durmió un mendigo al pie de un árbol. Las ramas más bajas subían y bajaban acariciándole la frente, como manos maternales sobre una cuna. Este era un viejo mendigo sin madre, pero en la naturaleza nada es huérfano y las ramas bajaban y subían tocándole los hombros. Este era un viejo mendigo sin casa, pero en las noches de verano es el cielo apacible y suave como un hogar de ancianos y mórbida la hierba susurrante. Este era un viejo mendigo solitario.

Unos sueños vagabundos le encontraron dormido y burlándose de él, dándole a creer que estaba todavía, como en una lejana juventud, junto a una su hermana que lánguidamente hacía sollozar un piano. Y por la ventana se veían surtidores en la sombra... De lejana juventud lo ilusionaron...

En eso, la noche sacudió tres o cuatro pétalos de nieve, de una menuda nieve de fin de estío y cayó una cigarra.

Al despertar, el hombre se alzó y caminó. La cigarra había caído sobre su pecho, se metió entre sus ropas y la llevaba consigo.

También se metió entre sus ropas, el árido olor cereal al cruzar un trigal.

La cigarra sintió latir el corazón del hombre pobre, con el ruido igual al de las ramas que se mueven, y cantó al calor de su corazón.

El mendigo la oyó, pero no supo que la llevaba consigo,

Ya se sabe: el canto de la cigarra siempre está lejos.



LOS ARBOLES

Si viajando alguna vez por llanuras interminables, bajo los rayos de un sol ardiente y sofocados por el calor, habéis divisado a la lejos un árbol, una arboleda o un bosquecillo, es seguro que vuestro corazón se habrá sentido aliviado de la fatiga, ante la esperanza de hallaros muy pronto gozando de un grato descanso, al amparo de la sombra. Y habréis mirado al árbol como a un viejo y buen amigo, siempre fiel y servicial.

En efecto, los árboles nos prestan innumerables beneficios: nos dan su fruto para la alimentación; leña para nuestro hogar; maderas para nuestros muebles y para la construcción de casas, puentes, vehículos, etc.; productos medicinales para conservar la salud y sombra para ampararnos contra los rigores del sol y la inclemencia de las tempestades.

Ya los hombres de la antigüedad reconocieron las virtudes de los árboles, si bien no se cuidaron de protegerlos contra las devastaciones. Un proverbio árabe dice que un hombre no ha cumplido su misión en la tierra: "si no ha escrito un libro, o no tiene un hijo, o no planta un árbol". Prueba esto que aun en los pueblos de civilización primitiva se amó a los árboles y se comprendió la importancia que tienen respecto de nuestra vida.

Muchas especies de árboles son famosas; así los cedros del Líbano, con cuya madera el rey Salomón hizo construir en Jerusalén un templo magnífico; el sicomoro, árbol gigan-

tesco que en los desiertos áridos del África protege con su sombra a los que en ellos se aventuran; el ombú de nuestras pampas, que también sirve de asilo y amparo a los viajeros; el nogal de Italia, excelente para la fabricación de riquísimos muebles; el sándalo, de madera olorosa, muy estimado en el comercio de Oriente, desde tiempos remotos.

Para honrar a las plantas, los griegos imaginaron una hermosa leyenda. Según ella, la diosa Ceres habría sido la iniciadora de los cultivos, enseñando a los hombres a arar la tierra e indicando los vegetales correspondientes a las distintas estaciones del año. El suelo, en un principio árido, adquirió así fecundidad y la germinación de las semillas tuvo lugar gracias a la protección de aquella divinidad mitológica, que de este modo procuraba el bien del pueblo heleno, el cual, en reconocimiento de los dones recibidos, erigió un templo a la diosa.

Pero no sólo el hombre sino todos los seres vivientes tienen motivos de gratitud para con los árboles, pues no se olvide que los animales hallan en ellos alimento y protección. Así, por ejemplo, no se concibe sin árboles la existencia de los pájaros.

Es sabido, por otra parte, que los árboles atraen la lluvia, por lo que se explica que en las regiones desérticas, la plantación de árboles sea afán primordial de los habitantes.

En nuestro país existen sociedades forestales, cuya misión es estimular el cultivo de los árboles y evitar su destrucción inmoderada. Estas sociedades suelen premiar el esfuerzo de los hombres que se dedican a la propagación de los bosques.



LA COSTURERA

(De Ernesto Mario Barreda).

La máquina de coser
canta su canción de prisa,
mientras la buena mujer
va cosiendo una camisa.

Sobre su espalda encorvada
la lámpara da el reflejo:
y parece cobijada
con un manto de oro viejo...

Y la tela que viene y la tela que va...
y que nunca se rompe ni aja,
y la rueda, traca, traca, tra...
y la aguja que sube y que baja...

De las paredes blanqueadas
penden cromos y retratos,
y esas frágiles monadas
de los bazares baratos.

Una niña pensativa
sobre un libro aprende a leer,
mientras canta fugitiva
la máquina de coser.

Y la hora que suena y se va . . .
y el pan y el amor que nunca van juntos,
y la rueda, traca, traca, tra . . .
y la punta que deja su línea de puntos.

La tela a ratos se espesa
en una encrespada ola,
y cuelga desde la mesa
como si fuera una cola.

Mientras la mujer prolíja
sigue su trabajo diario,
y la acompaña su hija
que aprende el abecedario . . .

Y en tanto la suerte marcha volandera,
mostrando su avaro y hurano cariz:
cose, cose, cose, buena costurera.
cose la camisa del hombre feliz . . .

LA PROPIEDAD PRIVADA

Antiguamente el derecho de propiedad era absoluto; es decir, que el dueño de una cosa podía disponer de ella libremente. Tanto las personas como las naciones, por el hecho de haber ocupado antes que otro un pedazo de tierra, por ejemplo, se hacían sus propietarios y nadie podía privarlas de los bienes así adquiridos, como no fuese por la fuerza. Lo mismo ocurría con cualquier otra cosa: un animal, una piedra o un vehículo, que no tuvieran señales de pertenecer ya a alguien. El derecho individual de la propiedad era sagrado, y el propietario poseía la facultad de matar o esclavizar a quien atentara contra él.

En la antigua Roma, cada propietario trazaba un surco por los límites de su campo, y ese trazo era inviolable. Los ciudadanos admitían la protección de seres sobrenaturales, llamados dioses Términos, que amparaban la propiedad; y era una profanación no respetarlos estrictamente. También las ciudades eran fundadas dentro de límites marcados con arado, o de otra manera, y los que violaban esa línea sufrían pena de muerte. Se dice que debido a un desacato semejante, Remo fué muerto por su hermano Rómulo, cuando fundaron Roma, en el año 753 antes de Cristo.

Poco a poco, sin embargo, los hombres fueron comprendiendo que el derecho de propiedad no puede ser ilimitado. La sociedad tiene grandes intereses relativos a la higiene, al orden, a la tranquilidad pública, y estos intereses comunes están por encima de la conveniencia individual. Así,

el propietario no puede levantar en su terreno una chimenea, instalar una fábrica o depositar desperdicios, sino conforme a las ordenanzas municipales, de manera que no signifique ello peligro para la seguridad o la salud públicas.

Nuestra Constitución asegura a los habitantes el derecho de usar y disponer libremente de la propiedad; es decir, de venderla, cederla, explotarla, abandonarla o destruirla, según convenga a sus intereses; pero este derecho está sujeto a las conveniencias de la comunidad. Nadie puede, por ejemplo, prender fuego a su casa o a su campo, porque pondría en peligro inminente a los vecinos.

La propiedad es inviolable, en el sentido de que nadie puede ser privado de ella sin causa; la Constitución expresa que solamente por razones de utilidad pública, un habitante puede ser desposeído de lo que le pertenece. Este acto se ejecuta mediante una ley llamada de expropiación.

Se adquiere la propiedad de una cosa por legado, por herencia, por donación, por prescripción, por compra, etc., según las formalidades que las leyes imponen.

El respeto a la propiedad ajena es una condición necesaria para la tranquilidad social.

ALMA FUERTE



Su nombre era Pedro Bonifacio Palacios, pero él firmaba con el seudónimo de "Almafuerte", por el que es mejor conocido del público. Y a fe que el nombre adoptado encarnó acabadamente el carácter varonil y rebelde, al par que bondadoso, de este poeta filántropo. Su personalidad es inconfundible; fué realmente un inspirado y un espontáneo, como poeta y como hombre. Escribía

como hablaba; es decir, vibrante y apasionadamente, con violencia a veces.

Dice de él un biógrafo, que "jamás permaneció quieto durante diez segundos, movido por una constante actividad interior; para calmar su inquietud, fumaba continuamente. Cuando se sentía alegre, se prodigaba en bondades y atenciones, mostrándose amable y exquisito; pero cuando se indignaba, rugía como una fiera, manifestándose duro y agresivo".

Tenía conciencia de su genio, y ni la pobreza ni las adversidades que sufrió consiguieron abatir su espíritu; cuan-

to mayor era su infortunio, brotaban sus versos más robustos y elocuentes.

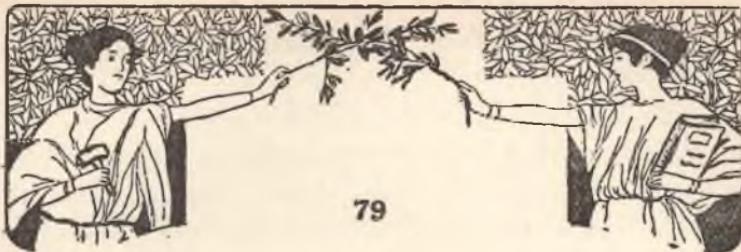
Corazón piadoso, sentía grande amor por los pobres, los enfermos y los humildes, y como buen patriota, se indignaba ante las desgracias de su pueblo. Amigo de los niños, les dedicó constantemente sus desvelos, pues también fué maestro. Reunía generalmente a sus discípulos a la sombra de un árbol y allí, al aire libre, les explicaba sus lecciones con el entusiasmo y la elocuencia de un apóstol. Los niños le admiraban y le querían, lo que llenaba de orgullo al noble poeta.

A propósito de su filantropía, se refiere que en cierta ocasión fué hallado durmiendo envuelto en la bandera de la Patria. El día anterior había cedido su único abrigo a una pobre mujer desamparada.

Numerosas anécdotas y los rasgos de su propia vida revelan la despreocupación que tenía por las cosas materiales. Puede decirse que vivió para la poesía, entregado por entero al culto de la belleza y del bien.

El fallecimiento del poeta enlutó a la República, pues las letras perdieron con él uno de los principales virtuosos, y los desheredados su más abnegado protector.

Pedro B. Palacios. — Nació en San Justo, provincia de Buenos Aires, el 23 de mayo de 1854. Murió en La Plata en 1917. Entre sus poesías más notables citaremos: "El misionero", "La sombra de la Patria", "Jesús", "Vigilias amargas", "Milongas clásicas".



EL DIA DE LA RAZA

En varios países de América se ha fijado como "Día de la Raza" el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento del nuevo mundo. Celébrase con este motivo el acontecimiento histórico de mayor trascendencia en la vida de la humanidad, cual fué el hallazgo de un continente ignorado, y al mismo tiempo se rememoran los hechos realizados por la raza latina, en el constante desenvolvimiento de la civilización.

Dióse el nombre de latinos a los primitivos pobladores del Lacio, o sea de la región donde se fundó la ciudad de Roma y que actualmente ocupa la capital de Italia, después de haber sufrido innumerables transformaciones. Los romanos conquistaron con el tiempo casi todos los pueblos de Europa, imponiéndoles sus costumbres, sus leyes y su idioma, que era la lengua latina.

Cuando el vastísimo imperio romano decayó, invadido y conquistado por los hombres del norte, a quienes llamaron bárbaros, quedó desmembrado en varias nacionalidades que siguieron hablando el latín, el cual gradualmente fué corrompiéndose, es decir, modificándose, hasta que en el transcurso de los siglos cada una de ellas llegó a poseer un idioma propio, derivado de aquél. Así tuvieron origen, entre otras, las lenguas italiana, francesa, española y portuguesa. Tales

idiomas pasaron a la América con los conquistadores y colonizadores, y al independizarse de la metrópoli, las que fueron colonias españolas heredaron el habla castellana, mientras que el Brasil, colonizado por los lusitanos, adoptó el portugués.

Esta comunidad de hombres, cuyas lenguas se originaron en el latín, constituye la raza latina. Ello importa saber que poseen un origen común, aunque actualmente habiten distintos territorios, con diferentes costumbres, caracteres y tradiciones.

De este modo, Francia, Italia, Portugal, España y los países americanos, con excepción de Estados Unidos y Canadá, están poblados de hombres latinos, y el día de la raza tiene para estos pueblos el alto significado de hacerles evocar su procedencia común, las conquistas que realizaron, los grandes hombres que de su seno han salido y las empresas gloriosas que acometieron, ensanchando los límites del mundo conocido y trabajando por el progreso humano.

Podríamos considerar a estas naciones como a miembros de una misma familia, en la que cada uno, habiendo tomado distinto rumbo, ha ido a vivir en diversos parajes de la tierra; pero que anualmente se reúnen, si no de hecho, al menos con el pensamiento, para celebrar el natalicio del abuelo, tronco y origen de aquélla. En esta oportunidad se renuevan los vínculos de afecto y las promesas de vivir en paz, cooperando cada uno de ellos al mayor bienestar del género humano.

En consecuencia, es la fiesta de la raza un acto en que se afirma la solidaridad de los pueblos de común ascendencia, y tal significado histórico abarca a más de doscientos millones de habitantes.

Edmundo de Amicis (1846-1908) es uno de los escritores italianos más eminentes de su época, particularmente en el género de la novela. Con “Cuore”, considerada su obra maestra, logró nombradía universal. Narra en ella, magistralmente en forma de diario, la vida de un pequeño escolar. Uno de sus admirables capítulos es la página que va a continuación.

CARTA DE MI PADRE

(De Edmundo de Amicis).

Sí, querido Enrique, el estudio es duro para ti, como dice tu madre; no te veo ir a la escuela con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que yo quisiera. Tú eres algo terco; pero oye: piensa un poco qué mísera y despreciable sería tu existencia si no fueses a la escuela. Juntas las manos, al cabo de una semana pedirías de rodillas volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, harto de tus juegos y de tu vida. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos, después de haber trabajado toda la semana; en los soldados que echan mano de los libros y de los cuadernos cuando vuelven cansados de los ejercicios; piensa en los niños mudos y ciegos, que sin embargo estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y escribir.

Piensa por la mañana cuando sales, que en ese mismo momento, en tu propia ciudad, otros treinta mil muchachos van como tú a encerrarse por tres horas en el aula a estudiar.

¡Pero qué mucho! Piensa en los innumerables niños que a esas mismas horas, poco más o menos, van a la escuela, en todos los países; míralos con la imaginación, cómo marchan por la callejuela silenciosa de la aldea, por las calles rumorosas de las ciudades, por la orilla de los mares y los lagos, ya bajo un sol ardiente, ya entre la niebla; en barcas en los países atravesados por canales, a caballo por las grandes llanuras, en zuecos sobre la nieve, por valles y colinas, a través de bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas; solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos, hablando miles de lenguas, desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre los hielos, hasta las de Arabia, a la sombra de las palmeras; millones de niños, todos a aprender, en cien formas diversas, las mismas cosas. Imagina este vastísimo hormiguero de criaturas de cien pueblos, este inmenso movimiento del que formas parte, y piensa: Si este movimiento cesase, la humanidad volvería a la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. ¡Animo, pues, pequeño soldado del inmenso ejército! Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla es la tierra entera, y la victoria la civilización humana. ¡No seas un soldado cobarde, Enrique mío!

Tu padre.

LA PANTORRILLA DEL COMANDANTE

(De Ricardo Palma).

Cuzco, 3 de diciembre de 1822.

"Mi querido paisano y compañero: Aprovecho para escribirte, la oportunidad de ir el capitán D. Pedro de Uriondo con pliegos del Virrey para el general Valdez. Uriondo es el malagueño más entretenido que madre andaluza ha echado al mundo. Te lo recomiendo muy mucho. Tiene la manía de proponer apuestas por todo y sobre todo, y lo particular es que siempre gana. Por Dios, hermano, no vayas a incurrir en la debilidad de aceptarle alguna, y haz esta preventión caritativa a tus amigos... Uriondo se jacta de que jamás ha perdido una apuesta, y dice verdad. Con que así, abre el ojo y no te dejes atrapar... Siempre tuyo,

Juan Etcherry."

Contestación:

Sama, 28 de diciembre de 1822.

"Mi inolvidable camarada y pariente: Te escribo sobre un tambor, en momentos de alistarse el batallón para emprender marcha a Tacna, donde tengo por seguro que vamos a copar al gaucho Martínez, antes de que se junte con las tropas de Alvarado, a quien nos proponemos después hacer

bailar el "zorongo". El diablo se va a llevar de esta hecha a los insurgentes. Ya es tiempo que cargue Satanás con lo suyo y de que las charreteras de coronel luzcan sobre los hombros de este tu invariable amigo.

Te doy las gracias por haberme proporcionado la amistad del capitán Uriondo. Es un muchacho que vale en oro lo que pesa, y en los pocos días que lo hemos tenido en el cuartel, ha sido la niña bonita de la oficialidad. ¡Y lo bien que canta el dianbre de mozo! ¡Y vaya si sabe hacer hablar a las cuerdas de una guitarra!

Mañana saldrá de regreso para el Cuzco, con comunicaciones del general para el Virrey. Siento decirte que sus laureles como ganador de apuestas van marchitos. Sostuve esta mañana que el aire de vacilación que tengo al andar, dependía, no del balazo que me plantaron en el Alto Perú, cuando lo de Huaquí, sino de un lunar, grueso como un grano de arroz, que según él afirmaba como si me lo hubiera visto y palpado, debía yo tener en la parte baja de la pierna izquierda. Agregó con el aplomo digno del físico de mi batallón, que ese lunar era cabeza de vena y que andando los tiempos, si no me lo hacía quemar con piedra infernal, me sobrevendrían ataques mortales al corazón. Yo, que conozco los alifafes de mi agujereado cuerpo y que no soy lunarejo, solté a reír. Picóse un tanto Uriondo y apostó seis onzas a que me convencia de la existencia del lunar. Aceptarle equivalía a robarle la plata, y me negué; pero insistiendo él tercamente en su afirmación, terciaron el capitán Murrieta, nuestro paisano Goytisolo, el teniente Silgado, el padre Marieluz, que está de capellán en la tropa y otros oficiales, diciéndome todos: "Vamos, comandante, gáñese esas peluconas que le caen de las nubes".

¿Qué habrías hecho tú en mi caso? Lo que yo hice, seguramente. Enseñar la pierna desnuda para que todos vie-

sen que en ella no había ni sombra de lunar. Uriondo se puso más rojo que un camarón y tuvo que confesar que se había equivocado. Y me pasó las seis onzas, que se me hizo cargo de conciencia aceptar; pero que al fin tuve que guardarlas, pues él insistió en declarar que las había perdido en toda regla. Contra tu consejo, tuve la debilidad de aceptarle una apuesta a tu conmigo desventurado malagueño, quedándome más que el provecho de las seis amarillas, la gloria de haber sido el primero en vencer al que tú considerabas invencible... Tocan en este momento llamada y tropa. Dios te guarde de una bala traidora y a mí... lo mismo.

Domingo Echizarraga."

Nueva carta:

Cuzco, enero 10 de 1823,

"Compañero: ¡Me... fundiste! El capitán Uriondo había apostado conmigo treinta onzas a que te hacía enseñar la pantorrilla el día de Inocentes. Desde ayer, hay, por culpa tuya, treinta peluconas de menos en el exiguo caudal de tu amigo, que te perdoná el candor y te absuelve de la desobediencia al consejo.

Juan Etcherry."

En la desierta isla de Santa Elena, en medio del océano Atlántico, está aún de pie la residencia de Longwood donde murió el héroe máximo de Francia.

Napoleón Bonaparte, el Emperador Napoleón I, denominado el Grande, es el prototipo del genio, como lo ha calificado Goethe. Nunca ese gran espíritu tuvo un pensamiento vilano, una idea insignificante: en la guerra, arte en el que fué maestro y creador inigualado, en la política, en las bellas letras, estimuladas por su genio, siempre sugirió concepciones grandiosas, destinadas a perdurar en los siglos. Recomendamos la lectura de "Napoleón" por Emil Ludwig, biografía de una existencia prodigiosa.



N A P O L E O N

Este hombre extraordinario, que llenó el mundo con su nombre y con la gloria de sus batallas durante un cuarto de siglo, merece de los estudiosos cuidadosa atención. Como guerrero superó las hazañas del romano Julio César y del cartaginés Aníbal Barca.

Napoleón Bonaparte nació en la pequeña isla de Córcega, de donde pasó a Francia para seguir la carrera militar. Al estallar la revolución de 1789, — que proclamó los derechos del hombre, — era ya Napoleón teniente de artillería y pronto hubo de actuar en la guerra que Francia sostuvo

contra la Europa reaccionaria. A poco, sus condiciones de estratega se revelaron al frente de los ejércitos franceses, en la campaña de Italia.

Ascendió a Cónsul de la nueva república, y en 1805, en el apogeo de su carrera, se hizo proclamar Emperador. Toda Europa se armó contra Napoleón; pero las huestes imperiales, corriendo al encuentro de sus enemigos, triunfaban en todas partes y sometían a las naciones vencidas.

No obstante, fundado y sostenido por la fuerza de las armas, este poderío debía ser transitorio, y sucedió así que pocos años después la reacción europea derribó al imperio.

Sin duda fué Napoleón un guerrero ambicioso, dotado de clara inteligencia y de extraordinaria audacia; pero nosotros nos ocuparemos de él solamente en calidad de gobernante.

Amó mucho a su Patria y cuidó especialmente de engrandecerla. Para ello, mientras recorría lejanos países, triunfante al frente de sus legiones, no olvidaba la administración del suyo, y ordenaba la construcción de puentes, caminos, canales, monumentos, edificios públicos, avenidas y paseos. Creó escuelas de medicina y de derecho; dispuso la formación de un código que lleva su nombre, a fin de establecer leyes uniformes en el imperio; protegió a los artistas, a los industriales y a los sabios. Puede decirse que el Emperador estaba en todas partes, disponiéndolo todo y dirigiéndolo todo.

De esta manera su Patria se enriqueció, no solamente con el producto de las conquistas, sino también con los frutos de la civilización que el Emperador estimulaba.

Los defectos que tuvo este hombre admirable, desaparecen ante sus grandes obras. El llevó a los pueblos de Europa el espíritu de libertad, que Francia acababa de proclamar, y este solo hecho bastaría para inmortalizar su nombre.

Cuando Napoleón cayó en 1815, después de la derrota de Waterloo, el mundo quedó vacío, según la expresión de un historiador: tal era la grandeza de este genio incomparable.

Prisionero de los ingleses, fué desterrado a la desierta isla de Santa Elena, donde murió en 1821.

Los restos del famoso guerrero están hoy en el cuartel de los Inválidos, en la ciudad de París, rodeados de los trofeos conquistados en sus campañas. Duerme el coloso a orillas del Sena — según fué su deseo — junto al pueblo francés, que tanto amara.

Napoleón Bonaparte. — Nació en Ajaccio (Córcega) en 1769 y murió en Santa Elena en 1821. Emperador de Francia, con el nombre de Napoleón I.

MAXIMAS MORALES

(De Francisco La Rochefoucauld).

1. Mayores virtudes se necesita para sostener la buena fortuna, que para soportar la mala.
2. Tenemos más fuerza que voluntad. Muchas veces sólo por excusarnos a nosotros mismos, nos imaginamos que las cosas son imposibles.
3. Los que se aplican demasiado a las cosas pequeñas, se hacen ordinariamente incapaces de las grandes.
4. Más vergonzoso es desconfiar de nuestros amigos, que ser engañados por ellos.
5. Pocas personas hay bastante discretas, para preferir la censura que les es útil, a la alabanza que las traiciona.
6. El perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que se sería capaz de hacer delante de todo el mundo.
7. El bien que hemos recibido de alguno, exige que respetemos el mal que nos hace.
8. La verdadera elocuencia consiste en decir todo lo que hay que decir, y nada más que lo que hay que decir.

9. Muchas personas aprecian el bien, pero muy pocas saben hacerlo.

10. Las ocasiones nos hacen conocer a los otros y todavía más a nosotros mismos.

11. Alabar de buen corazón las bellas acciones, es participar de ellas, en cierto modo.

12. Un necio es de muy baja condición para ser bueno.

13. Cuando nuestros amigos nos han engañado, no debemos más que indiferencia a sus señales de amistad; pero debemos siempre ser sensibles a sus desventuras.

14. El primero de los bienes, después de la salud, es la paz interior.

15. ¿Cómo queremos que otros guarden nuestros secretos, si no podemos guardarlos nosotros mismos?



EL PERRO

(De Jorge Luis Buffon).

El perro, fiel al hombre, conservará siempre parte de su dominio, un grado de superioridad sobre los demás animales; él mismo reina a la cabeza del rebaño, del que se hace oír mejor que la voz del pastor: la seguridad, el orden y la disciplina son el fruto de su vigilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, que conduce, que protege, y contra el cual jamás emplea la fuerza sino para mantener la paz. Pero en la guerra contra los animales enemigos o independientes, es cuando brilla todo su valor y se despliega toda entera su inteligencia.

El perro, además de la belleza de su forma y de su vivacidad, fuerza y ligereza, tiene en el más alto grado todas las cualidades interiores que pueden atraerle el cariño del hombre. Un natural ardiente, colérico, aun feroz y sanguí-

nario, que en el perro salvaje infunde recelos a todos los animales, cede en el perro doméstico a los sentimientos más cariñosos, al placer de apegarse y agradar. Viene arrastrándose, a poner a los pies de su dueño su valor, su fuerza, sus habilidades; aguarda sus órdenes para ejecutarlas; le consulta, le interroga, le suplica; basta con una mirada, pues comprende los signos de su voluntad. Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, tiene todo el calor del sentimiento; posee en mayor grado que éste la fidelidad, la constancia en sus afecciones; ninguna ambición, ningún interés, ningún deseo de venganza, ningún temor sino el de desagradar; él es todo celo, todo ardor y todo obediencia. Más sensible al recuerdo de los buenos oficios que al de los ultrajes, no se desalienta a causa de los malos tratos; los sufre, los olvida, o los recuerda únicamente para apegarse más; lejos de irritarse o huir, se expone de por sí a nuevas pruebas: lame esa mano, instrumento de dolor, que acaba de pegarle, no poniéndole más que quejidos, y desarmándola con su resignación y rendimiento.

LA GRATITUD

(De Silvio Pellico).

Si para con todos los hombres nos obligan sentimientos afectuosos y benévolas maneras, ¿cuán mayores no deberán ser para con los seres generosos que nos han dado pruebas de amor, de compasión, de indulgencia? Nadie que nos haya aconsejado o auxiliado, comenzando por nuestros padres, debe quejarse nunca de nuestra poca memoria de sus beneficios.

Con las demás personas podemos ser algunas veces severos, o poco prodigos en amabilidad, sin cometer una gran falta; pero con las que nos fueron útiles, ya no nos es lícito despreciar la menor ocasión para no ofenderlos, ni causarles sinsabores, y para mostrarnos, al contrario, prontos a defenderlos y consolarlos.

Muchos, cuando su bienhechor adquiere o parece adquirir excesiva idea del bien que ha hecho, se irritan contra él y suponen que esto les libra del agradecimiento. Muchos también, que tienen la bajeza de avergonzarse de haber recibido un beneficio, se ingenian en pensar que fué hecho por interés o por ostentación; otros hay que luego que les es posible, se apresuran a compensar el beneficio para quitarse el peso del reconocimiento, y se creen liberados de los miramientos que éste impone.

Todas las artimañas para justificar la ingratitud son vanas; el ingrato es un ser vil, y para no caer en semejante bajeza, es necesario que el reconocimiento no sea mezquino.

Si el benefactor se envanece con lo que le debes, si no tiene contigo la delicadeza que deseares, y no está claramente probado que han sido motivos generosos los que le indujeron a serte útil, no eres tú quien debe juzgarlo. Echa un velo sobre todas sus faltas y ten sólo presentes los bienes que de él has recibido. Tenlos presentes aun cuando los hayas devuelto y centuplicado.

Es lícito algunas veces para el agradecido no publicar el beneficio, pero cada vez que te dice la conciencia que hay una razón para publicarlo, no te dejes dominar de una miserable vergüenza y confíesate a la mano amiga que te ha socorrido. "Hay frecuentemente ingratitud en dar las gracias a solas" — dice el moralista Blanchard.

Sólo es bueno el que se muestra reconocido a los más pequeños beneficios: el agradecimiento es el alma del amor filial, del amor por los que nos aman, del amor por la sociedad humana, a la que somos deudores de tanta protección y de tantos placeres.

Cultivando con reconocimiento todo el bien que recibimos de los hombres, adquirimos más fuerza y calma para soportar los dolores, y mayor disposición para la indulgencia.



EL ARABE Y SU CABALLO

(De Alfonso de Lamartine).

Un árabe y su tribu habían atacado en el desierto a la caravana de Damasco; la victoria era completa y los árabes estaban ocupados en cargar el rico botín, cuando los jinetes turcos del Bajá de Acre, que venían al encuentro de esta caravana, se precipitaron de improviso sobre los árabes victoriosos, mataron a un gran número de ellos, hicieron prisioneros a los demás, y, habiéndolos atado con cuerdas, los llevaron a Acre para regalarlos al Bajá.

Abu-el-Marsch, tal era el nombre de este árabe, había recibido una bala en el brazo durante el combate; como la herida no era mortal, los turcos le habían atado sobre un

camello, y habiéndose apoderado del corcel, se llevaban caballo y caballero. En la tarde del día en que debían entrar en Acre, acamparon con sus prisioneros en las montañas de Japhrat. El árabe herido tenía las piernas atadas con una correa de cuero y estaba tendido cerca de la tienda donde dormían los turcos. Durante la noche, que la pasó en vela por el dolor de su herida, oyó relinchar su caballo en medio de los demás, manejados alrededor de las tiendas, según la costumbre de los orientales; reconoció el relincho del animal, y no pudiendo contener el deseo de ir a hablar una vez más con el compañero de su vida, ayudándose con las manos y las rodillas, llegó hasta su corcel. "Pobre amigo, le dijo, ¿qué harás tú en medio de los turcos? Estarás encerrado en medio de las bóvedas de un klan, con los caballos de un Ajá o de un Bajá; las mujeres y los niños no te llevarán ya la leche del camello, la cebada o el dura en la palma de la mano; ya no correrás en el desierto, libre como el viento de Egipto; ya no dividirás con tu pecho el agua del Jordán que refrescaba tu pelo tan blanco como su espuma; ¡que a lo menos, si quedo esclavo, tú seas libre! Vamos, parte, regresa a la tienda que tú conoces; ve a decir a mi mujer que Abu-el-Marsch ya no volverá, e introduce tu cabeza en la cortina de la tienda, para lamer la mano de mis hijitos".

Hablando así, Abu-el-Marsch había roído con los dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve para manear a los caballos árabes, y el animal estaba libre; pero viendo a su amo herido y encadenado a sus pies, el fiel e inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua

podría explicar; bajó la cabeza, olfateó a su amo, y agarrándole con sus dientes por el cinturón de cuero, partió al galope y lo llevó hasta su tienda. Al llegar y arrojar a su amo a los pies de su mujer, sobre la arena, el caballo expiró de cansancio. Toda la tribu lo lloró, le cantaron los poetas y su nombre está en boca de todos los árabes de Jericó.

Alfonso de Lamartine. — Nació en 1790 y murió en 1860. Célebre poeta francés. Fué también político y ocupó altos cargos públicos en su patria.



LA IMPRUDENCIA

(Fábula del Panchatantra).

Un cierto tintorero
tenía un asno que durante el día
para el amo servía
como cualquier obrero,
pero de noche libre discurría,
vagando por el campo a su placer
hasta el amanecer,
en que a su ruda ocupación volvía,
o, sin saber qué hacer,
íbase a echar, despreocupado y manso,
un sueño dulce en plácido descanso.

Una vez en su gira nocturnal
trabó franca amistad con un chacal,
y en la vecina huerta
como no viesen vigilancia alguna,
confiado el asno y el chacal alerta,

a comer calabazas
entraron ambos, y con tal fortuna
que desde aquella noche
volvieron a comer a troche y moche,
por parecerles muy gracioso y bueno
ir a robar en el cercado ajeno.

Embebido en la luz de las estrellas,
quiso cantar sus íntimas querellas
el asno, cierta noche. — "Camarada,
dijo, esta hermosa claridad lunar
quisiera celebrar
cantando una balada".

— "Amigo, no es prudente
que te dé por cantar precisamente;
aquí somos ladrones
y debemos andar con gran recato;
tu canto es, además, tan poco grato
que a los guardias del campo alarmaría,
y entonces ¡sabe Dios
qué aprietos a los dos
tu poca discreción nos costaría!"

— "Tú eres sólo un salvaje
que vives solitario en el boscaje,
e ignoras que en amable compañía,
al claro de la luna
es grata la fortuna
de escuchar una dulce melodía".

— "Lo sé —dijo el chacal—, pero tú espantas cuando rebuznas, pues que tu no cantas".

— "Escucha, y ya verás si sé cantar".

— "Amigo, le repuso, si a porfía pretendes rebuznar,
a la puerta me iré del valladar
para ver y avisar
si viene algún vigía".

Hízolo así, y el asno alegramente soltó su canto áspero, estridente; los guardias que lo oyeron al cercado acudieron y hallándole en su música embebido, tantos palos le dieron que le dejaron mísero y molido.

Y luego, para burlas y vergüenza, como medalla inmensa colgáronle un mortero del pescuezo, que le obligaba a andar solemne y tieso.

Cuando le vió el chacal en tal estado, movido a risa, dijo al desdichado:

— "¡Justo castigo es ése a tu imprudencia:
¿no quisiste cantar? . . . Pues ¡ten paciencia!"



Cervantes no ha sido superado en las letras castellanas, que cuentan sin embargo con tantos y tan brillantes literatos. El *Quijote* sigue siendo la obra maestra de nuestra lengua, como es la *Divina Comedia* para la lengua italiana y la *Iliada* y la *Odisea* para las letras de la antigüedad griega.

En las páginas del *Quijote* encontramos sabiduría, deleite, entretenimiento, sanos consejos para el vulgo y para el gobernante, discursos llenos de buen sentido y ocurrencias geniales. Por eso Cervantes es inmortal: ha sabido llegar a todas las almas..

CERVANTES

Se le ha llamado el Manco de Lepanto, a causa de que en el combate naval de este nombre, librado en 1571 por la escuadra española contra los turcos, perdió la mano izquierda. Queda dicho con esto que Cervantes también fué soldado. Desempeñando esta profesión cayó prisionero de los berberiscos y, conducido a Argel, vivió allí durante cinco años en cautividad, obteniendo su libertad por rescate.

Parece que en ese tiempo concibió la idea de escribir un libro, con el objeto de ridiculizar las novelas de caballería, de las que por esa época se abusaba en Europa, y especialmente en España. Estos libros describen aventuras de

héroes imaginarios: los caballeros armados, que salían a recorrer tierras combatiendo con cuanto enemigo real o ficticio hallaban a su paso. La lectura de tales novelas extraviaba a la juventud, encendiendo en ella el ardor de las hazañas descabelladas. Cervantes pretendió corregir esta tendencia y de ahí nació un libro admirable, lleno de belleza y sabiduría, que se llama "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Los protagonistas de la novela son Don Quijote, caballero andante, y su escudero Sancho Panza. Cuenta Cervantes que Don Alonso Quijano era un buen hidalgo, natural de la Mancha, aldea de Castilla, en España, que a fuerza de leer novelas extravió su juicio, despertando en su cerebro el deseo de emular con hechos famosos las hazañas de aquellos héroes retratados en los libros. A ese efecto decidió armarse caballero y salir a correr mundo, dispuesto a proteger a los desamparados, débiles y oprimidos. Ante todo, y de acuerdo con los usos caballerescos, se dió un apodo retumbante: **Don Quijote de la Mancha**; buscó un escudero, **Sancho Panza**, que era un modesto vecino de la misma aldea; bautizó a su caballo con el nombre sonoro de **Rocinante**, y un día, muy de mañana, abandonó la villa, resuelto a correr las aventuras del camino. ¡Las cosas que le ocurrieron!

Don Quijote y Sancho son dos personajes curiosísimos. El primero, hombre de conocimientos y de ingenio, hablaba con sabiduría y discreción siempre que no le tocasen la caballería, porque entonces parecía loco. Don Quijote es soñador; Sancho es materialista, para quien es bueno todo lo que le aprovecha, y sólo entiende de comer bien y dormir mejor. El caballero es generoso, magnánimo, abnegado, gentilísimo; el escudero, por el contrario, es atrevido, ambicioso y grosero. Mas, con todo eso, muéstrase fiel a su

amo, a quien admira y obedece, y a cuyo amparo espera medrar y aun ser famoso.

Sancho nos hace reír con sus simplezas; Don Quijote, a pesar de los disparates que comete, nos inspira simpatía, porque son sus intenciones siempre nobles. Ninguna idea pequeña o mezquina lo impulsa. Para Don Quijote son damas y doncellas ilustres todas las mujeres, aun las rústicas aldeanas. Es valiente hasta la temeridad y arriesga su vida sin vacilaciones para ayudar a los que, según su entender, padecen. Ataca a unos molinos de viento, tomándolos por gigantes; embiste a una majada de carneros, creyéndola un ejército enemigo; desafía a unos leones de feria, cuya jaula manda abrir, ebrio de coraje; arregla pendencias y liberta a presidiarios, creyéndolos inocentes. Todo ello sin desalentarse por los golpes que recibe y que le dejan con los huesos molidos.

Durante sus correrías toma diversos nombres, que él considera dignos de sus hechos; así se hace llamar «el Caballero de los Leones», después del victorioso desafío a las fieras. Otra vez se firma «el Caballero de la Triste Figura», por parecerle raro y significativo semejante nombre.

Tal es en pocas líneas el asunto del libro de Miguel de Cervantes Saavedra, obra maestra del ingenio humano.

**CONSEJOS QUE DIO DON QUIJOTE A
SANCHO PANZA ANTES QUE FUESE
A GOBERNAR LA INSULA**

(De Cervantes).

Llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celebridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

—Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada. Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse. De conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a hacer feos pies de la rueda de tu locura, la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé y no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

—Así es la verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan, con blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y preciate más de ser humilde y virtuoso, que pecador soberbio. Mira, Sancho: si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que tienen príncipes y señores por ascendientes, porque la sangre se hereda y la virtud se adquiere, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Siendo esto así, como lo es, si acaso viniera a verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo . . .

Hallen en ti compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como entre los sollozos e importunidades del pobre. Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblas la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de tu enemigo aparta de la mente tu injuria, y ponla en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieses, las más de las veces serán sin

remedio, y si le tuvieren, serán a costa de tu crédito y aun de tu hacienda. Si alguna mujer viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros. Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones...

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes y en los últimos pasos de la vida, te alcanzará el de la muerte, en vejez suave y madura...



Un colmenar.

LA VIDA DE LAS ABEJAS

(De Mauricio Maeterlinck).

Para seguir todo lo sencillamente que sea posible la historia anual de una colmena, trataremos una que despierta a la primavera y reanuda su trabajo y veremos desarrollarse en su orden natural los grandes episodios de la vida de las abejas. La formación y la partida del enjambre, la fundación de la nueva ciudad, los combates, la matanza de los machos y el retorno del sueño invernal. Cada uno de estos episodios traerá naturalmente consigo todas las aclaraciones necesarias sobre las leyes, las costumbres, etc., de manera que al cabo del año apícola, que es breve y cuya actividad sólo se extiende de abril a setiembre ⁽¹⁾, nos habremos encontrado con todos los misterios de la casa de miel. Por ahora, antes de abrir y dirigirle una mirada general, bastará saber que se compone de una reina, madre de todo su pueblo, de millares de obreras o neutras, y por último de algunos centenares de machos, entre los cuales se elegirá el esposo único y desdichado de la futura soberana.

(1) En nuestro hemisferio corresponde de octubre a marzo.

La primera vez que se abre una colmena, se experimenta algo semejante a la emoción que se sentiría al violar un objeto desconocido y lleno quizás de sorpresas terribles; una tumba, por ejemplo. Hay en torno de las abejas una leyenda de amenazas y peligros. Hay el recuerdo enervado de esas picaduras que provocan un dolor tan especial que no se sabe a qué compararlo: se diría que es una aridez fulgurante, una especie de llama del desierto que se esparce por el miembro herido, como si nuestras hijas del sol hubieran extraído de los rayos irritados de su padre, un veneno resplandeciente para defender con mayor eficacia los tesoros de dulzura que sacan de sus horas benéficas.

Verdad es que abierta sin precaución por quien no conozca ni respete el carácter y costumbres de sus habitantes, la colmena se transforma al punto en ardiente zarza de cólera y de heroísmo.

Pero nada es más fácil de adquirir que la pequeña habilidad necesaria para manejarla impunemente. Basta con un poco de humo y las bien armadas obreras se dejan despojar sin pensar en desnudar el aguijón. No reconocen a su amo, como se ha sostenido; no temen al hombre, pero ante el olor de humo, ante los lentos ademanes que recorren su morada sin amenazarlas, se imaginan que no se trata de un ataque, ni de un gran enemigo del que sea posible defenderse, sino de una fuerza o de una catástrofe natural, a la que es bueno someterse.

En vez de luchar en vano, tratan por lo menos de salvar el porvenir, y se arrojan sobre sus reservas de miel, para sacar y esconder en su mismo cuerpo, con qué fundar en otra parte, en cualquiera e inmediatamente, una ciudad nueva, si la antigua es destruída o si se ven obligadas a abandonarla.

Mauricio Maeterlinck. — Nació en Gante, Bélgica, en 1864. Poeta, dramaturgo y hombre de ciencia contemporáneo.

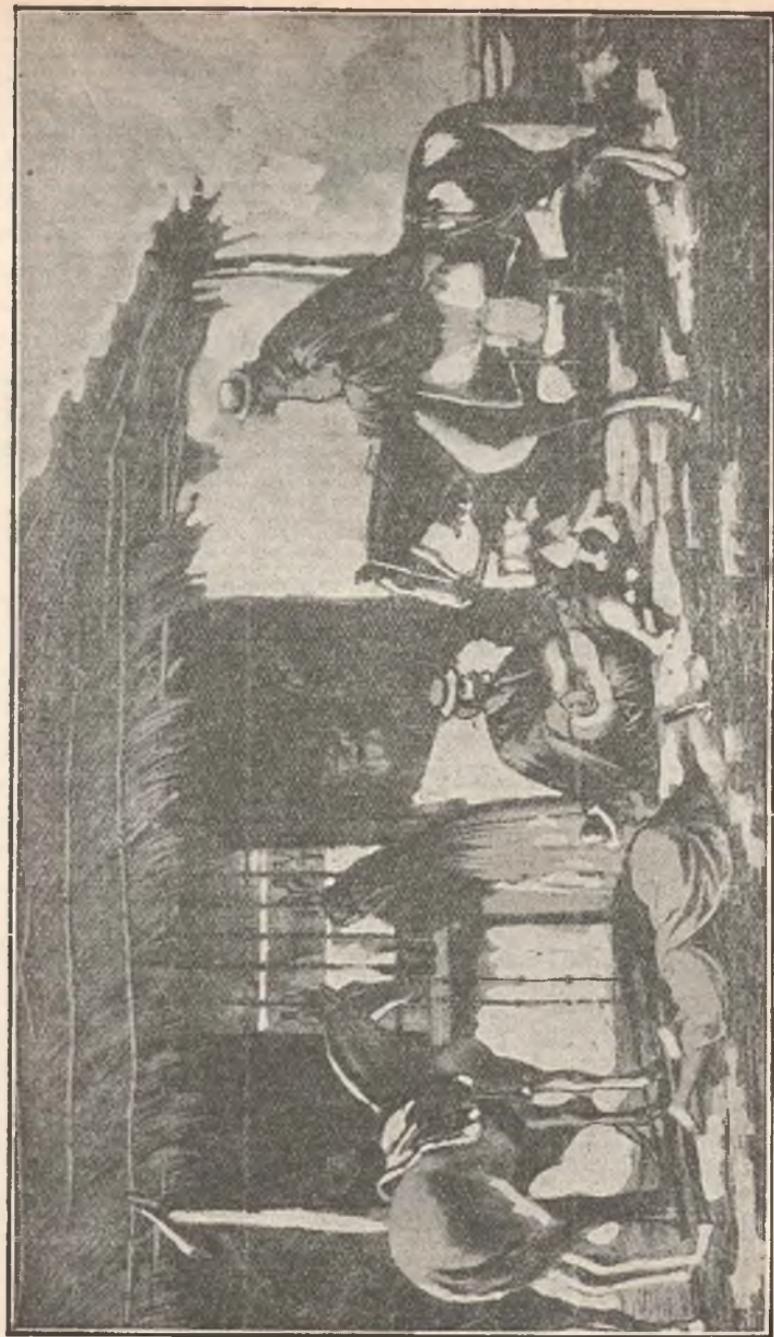
EL CABALLO

(De Jorge Luis Buffon).

La más noble conquista que haya hecho el hombre, es la de ese soberbio y fogoso animal que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. Tan intrépido como su dueño, el caballo va al peligro y lo afronta; acostúmbrase al ruido de las armas, lo ama, lo busca y anima a aquél del mismo ardor. Comparte también los placeres; en la caza, en los torneos, en la carrera, brilla, chispea. Por dócil al par que animoso, no se deja arrebatar por sus brios; sabe reprimir sus movimientos: no sólo se doblega bajo la mano del que le guía, sino que parece concentrar sus deseos, y obedeciendo siempre a las impresiones que de él recibe, se precipita, se modera o se para; es una criatura que renuncia su ser, para no existir más que para la voluntad de otro, a la que sabe aún anticiparse; que por la prontitud y certeza de sus movimientos, la expresa y ejecuta; que siente tanto como se desea y no hace más que lo que quiere; que entregándose sin reserva, a nada se niega, sirve con todas sus fuerzas, se excede y aun muere para obedecer mejor.

La naturaleza es más bella que el arte; y en su ser animado, la libertad de movimiento constituye la bella naturaleza. Ved esos caballos que se han multiplicado en las comarcas de la América española, y viven en plena libertad: su andar, su galope, sus brincos, no son ni violentos

ni mesurados. Ufanos de su independencia, huyen de la presencia del hombre, cuyos cuidados desdeñan; buscan y hallan ellos mismos el alimento que les conviene; vagan, retozan libremente por inmensas praderas, donde disfrutan las nuevas producciones de una primavera siempre nueva; sin albergue fijo, sin otro amparo que el de un cielo sereno, respiran un aire más puro que el de las caballerizas donde los encerramos. De ello resulta que esos caballos salvajes son mucho más fuertes, más ligeros, más musculosos que la mayor parte de los caballos domésticos. Tienen lo que da la naturaleza: fuerza y nobleza; los otros sólo tienen lo que puede dar el arte: destreza y gracia.



LA PULPERÍA. — (Cuadro de costumbres nacionales).

LA MATERNIDAD

(De Severo Catalina).

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia? ¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer? ¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles e imprimía sus labios en vuestra frente candorosa? ¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor? ¡Oh, sí, lo recordáis!

Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas. Su nombre está escrito en el corazón; es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario. El nombre sólo de *madre*, nos representa a aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, en fin, en sus brazos, al eco blando de una balada de amor...

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad! Vosotros, los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimiento. Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre

la tierra su pálido resplandor, figuráos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si a la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmullo de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre. Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de ternura que os envía vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazón y sentimiento...



LA SEÑORA DE LE BRUM

(Amor maternal)



Martín Fierro era analfabeto. Sin embargo, comprendió muy bien que a la mujer le corresponde un sitio digno en la sociedad.

El gaucho tuvo una idea muy noble de su condición de hombre y consideró a la mujer como un ser delicado, al que se debe proteger y tratar con cariño. Por eso nos dice que solamente los cobardes y los salvajes maltratan a las mujeres.

93

EL TRATO A LAS MUJERES

(De José Hernández).

Cuando el hombre es más salvaje
trata pior a la mujer;
yo no sé que pueda haber
sin ella dicha ni goce;
feliz el que la conoce
y logra hacerse querer.

Todo el que entiende la vida
busca a su lao los placeres,
justo es que la considere
el hombre de corazón;
sólo los cobardes son
valientes con las mujeres.

Pa servir a un disgraciao
pronto la mujer está,
cuando en su camino va
no hay peligro que la asuste,
ni hay una a quien no le guste
una obra de caridá.

No se halla una mujer
a la que esto no le cuadre;
yo alabo al eterno Padre
no porque las hizo bellas,
sino porque a todas ellas
les dió corazón de madre...

Precioso don del género humano es la palabra, mediante la cual comunicamos a nuestros semejantes nuestras impresiones y emociones. Pero, ¡qué mal uso hacemos generalmente de esa facultad, hablando sin reflexión y sin necesidad, o callando por cobardía cuando era necesario decir una verdad!

Hay gentes que no saben cuándo deben callarse, que desconocen la medida de una conversación, que a todo trance quieren decir lo que les viene a los labios. Esas personas suelen sufrir graves disgustos y se hacen despreciables por necias.

94

S A B E R C A L L A R

(Fábula del Panchatantra).

Vivía en cierto estanque una tortuga, con la que tenían íntima amistad dos grullas. Frecuentemente iban éstas a visitar a su amiga, pasando con ella momentos de agradable camaradería. A la puesta del sol, las grullas regresaban a su nido, muy satisfechas del paseo, pues la tortuga, aunque charlatana en exceso, era divertida y bondadosa.

Pero he aquí que andando el tiempo, debido a una larga sequía agotóse el estanque, viéndose la tortuga en situación desesperada por falta de agua. Las dos grullas se afligieron mucho por esta desgracia, pues, como buenas amigas, no podían permanecer insensibles a la desventura de su camarada.

—En este lugar, dijeronle, no queda sino fango; tu situación nos amarga profundamente.

—En verdad, contestó la tortuga: me será imposible vivir sin agua; pero no hay que desanimarse ante las calamidades, y yo hallaré salida a este aprieto si me prestáis

ayuda. Traed un palo largo y recto y buscad un lago que tenga bastante agua. Me tomaré del palo con los dientes y vosotras agarraréis de los extremos, de modo que volando, podáis transportarme por los aires.

—Así lo haremos, amiga, dijeron las grullas; pero has de prometernos callar durante el viaje, para tu seguridad.

Convenido esto, las aves echaron a volar, conduciendo a su amiga colgada del trozo de madera. Pasaron así sobre campos y ciudades, hasta que los habitantes de una aldea, sorprendidos por tan extraño espectáculo y no pudiendo distinguir con precisión qué era lo que llevaban las grullas suspendido de esa manera, comenzaron a gritar:

—¡Mirad, mirad!... ¿Adónde transportarán las grullas esa rueda?

—No, exclamó alguien de pronto: no es una rueda: ¡es un queso!

—¡Una sartén! ¡Es una sartén! — dijo un muchacho.

Herida en su vanidad, al ver que así la confundían, la tortuga no pudo contener su indignación, y olvidando los prudentes consejos de sus amigas, quiso protestar. Pero he aquí que al abrir la boca para hacerlo, soltó el palo y cayó, destrozándose contra el duro suelo.

Las piadosas grullas tuvieron que lamentar la pérdida de su camarada predilecta, comprendiendo, sin embargo, que sólo ésta, por no haber sabido callar, fué la culpable de su triste fin.

BUSCANDO UN JUEZ

I

Don Enrique García era un hombre bueno y honesto, incapaz de hacer mal a nadie ni de contraer obligaciones que no cumpliese puntualmente. Nunca había tenido ocasión de dar qué hacer a la justicia, de modo que llegó a considerar innecesaria, al menos para él, la existencia de los jueces, como asimismo saber qué tribunales hay en la república, ni cuáles son sus funciones. No ignoraba, ciertamente, que existen jueces, y ya le parecía saber demasiado.

Pero, ¡cuán distante estaba de la realidad! No es de extrañar, sin embargo, pues como don Enrique hay millares de ciudadanos que ignoran los procedimientos judiciales más simples y el papel de las autoridades en la administración de la justicia.

En cierta ocasión, empero, una serie de acontecimientos imprevistos trastornaron la vida de don Enrique, obligándole a peregrinar por los estrados de la justicia, según se verá. Y fué entonces cuando comprendió la necesidad de conocer la organización judicial de la república.

Aconteció que viniendo de Montevideo le robaron a bordo parte de los equipajes, con dinero y documentos de valor. Como no los recuperase a pesar de sus diligencias, apenas hallóse en tierra se dirigió al Juzgado de Paz, en la sección de su domicilio, para entablar demanda contra el capitán del barco. Pero el Juez le dijo:

—Nada tengo que ver en este asunto, y le dió las espaldas.

Salió don Enrique descorazonado y fué a pedir consejos al barbero, su vecino, que gozaba fama de entendido en cuestiones de este jaez.

—Preséntese a los tribunales y demándelo ante el Juez de 1^a Instancia, díjole el barbero.

Fué allá nuestro hombre y no bien formuló su queja, el secretario le contestó: "No corresponde aquí".

Molestado ante el nuevo contratiempo, quiso desistir de la demanda, pero alguien le indicó que consultara el caso con un abogado.

—Debe usted recurrir al Juez Federal, díjole éste; hay tres en la Capital: dos en lo civil y comercial y uno en lo penal. El Juez Federal entiende directamente en los casos regidos por la Constitución misma, o por los tratados internacionales; en los pleitos entre ciudadanos y extranjeros, o entre vecinos de la capital y de una provincia; naufragios, contrabandos, delitos, etc., que tienen lugar en barcos que toquen el puerto de la capital o puntos inmediatos a ella. Su caso es un delito cometido a bordo de un barco que ha tocado nuestro puerto.

Don Enrique fuése al Juzgado Federal, donde, en efecto, fué atendida su reclamación.

Algún tiempo después, ocurrióle otro caso no menos interesante: un inquilino o locatario de una de sus casas se negó a pagarle el precio del alquiler. Nuestro héroe se dijo: "¡Lo demandaré ante el Juez Federal!" Y dicho y hecho: se encaminó allá, pero con sorpresa suya en el Juzgado le contestaron:

—Aquí no corresponde.

—¿Y dónde corresponde? — replicó don Enrique malhumorado.

El empleado, cortesmente, le dijo:

—Este asunto debe ir al Juzgado de Paz.

—En efecto, afirmó el abogado, cuando supo del per-
cance: hay uno en cada sección judicial en que se divide
la ciudad. Los jueces de Paz Letrados entienden en todo
asunto civil o comercial, en que el valor no pase de dos mil
pesos y en demandas de desalojo, cualquiera sea el monto,
o por alquileres.

—Mucha complicación para un asunto tan simple, —
dijo don Enrique, y salió en dirección al Juzgado que por
su domicilio le correspondía, seguro de no molestar más a
nadie y convencido de conocer ya todo el mecanismo
judicial.

¡Mucho quedábale aún por aprender, como se verá!

II

Ganados ambos pleitos, don Enrique comprendió cuánta
era la eficacia de la justicia, convirtiéndose desde entonces
en un entusiasta propagandista de la necesidad de divulgar
los procedimientos judiciales. Había en esto un poco de
vanidad, pues nuestro hombre creía conocer ya todo el
complicado mecanismo forense. No obstante, una nueva
desilusión esperábale, pues aconteció que por muerte de
una hermana suya, de quien se creía único heredero, debió
acudir nuevamente a los tribunales, a hacer valer sus dere-
chos. Estos eran evidentes, pero he aquí lo que aconteció:

—¿Dónde tendré que arreglar este asunto?, se dijo, y
en la duda optó por consultar el caso con su abogado.

—Debe presentarse al Juzgado de 1^a Instancia en lo
Civil, contestó: él entiende en todo asunto regido por el

código civil, como ser: contratos, herencias, cuestiones sobre propiedad, arrendamientos, sociedades, derechos de familia, etcétera. De paso le diré que los Juzgados de Comercio y del Crimen entienden en las cuestiones regidas por los Códigos de Comercio y Penal, respectivamente.

Don Enrique se dirigió entonces al Juzgado de 1^a Instancia, donde planteó el asunto, porque a decir verdad, eso de la herencia, que alcanzaba a veinte mil pesos, le interesaba muchísimo.

Poco tardó para que se le complicara el pleito, pues se presentó a la sucesión otro individuo, que se decía hermano natural de la finada. Don Enrique quiso probar que él era el único heredero; pero el magistrado había reconocido también al otro. Consultando el caso, su abogado le dijo:

—Aun hay tiempo de probar su pretensión, recurriendo ante la Cámara de Apelaciones, y ésta dictará la sentencia definitiva. En este caso el fallo no admite más discusión, salvo algunas excepciones.

Don Enrique volvió a su casa con la esperanza de ganar el pleito, conforme a la indicación del letrado. Sin embargo, la fortuna no le fué esta vez del todo propicia, porque no pudo probar sus derechos exclusivos, debiendo dar a su pariente la participación que por ley le correspondía en la herencia.

Pero era fatal que no terminaran aquí sus andanzas, pues le ocurrió hacer un viaje a Entre Ríos, donde poseía un establecimiento de campo, y allá sufrió un nuevo disgusto, con motivo de una cuestión suscitada con un Cónsul extranjero, a quien hubo de demandar. Presentóse al Juez de Paz del lugar, quien se excusó diciéndole:

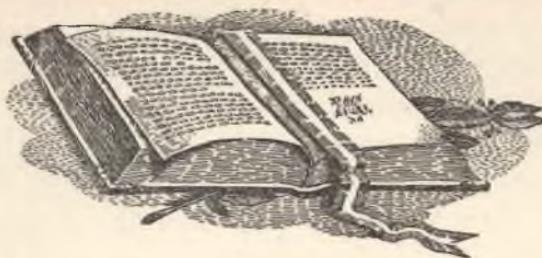
—No corresponde aquí.

Consultó entonces por carta con su abogado, el cual le respondió:

"Debe presentarse Ud. al Juzgado Federal de Sección, pues éstos, establecidos por ley en la capital y en las provincias, entienden en las causas de que hablamos cuando su pleito con el capitán del barco".

Y naturalmente don Enrique debió demandar al Cónsul extranjero ante el tribunal competente, obteniendo así que se le hiciera justicia.

Como se ve, los tropiezos y demoras sufridos por don Enrique, en la defensa de sus derechos e intereses, no se debieron en gran parte sino a su desconocimiento de la organización judicial.



NUESTRA CONSTITUCION

La Constitución que nos rige, llamada también **Carta Magna**, es la Ley fundamental de la Nación. Fué sancionada el 1º de mayo de 1853 por el Congreso Constituyente, reunido en Santa Fe con el propósito de asegurar la unión nacional y la organización del país, en cumplimiento de lo pactado en el **Acuerdo de San Nicolás**. Para redactarla se tuvo en cuenta, además de otros modelos, la Constitución de los Estados Unidos y el proyecto titulado "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina", original de Alberdi.

La Constitución — ha dicho Carlos Octavio Bunge, a quien transcribimos fragmentariamente — es el libro de oro de nuestra nacionalidad de argentinos. Con letras de fuego hállanse escritas en sus páginas nuestras libertades y nuestros derechos. El pueblo es el soberano, la justicia es su cetro, el progreso es su trono. La Constitución ha sido y debe ser respetada, porque representa la voluntad del pueblo soberano. Mientras éste no la reforme, quien la infrinja

comete un crimen de lesa patria y merece escarnio y vituperio. Su desobediencia y menosprecio sólo pueden producir anarquía y despotismo. El pueblo dejará de ser su propio soberano; esclavo de la demagogia o de la tiranía, vivirá desgraciado y perecerá miserablemente. Para su felicidad, el pueblo gobernante y gobernado, ha de respetar las leyes, y ante todo la Constitución, que es la Ley de las Leyes.

EL PREAMBULO

Es práctica general que las constituciones políticas vayan precedidas de un breve exordio o prólogo que contiene, en síntesis, la declaración de los propósitos fundamentales que inspiran a sus autores. Dicho prólogo o exordio se llama preámbulo.

El de nuestra Constitución, sancionada, según ya se sabe, el 1º de mayo de 1853 por el Congreso General Constituyente reunido en la ciudad de Santa Fe, dice así:

“Nos, los representantes del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente por voluntad y elección de las Provincias que la componen, en cumplimiento de pactos preexistentes, con el objeto de constituir la unión nacional, afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino; invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia, ordenamos, decretamos y establecemos esta Constitución para la Nación Argentina”.

En la admirable precisión de estas palabras, se destacan los seis propósitos que constituyen, en su esencia, los elementos fundamentales que aseguran la existencia misma del Estado, a saber:

1º **Constituir la unión nacional**, con lo que se daba cumplimiento al voto del Congreso de Tucumán, que proclamó nuestra Independencia y a los fervientes anhelos de los patriotas que durante cuarenta y tres años lucharon por la organización definitiva del país.

2º **Afianzar la justicia**, sin la cual no es posible el orden social.

3º **Consolidar la paz interior**, a fin de dar término a las luchas intestinas y comenzar una era de concordia, entre los pueblos hermanos que constituyen la Nación.

4º **Proveer a la defensa común**, con el propósito de imponer a los pueblos extraños el respeto a nuestra soberanía de Estado libre e independiente.

5º **Promover el bienestar general**, para lograr el fin de toda sociedad organizada, o sea la felicidad del pueblo.

6º **Asegurar los beneficios de la libertad para todos los habitantes del suelo argentino**, porque sólo bajo el imperio de la libertad y al amparo de la Ley, es posible afianzar la justicia y consolidar la paz social, condiciones ambas indispensables para asegurar el progreso y el bienestar del pueblo.

He aquí, en resumen, el alcance y sentido de las declaraciones contenidas en nuestra Carta Magna, "grandioso pórtico y arco triunfal de nuestras leyes e instituciones", según las palabras de un eminente escritor.

DECLARACIONES, DERECHOS Y GARANTIAS

Tal es el título de la primera parte de la Constitución, y en ella están contenidos todos los principios que forman el derecho constitucional argentino, y las prescripciones prácticas que el pueblo ha puesto en frente de los poderes del gobierno, para contenerlos en los límites de las facultades concedidas, para que ellos los defiendan y los aseguren, y para fijar una línea divisoria entre los derechos de los individuos, ciudadanos y extranjeros, y los deberes y atribuciones de las autoridades.

Las declaraciones se refieren: a la Nación en su conjunto, con respecto a las demás de la tierra, a la Nación en sí misma, como organización política, a las autoridades en general que ha instituído, a las Provincias como parte de la Nación y depositarias de la soberanía propia, y a los hombres todos del mundo.

Los derechos son los que corresponden a todo hombre en su calidad de tal, y que la Constitución reconoce, los que pertenecen al pueblo y a los ciudadanos y que la Constitución sanciona o concede, los que ésta acuerda a los extranjeros, los que se reservan no enumerados, pero inherentes al principio de la soberanía popular; los que pertenecen a los poderes y hombres que los desempeñan, y los que corresponden a las Provincias y al pueblo de las mismas, no delegados al gobierno general.

Las garantías son todas aquellas seguridades y promesas que ofrece la Constitución al pueblo argentino, y a todos los hombres, de que sus derechos generales y especiales han de ser sostenidos y defendidos por las autoridades y por el pueblo mismo; y se consignan ya porque son inherentes a toda sociedad de hombres libres e iguales, ya porque se ha querido reparar errores o abusos del pasado.

Joaquín V. González.

LAS LIBERTADES CIVILES ANTE LA CONSTITUCION

Artículo 14. — Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos conforme a las leyes que reglamentan su ejercicio, a saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades, de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender.

Art. 16. — La Nación Argentina no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento; no hay en ella fueros personales, ni títulos de nobleza. Todos los habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos públicos sin otra condición que la idoneidad. La igualdad es la base del impuesto y de las cargas públicas.

Art. 18. — Ningún habitante de la Nación puede ser penado sin juicio previo fundado en ley anterior al hecho del proceso, ni juzgado por comisiones especiales, o sacados de los jueces designados por la ley antes del hecho de la causa. Nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo, ni arrestado sino en virtud de orden escrita de autoridad competente. Es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos. El domicilio es inviolable, como

también la correspondencia epistolar y los papeles privados, y una ley determinará en qué casos y con qué justificativos podrá procederse a su allanamiento y ocupación. Quedan abolidas para siempre la pena de muerte, por causas políticas, toda especie de tormentos y los azotes. Las cárceles de la Nación serán sanas y limpias para seguridad y no para castigo de los detenidos en ellas, y toda medida que a pretexto de precaución conduzca a mortificarlos más allá de lo que aquélla exija, hará responsable al juez que la autorice.

Art. 20. — Los extranjeros gozan en el territorio de la Nación de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residiendo dos años continuos en la Nación; pero la autoridad puede acortar este término del que lo solicite, alegando y probando servicios a la República.

MARCO AURELIO



Perteneció a la familia de los Emperadores romanos llamados Antoninos, los que se distinguieron especialmente por la clemencia con que gobernaron, como asimismo por el amor a la Patria, en cuya virtud procuraron la grandeza del Imperio, muy vasto entonces y con más de cien millones de súbditos.

Marco Aurelio fué el Emperador filósofo. Poseía temperamento bondadoso y

justo. Austero en las costumbres, sufrido en el dolor, paciente en la adversidad, dedicóse al bien de su pueblo, predicando la moderación y la templanza, por medio de máximas morales y con el ejemplo de su propia vida, pues vivió modestamente, despreciando los halagos del lujo y el aplauso de los cortesanos.

Consideraba que los gobernantes deben aspirar a la granditud pública por sus virtudes y no a la admiración y a la vanagloria, y prohibió, en consecuencia, que se le erigieran monumentos y templos que perpetuaran su nombre.

He aquí, como ejemplos, algunos de los pensamientos de Marco Aurelio, que sirvieron de norma a su conducta.

"No malgires el tiempo de tu vida en averiguar las ajenas, a no ser que lo bagas con mira de servir al público;

quiero decir que no te preocupes de lo que hace fulano, ni por qué lo hace; qué dice, qué piensa y qué desea. Porque la curiosidad de los hechos ajenos, distrae a uno del cultivo y cuidado de su propio espíritu.

"Aprendí que uno debe ser siempre dueño de sí mismo, sin dejarse arrastrar por las circunstancias; que en cualquier ocasión, como en las mismas enfermedades, debe tenerse buen ánimo, templadas y moderadas costumbres, el espíritu suave y apacible; que deben cumplirse las obligaciones sin queja ni desaliento.

"Por la mañana, no dejes de hacerte esta pregunta: ¿tropezaré hoy con algún curioso, con algún provocativo o envidiioso o intratable o traidor? Yo tengo bien sabido que estos defectos vienen de la ignorancia, y sé también que ninguno de ellos puede perjudicarme, puesto que no queriéndolo yo, no pueden complicarme en sus peligros.

"Si en el curso de la vida hallares algo más recomendable que la justicia, la verdad, la moderación y la fortaleza del espíritu, adoptándolo con toda tu alma, goza enhorabuena de ese bien mayor".

Ya puede comprenderse cómo apreciaría el pueblo a este gobernante, que, siendo Emperador de un imperio poderoso y vastísimo, prefirió a los brillos del poder, las satisfacciones de la sabiduría, la felicidad de la vida tranquila y el bienestar de sus semejantes.

DE LA SABIDURIA

(PENSAMIENTOS)

El saber es la parte más considerable de la felicidad. —
 Significa esto que si la sabiduría no da toda la felicidad posible, constituye sin embargo el más poderoso auxiliar de la dicha, porque nos hace más tolerantes y más juiciosos.



La sabiduría sirve de freno a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos. —
 Nos da a entender este pensamiento que la sabiduría muestra a los jóvenes las malas consecuencias de los actos injustos o perversos; consuelo a los viejos por el entretenimiento que les procura; hace olvidar a los pobres sus miserias y da a los ricos consideración y respeto..



Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo. — Nos indica que no basta parecer sabio; es necesario serlo. Y para ello, debemos estudiar asiduamente, sin descuidar la educación de nuestros sentimientos, o sea la aptitud para obrar bien. Porque no es sabio quien piensa bien y procede mal, sino el que piensa bien y procede mejor.

Los conocimientos hacen a los hombres mansos y suaves.

— Cuanto más se ilustra y se educa un hombre, más se aparta de las bestias, pues aprende a dominar sus pasiones y a dirigir su voluntad, haciéndose más razonable. No se encoleriza fácilmente, tolera los errores ajenos y hasta es más afectuoso.



Si te aprovechas de las lecciones de la sabiduría, vivirás en todas partes sin disgustos y serás feliz en tu estado; la riqueza te dará placer, porque tendrás mayores medios de hacer bien a tus semejantes; la pobreza, porque te hallarás con menos inquietudes y sobresaltos; la gloria, porque te verás honrado; la obscuridad, porque serás menos envidiado.

— La sabiduría aconseja, pues, saber conformarse con la suerte en cualquier condición en que nos hallemos, procurando con paciencia y con empeño, mejorar de estado, a fin de evitar el sufrimiento de las privaciones.



Es tan vana la esperanza de que se llegará sin trabajo y sin molestias a la posesión del saber y la experiencia, cuya unión produce la sabiduría, como contar con una cosecha en donde no se ha sembrado ningún grano. — Como nadie nace sabiendo, para adquirir conocimientos es menester estudiar sin tregua, y meditar sobre lo estudiado; de lo contrario seríamos como el asno que devoró una cantidad de libros, pensando que eso bastaba para aprender la ciencia en ellos encerrada.

EL
FERROCARRIL

(De Olegario V. Andrade).



Lanza a los vientos su pendón de fuego,
rasga los aires su silbido agudo;
su aliento de humo es el fecundo riego
que anima el seno del desierto mudo.

¡Miradlo; es el guerrero del presente,
el genio armado de la nueva idea;
la ley del porvenir brilla en su frente
y su penacho de vapor ondea!

¡Miradlo; va tragando las distancias;
parece apenas que la tierra toca;
y devorado por febriles ansias
nubes vomita por su ardiente boca!

¡Miradlo; es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno;
está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno!

¡La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche alada
al centellar un rayo de la aurora!

¡Los tiempos del futuro que dormitan
del desierto en las vírgenes entrañas,
a su acento despiertan y palpitan
cual palpita el volcán en las montañas!

¡Es del progreso la primera aurora
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra, siempre vencedora,
en esta tierra, hidrópica de vida!

¡Es el acento de la audacia humana
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana
las alas del relámpago a su planta!

Olegario Víctor Andrade. — Nació en Gualeguaychú, en 1838 y murió en 1884. Poeta y escritor. Sus poesías más notables son: "El nido de cóndores", "Prometeo", "Atlántida" y "Canto a San Martín".

SC
LL
1843

IMPRESO EN LOS
TALLERES DE LA CASA







Edición 1943 - Exp. 14339 / C / 1942.

Precio: \$ 2.